
el hijo que
RECHACÉ
MARI SALES

el hijo que RECHACÉ

MARI SALES

1ª Edición

2026

Copyright © Mari Sales

Todos los derechos reservados.

Creado en Brasil.

Edición Digital: Criativa TI

Esta es una obra de ficción. Su único propósito es entretener al público. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y sucesos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito de la autora.

Creado en Brasil. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.° 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

índice

Dedicatoria

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la Autora
Otras Obras

Dedicatoria

Para la poderosa Flaviane Botelho, que hace un hermoso trabajo en apoyo a la Literatura Nacional. Espero que este regalo quede eternizado en tu corazón como quedó en el mío. James Blat me sorprendió.

Para todos los que desean una segunda oportunidad, yo creo en ellas, con todo mi corazón.

Sinopsis

Jefe y empleada – Embarazo inesperado – Convivencia forzosa – Segunda oportunidad

James Blat estaba centrado en expandir el negocio y convertirse en un CEO de éxito. Arrogante y decidido, no se dejaba intimidar por nadie, y mucho menos por una mujer atractiva y sincera.

Flaviane Castro estaba cumpliendo su periodo de preaviso cuando decidió desahogarse con un desconocido en la fiesta de la empresa. Solo quería divertirse y rebasar algunos límites, ya que nadie podría despedirla por segunda vez.

Tras una noche tórrida y de fuerte conexión, Flaví optó por alejarse de todo lo relacionado con su antiguo empleo. Lo que no imaginaba era que aquella noche tendría consecuencias permanentes.

Ella solo quería que James se hiciera cargo del bebé.

Él estaba de luto y solo veía dolor ante sus ojos.

Años después, en el momento en que Flaviane más necesitaba ayuda, James Blat regresó a su vida. Ella no quería nada de ese hombre, pero el padre de su hijo estaba dispuesto a ganarse su perdón y a recuperar el tiempo perdido con el niño.

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd



Capítulo 1

Flaviane

Trataba de entender el motivo de haber venido a la fiesta de empresa de la que había dimitido hacía dos días.

Claro, aún tenía que cumplir el preaviso, aguantar a mi jefe malhumorado y al director, que parecía desayunar vinagre todos los días.

A pesar del ambiente laboral hostil, yo tenía una gran tolerancia a las críticas, al ser la mismísima Doña Sinceridad. Para mí, la verdad había que decirla, aunque doliera.

Pero la negatividad tenía un límite. Ser verdadera también incluía decir las cosas buenas y mis superiores, desde luego, no

sabían de eso.

Ya no aguantaba más eso de volver a casa sintiéndome peor que una auténtica mierda. Para rematar la faena, tuve la desgracia de ver a Willis compartiendo información confidencial de la empresa con otro medio de comunicación. Para quienes vivían de la imagen y la noticia como MB News, ceder titulares, principalmente de exclusivas antes de ser publicadas, era regalar la audiencia a la competencia.

Mientras yo hacía mi papel de periodista que se dejaba la piel por conseguir una primicia, todo mi potencial era desperdiciado por Willis y a saber quién más. ¿Márcio, el director? No conocía a todos los altos cargos de MB News, y menos ahora que se había recién fusionado con JB Actualidades.

¿En qué se convertiría? ¿JMB News?

Sentada en un taburete fijo de la barra del bar donde se celebraba la fiesta, me tomé el cuarto chupito de tequila y empecé a verlo todo con más color que al principio. Aunque no fuera barra libre, todos mis ahorros irían destinados a mi cogorza del día y a la satisfacción de ver a mi «querido» jefe Willis mirándome con desdén.

—Vas a tener que tragarme durante el preaviso, querido — dije en voz baja en cuanto mi mirada se cruzó con el amargado y el malhumorado director Márcio.

Me sostuvo la mirada por un instante, lo que me dio satisfacción; no estaba contento conmigo allí.

Mi despido estaba firmado, pero aún formaba parte de la plantilla, así que tendría mi noche de glamur en el bar más de moda de la ciudad de Orquídea do Sul. Tres artistas musicales pondrían la banda sonora al local, pero como mi enfoque periodístico era la política, yo me limitaría a observarlo todo.

Empezó a sonar la música sertaneja, y todos los que estaban lejos del escenario se acercaron para ver al dúo. Por muy buena que

fuera la música, mi humor era pésimo y el alcohol se me subía cada vez más rápido a la cabeza.

Ahora sí que estaba sin filtro alguno.

—Un whisky para mí, por favor. —Un hombre elegante, con americana gris, camisa blanca sin corbata y pantalón oscuro, se acercó a mí y le hizo el pedido al camarero que venía a traerme otra copa. A pesar de la música alta, donde estábamos era posible hablar con más tranquilidad.

—Hola, tú —saludé alzando mi chupito, mirándolo de arriba abajo por segunda vez y bebiéndome el tequila de un solo trago. El hombre se sorprendió con mi actitud y, confiada, golpeé el vasito contra la barra y sonreí—. Eres demasiado guapo y sonriente para ser del equipo de MB. Seguro que eres de JB.

—No estoy sonriendo —respondió serio, y me dio un ataque de risa borracha por eso. ¿Es que no había entendido adónde quería ir a parar?

Su copa llegó, controlé mi histeria y le agarré del brazo para no dejar que me abandonara. Haría de él mi víctima para conversaciones sin sentido. En unos días ya no trabajaría en la empresa, ¿qué mal podía hacer?

—Para que te des cuenta de cuánta alegría falta en ambas empresas. —Le tendí la mano y él la sostuvo con un apretón firme. —Vaya, qué fuerza. —Miré su mano y luego su rostro, que ahora mostraba irritación—. Soy inofensiva, chico. Un placer, Flaviane, pero puedes llamarme Flaví. Con acento en la i, por favor.

—Creo que te has pasado con el alcohol.

—No es difícil darse cuenta. Necesitaba relajarme. —Me giré para mirar a la multitud, vi a mi jefe mirándome con sorpresa y le saludé con osadía—. Ese es mi jefe, el amargado.

—¿No te gusta Willis? —cuestionó interesado y se sentó en el taburete a mi lado, lo que me hizo sonreír.

—Creo que lo correcto sería decir que yo no le gusto a él. —Llamé al camarero levantando la mano y el hombre a mi lado me la bajó poniendo la suya sobre la mía. Vaya, además de tener fuerza, era un caballero—. Todavía no estoy lo suficientemente borracha.

—Ni te hace falta. Ahora cuéntame lo de tu jefe, Flaviane.

—Mmm... —Me incliné hacia él, admirada de cómo sonaba mi nombre en sus labios, y volví a ponerme recta por haber caído casi en su regazo—. Madre mía, estoy fatal. Se acabó el tequila para mí, me emborracharé un poco más viéndote beber whisky.

Alzó su copa hacia mí en un brindis y bebió solo un sorbo. Hice una mueca de burla, me giré hacia la barra y admiré las bebidas en las estanterías alineadas frente a mí.

—¿Te remuerde la conciencia al hablar de tu jefe? Ya sabes, es poco ético —provocó el hombre, que aún no se había presentado.

—No más de lo que hace él. —Me encogí de hombros y sentí el peso de la razón queriendo apoderarse del impulso. Miré a la multitud y allí estaba el amargado mirándome con más rabia de lo normal. Dios, haría cualquier cosa para que tuviera que tragarme de alguna forma.

—¿Qué has dicho? —preguntó acercándose a mí; me giré hacia él y me tapé la boca con la mano, como si fuera a contarle un secreto.

—Parece que a Willis no le está gustando mi conversación contigo y mira, ni siquiera sé quién eres.

—James. —El nombre me resultaba familiar, pero nada lograría atravesar la neblina de la borrachera que me dominaba—. Ahora ya sabes quién soy, puedes hablar. ¿Te está acosando?

—Seguro que si fueras tú, no me importaría. —Me tapé la boca para disimular la risa y negué con la cabeza cuando su mirada pareció brillar con algo diferente—. Joder, no ha sonado bien. Por

favor, olvida lo que he dicho, el acoso no es bueno ni viniendo de un hombre elegante y tan controlado como tú pareces.

—Estás borracha —constató bebiéndose todo el vaso y pidiendo otra copa.

—Y tú también lo estarás si sigues mi ritmo. —Alcé el brazo y él volvió a bajármelo—. ¿Has sentido ya el peso de tu mano? —Con mis dedos, cogí su mano y examiné la palma, los dedos y la textura —. Esto es una mano de hombre.

—Gracias a Dios, soy un hombre. —Le llegó otra copa, que se bebió de un trago, como hice yo. Aplaudí y le hice sonreír.

—Y tienes una buena sonrisa. Vamos cinco a dos, venga, déjame tomarme otra copa, James.

—Aún no me has contado lo de tu jefe.

—¿Si no vas a disfrutar de la fiesta ni a trabajar, has venido solo a beber? —pidió James otro whisky y yo apoyé la cabeza en la mano, manteniendo el equilibrio con el codo en la barra.

—He pasado tanta rabia en esta vida que ya era hora de devolverles la jugada. Es solo una venganza pacífica. No soportan mi presencia, y en este momento están obligados a tenerme cerca. — Me encogí de hombros y James se levantó del taburete, haciéndome suspirar con tristeza. Se iba; adiós a mi momento de tranquilidad divertida.

—Ven conmigo.

—¿Qué? —Miré su mano sujetando mi brazo y cómo se acercaba. A pesar de ser consciente de su belleza y de cuánto me atraía, solo ahora sentí ese hormigueo en el bajo vientre.

—Puedes confiar en mí, iremos a la planta de arriba, a la zona VIP, y podrás disfrutar mejor de la fiesta.

Syd Duran, Valora – Dust and Bone

La música estaba contribuyendo a mis acciones. Fijé la mirada en nuestro contacto, después subí hasta encontrar sus ojos y me humedecí los labios con la lengua, debido a los pensamientos impertinentes que se formaban. No conseguiría controlar mi boca. Por Dios, que no soltara ninguna ofensa, ni siquiera contra mí misma.

—Disfrutar, en la situación actual en la que estoy, significa quitarme la ropa y bailar desnuda. Por favor, déjame tranquila y no me tomes en serio, puedo ser tu peor pesadilla.

Contuvo la sonrisa, sobre todo porque yo ya me había bajado del taburete y alcé la cabeza para mirarle. El hombre era alto; debería haberme puesto los tacones y no estas bailarinas tan cómodas.

—Mis padres me enseñaron a tratar con respeto a las mujeres, incluso si no están en su sano juicio. ¿Y si tu jefe te abordara?

—Ah, ten por seguro, James, que ofrecerme a él sería lo último que haría. —Pasé la mano por la solapa de su americana y sonreí—. Me arrepentiré amargamente de lo que te estoy diciendo, y más si me cruzo contigo por los pasillos de la empresa, pero... —No terminé, miré sus ojos intensos y preferí omitir que estaba cumpliendo el preaviso.

Siendo tan caballero como era, capaz que no acabábamos en la cama. Eran solo unos días, me mantendría bajo el radar de este James. Su perfil era de periodista del corazón, nuestros caminos nunca se cruzarían.

Me ofreció el brazo, enlacé el mío con el suyo y le seguí sintiéndome poderosa y elegante.

Vale que ese glamur estaba maquillado por la bebida y por lo necesitada de consuelo que me encontraba; iría a la zona VIP y dejaría salir todo lo que tenía guardado, sin reservas.



Capítulo 2

James Blat

Me pudo la curiosidad. Imprudente y poco profesional, llevé a Flaviane a la zona VIP con la intención de sacar más información sobre los empleados de MB News, principalmente de Willis, mi amigo de la infancia.

No es que desconfiara o tuviera dudas sobre la profesionalidad del gerente general de los periodistas de la empresa que compré, era solo... exceso de celo.

El interés sexual estaba sofocado, pero existía y quería salir a flote por el descaro de esa mujer. Pegada a mí, el roce de manos que intercambiamos en el bar me provocó un vuelco extraño en el estómago. El alcohol que había bebido no era suficiente para

emborracharme y hacerme perder la cabeza; la cuestión era: ¿cuán grande sería el paso en falso si me liaba con una subordinada?

En cuanto llegamos al reservado, se soltó de mí, fue hacia la barandilla y admiró la actuación desde aquella posición privilegiada. Pedí un agua para ella y otra copa de whisky para mí; el valor líquido me ayudaría a conversar y a hablar más de lo que me gustaría.

Al ser el dueño de JB Noticias, una empresa que compartía la vida de todos y la del mundo entero, aprendí a protegerme. Desde mi imagen hasta la vida que llevaba, lograba mantenerme en la sombra siendo el socio capitalista oculto, mientras João Paulo Figueiredo daba la cara; él era el rostro del imperio y amigo de mi padre.

Estaba claro que la empleada de Willis no tenía ni idea de quién era yo, pero por mi forma de vestir y por haberla traído aquí, probablemente entendía que tenía dinero y que formaba parte de la alta dirección de la empresa.

—¡Ven aquí! —gritó Flaviane llamándome.

Esperé a que el camarero me sirviera y luego me acerqué a la impaciente mujer que pretendía mostrarme algo. Allí estaba Willis, mirándonos confuso, y tuve que sonreír, porque eso era algo que le irritaba profundamente. Nunca sabía lo que yo pretendía hacer y yo no se lo contaba; simplemente presentaba el resultado para su publicación, ya fuera un artículo o un proyecto periodístico.

No revelar mis intenciones estaba demasiado arraigado en mi actitud. Después de que mis padres se separaran, cuando estaba a punto de entrar en la facultad de Empresariales, me encerré en mí mismo; no supe lidiar con la situación, y menos cuando ambos me utilizaban para desahogarse sobre sus insatisfacciones conyugales.

Descubrí que el silencio era la mejor opción y acabé trasladando esa característica a mi vida profesional. Claro que se reflejó en mis relaciones personales, amistades y mujeres. Intentaba relacionarme con ellas durante más de una semana, pero las

exigencias, el querer saber sobre mí y mi familia, me hacían retroceder y poner fin a lo que apenas había empezado.

Por otro lado, en sexo sin compromiso, tenía un doctorado.

—Aún no me has dicho el motivo de querer provocar a tu jefe —dije serio, entregándole el agua, y ella puso los ojos en blanco mientras se colocaba de espaldas a la barandilla.

—Es mi turno de estar por encima. —Me guiñó un ojo y bebió un trago de la botella que le entregué—. Prefiero el tequila.

—Necesitas hidratarte. —Me quitó la bebida de la mano y, junto con la suya, la dejó sobre la mesa, cerca de un sofá. Volvió apresurada, me puso una mano en el hombro y con la otra me apretó los dedos, haciéndome tensar.

¿Quería bailar?

—Vamos, James, muévete un poco conmigo. —Intentó guiarme y acercó su boca a mi oído—. Aprovecha que estoy fácil; en otro momento, te daría una patada en los huevos con mi sinceridad sin filtro.

Respiré hondo antes de seguir su ritmo poco a poco y, cuando gané confianza, guié el baile de forma automática. Cuando ella me provocaba o incluso decía palabras que la menospreciaban, algo dentro de mí se revolvía. No sabía explicar el motivo; el pensamiento machista me incitaba a «aprovechar el momento», pero existía una determinación de querer hacer lo correcto, que sería llevarla a casa a salvo. En ese caso, necesitaría conseguir algo de información antes, para saciar mi curiosidad.

El DJ pinchaba varios estilos musicales y, en ese momento, la música invitaba a bailar. Yo no dejaría de seguirla hasta que diera muestras de agotamiento. La alejaba, la atraía hacia mí y la mecía para seguir bailando ese pop-rock electrónico mientras mis ojos se clavaban en los suyos.

Ya no parecía borracha; poco a poco me sentía atraído por ella y me olvidaba del objetivo principal. A pesar de que ella no quería hablar, sería fácil sonsacarle algo si yo tenía paciencia, a diferencia de mí, que no soltaría ni prenda si no quería.

Hallucinate, de Dua Lipa, empezó a sonar; ella se mordió el labio y se acercó a mí lo suficiente para hacer lo mismo que decía la letra de la canción:

No, no podría vivir sin tu toque No, nunca podría tener suficiente Te respiraré por siempre jamás Alucinar

Me sorprendió cuando sus labios rozaron los míos con inocencia. Ella no tenía intención de profundizar, pero yo sí, y más cuando dejó de bailar para rodearme el cuello con los brazos y dejarse llevar.

Alucino cuando llamas mi nombre Aparecen estrellas en mis ojos Y no desaparecen cuando vienes hacia mí Estoy perdiendo el control de mi men-te, men-te, men-te

Mis manos le apretaron la cintura, bajaron a sus caderas y luego subieron a su espalda mientras el poco whisky que me quedaba se mezclaba con el tequila, patente en su lengua. Estaba ávida, mostró su osadía al restregarse contra mí fingiendo seguir la música, pero yo sabía la verdad: me deseaba.

Menos mal que mi juicio aún estaba al mando; logré interrumpir nuestro momento íntimo sintiendo la decepción al separarme de ella. ¿Cómo era posible sentir atracción por alguien a quien había conocido hacía apenas unos minutos, no más de una hora?

Con una sonrisa satisfecha, dio unos pasos atrás, fue hasta donde estaban nuestras bebidas y cogió mi vaso en lugar del agua.

—Si la vamos a liar, que sea a lo grande. —Se sentó en el sofá y dio unas palmaditas a su lado invitándome, pero negué con la cabeza y caminé hacia la barandilla, con la esperanza de que nadie hubiera visto la mierda poco ética que acababa de hacer.

No había nadie mirando hacia arriba y a nuestro alrededor solo estaban los camareros, que tendrían que ser debidamente recompensados al final para no darle a la situación más importancia de la necesaria.

Mientras ella no parecía incomodada por mi frialdad, fui a la barra a por mi copa de whisky y me la bebí de un trago; solo cuando volví junto a ella, vi que bailaba sentada. Opté por la silla cercana a su sofá y, sorprendiéndome como siempre, se levantó y se sentó en mi regazo.

Joder, ¿cómo lidiar con esta mujer imprudente?

—Me siento el hombre de la relación aquí, James. ¿Cómo tengo que actuar para respirarte por siempre jamás, alucinar? —usó la canción que la impulsó a besarme y sentí cómo mi polla palpitaba —. No necesitaba demostrarle nada a nadie, y menos a ella, pero los actos fueron más fuertes que la razón.

Le apreté la cadera, cerca del culo, y noté cómo su vestido, que le llegaba por debajo de la rodilla, se subía dejando al descubierto sus muslos. Inspiré profundamente; su cuerpo se mostró receptivo e incluso irguió los pechos hacia mí.

—¿Por qué te estás ofreciendo, Flaviane? —pregunté con miedo a ofenderla. Mi curiosidad había pasado de lo profesional a lo personal.

—Me gustas, James; a pesar de tu falta de iniciativa, he comprobado que tienes fuerza. —Me rodeó el cuello con los brazos y me miró poniéndose seria—. Estoy cansada de no ser suficiente, de dar lo mejor de mí y ser humillada, y de luchar por hacer lo correcto mientras la gente a mi alrededor busca la corrupción. Trato con noticias de economía y política, estoy exhausta de leer mentiras y

fingir pudor. Si no me quieres, lo entenderé; ni siquiera yo planeaba tener un lío con un compañero de trabajo. Llevo más de cuatro años en MB, dando lo mejor de mí y siendo respetuosa con quien no debería; ya es hora de hacer algo para devolver el cariño que me dan. —No me pasó desapercibido el tono irónico en la palabra cariño.

—Estás borracha y no voy a aprovecharme de la situación.

—Si te da seguridad, pide más copas de whisky o vámonos a otro lugar, donde podamos emborracharnos juntos y no tener que decir quién se está aprovechando de la situación. No voy a aparecer en tu despacho y exigir una relación; es solo por hoy, James. Ni siquiera sé en qué departamento trabajas, soy buena fingiendo que no conozco a la gente. —Se rio y escondió la cara en mi cuello, haciéndome estremecer, lo que repercutió de lleno en mi polla—. Mentira, seré supersincera, soy una mierda escondiendo mis sentimientos. Pero no te preocupes, no te cruzarás conmigo, vivo metida en un despacho y solo salgo para tomar mi té.

—Estás loca, Flaviane —confesé con la mirada sorprendida. ¿Qué le habría pasado para actuar de forma tan imprudente? —No pasaremos de lo que está ocurriendo aquí.

—Eso ya lo veremos, James. Lo que quiero, incluso borracha, lo consigo —me desafió levantándose de mi regazo, yendo hacia la barandilla y bailando de forma sensual mientras sonaban otras canciones.

La música nos incitaba cada vez más a la lujuria y la seducción. Necesité dos copas más de whisky para verla bailar provocadora, subiéndose el vestido e insinuándose.

Cuando sentí que la tenía demasiado dura dentro del pantalón, me levanté decidido, olvidando cualquier sentido común o ética. Ella consiguió lo que quería: íbamos a follar, aquí o en su casa, necesitaba sentir lo que mi mente estaba imaginando.

¿Por qué me había bebido esas copas de más?

Ella vino bailando hacia mí y a medio camino nos encontramos con ritmos lentos y sensuales. Movía los labios cantando la canción y provocándome con la letra, que estaba justo ahí.

Zara Larsson – Right Here

—Soy un hombre, Flaviane.

—Qué bien.

Nuevamente fue ella quien dio el paso para que nos besáramos, esta vez, llenos de deseo e impulso sexual. Mi mano fue hacia el bajo de su vestido mientras las suyas exploraban por dentro de mi americana, mi pecho y bajaban hasta mi pantalón.

Tuve que parar lo que estábamos haciendo, la miré a los ojos y decidí. Iríamos a otro sitio a terminar lo que habíamos empezado.



Capítulo 3

Flaviane

—¿Adónde vamos? —pregunté cuando James me cogió de la mano y nos condujo fuera de la zona VIP.

—A un sitio más reservado —dijo en voz baja cuando llegamos a la planta baja y, sin que yo pudiera mirar a la gente que había allí, me llevó hacia la salida.

—Podemos ir a tu casa —ofrecí con descaro. Él parecía tener mucha más solvencia económica, o sea, que al día siguiente alguien, que no fuera yo, limpiaría el desastre.

—Prefiero que sea un hotel. —Apresuró el paso cuando llegamos a la acera en dirección al aparcamiento.

—¿Y tener que conversar después de follar hasta que me lleves a casa? ¿O peor, dejarme ahí para que pague el taxi? —Me miró de reojo y no dijo nada. Yo no tenía intención de hacer el paseo de la vergüenza después de una noche de placer, fuera buena o mala.

James se detuvo frente a un coche de lujo y me abrió la puerta. Debería haberme dado cuenta de que su situación financiera estaba muy por encima de lo que imaginaba, pero la bruma de la lujuria mezclada con la borrachera me volvió osada, más de lo normal.

—Que sea en mi casa. Tengo media botella de tequila para rematar la noche.

—Iremos a tu casa, pero no beberemos más alcohol —sentenció arrancando el coche, y mi mano fue a su muslo, cerca de la ingle.

—Ah, tienes que estar al mismo nivel que yo, guaperas. Mi casa, mis reglas. —Sentí su polla por encima del pantalón y le vi tensarse asustado—. Necesitas un poco más de actitud, porque tu fuerza es perfecta.

—Joder —masculló poniendo su mano sobre la mía y frotándola contra su pantalón. Sonreí con diversión y morbo, ya que poco a poco sentía cómo se endurecía—. ¿Vas a decirme la dirección de tu casa o tendré que parar en medio de la calle para follarte?

—Solo quería animarte un poco, estás muy tenso. —Solté una risita por el doble sentido, quité mi mano de él y encendí la radio mientras le indicaba el camino.

Vivía en un barrio apartado. La casa alquilada a mitad de la manzana era sencilla y cómoda, lograda con mi trabajo desde la época de las prácticas mal pagadas en la facultad. No me llevaba bien con los vecinos y, como solo pasaba en ella los fines de semana, para mí no importaba quién hubiera alrededor.

Eyes Set To Kill, Howard Jones – Face The Rain

A diferencia de la letra de la canción, yo quería enfrentarme a aquella noche, con un hombre desconocido que me deseaba como ningún otro lo había hecho. Canté desafinando y me meneé, insinuándome al hombre que conducía y se esforzaba por mantener una postura seria. Él parecía una fortaleza con rejas y valla eléctrica; para atravesar sus muros haría falta un cañón.

No estábamos en ese nivel de relación. Era algo del momento; había química y mucho alcohol de por medio.

A pesar de mis reticencias, salí del coche cuando paró frente a casa y abrí el portón para que lo guardase en el garaje. No me fiaba de los vecinos, o sea, que el barrio entero era objeto de mi desconfianza.

En cuanto cerré el portón, me acerqué a él y me puse de puntillas para darle un beso en la boca, que fue muy bien recibido con sus manos en mi cintura, apretando con posesión y deseo. Incliné la cabeza para profundizar, para conquistar un poco más de su sabor, y fue su turno de ser osado, apretándome el culo y presionando nuestras caderas.

—¿Quieres empezar aquí mismo? —preguntó con voz ronca y me reí por lo bajo, tirando de él hacia la puerta de entrada.

—No, primero voy a emborracharte.

Abrí con tranquilidad y tiré mis cosas sobre la mesa mientras él se quitaba la americana con cuidado. Fui a la cocina, cogí la botella de tequila por la mitad, dos vasos de chupito y volví al salón, donde él parecía observarlo todo con mucha atención.

—¿Tu familia? —preguntó señalando una foto donde mis padres, mi hermana y yo estábamos, con la casa donde crecí de fondo, la finca que ellos no parecían dispuestos a dejar en absoluto. A diferencia de ellos, Cristiane y yo queríamos comernos el mundo; el campo no formaba parte de nuestra ambición.

—Sí, para que veas todo lo que he tenido que recorrer para llegar hasta aquí. —Nos serví un chupito e hice una mueca—. Vaya, hablando así hasta parezco una ingrata. Amo a mi familia, solo que no estoy muy de acuerdo con la manera a la antigua en que me criaron.

—¿Cuándo te fuiste de casa de tus padres? —Se bebió el chupito de un trago y, antes de que pudiera beberme el mío, me lo robó y se lo bebió también.

—Oye, así te vas a emborrachar más que yo. —Lo empujé para que se sentara en el sofá, dejé los vasos en el mueble de la tele y me quité el vestido sin ninguna vergüenza, quedándome solo con la botella mientras me acomodaba en su regazo a horcajadas.

Ah, ese brillo en la mirada de James ya se estaba convirtiendo en una constante cuando yo tomaba la iniciativa.

—Aprovecha, guaperas, es solo por esta noche.

—Vale. Dijiste que no irrumpirías en mi despacho para exigir una relación. —Me meneé sobre su regazo y sentí que se ponía duro otra vez.

—Tienes buena memoria. —Bebí un trago del tequila y él me apartó la botella de la boca, bebió unos tragos y la dejó lejos de nosotros, en el suelo—. Ten cuidado, porque el desastre, al final, lo limpio yo.

Su lengua encontró el valle de mis pechos, cubiertos por un sujetador básico, y me estremecí. Por lo visto, era un hombre de acción, y más cuando le provocaban.

Dando besos pausados, provocó mi escote mientras yo me frotaba contra su cadera. A cada momento que pasaba, sentía su pene ponerse erecto y frotar la parte exacta de mi anatomía: mi clítoris.

Mi ropa interior no iba a juego y no era sexi. Lo último que pensaba era en tener compañía para la noche, y más llevando más

de seis meses sin ni siquiera besar a alguien. Siempre cansada y maltratada emocionalmente, lo último que necesitaba era a alguien ayudando a poner un clavo más en mi ataúd.

¿Quién iba a decir que unas copas de tequila elevarían mi autoestima hasta la estratosfera?

Llevé las manos a la espalda y me quité el sujetador con prisa. Él pareció decepcionado por algo, así que le sujeté el rostro y le besé con ferocidad, tornando su postura exigente. Sus manos apretaron mis pechos de tal manera que corría el riesgo de moverme un poco más y correrme sin ni siquiera quitarme las bragas.

Su boca dejó la mía y pasó a ocuparse de mi cuello y mi pecho, mordiendo y succionando, volviéndome loca.

—Nunca he hecho esto —decidí confesar, al fin y al cabo, nunca tuve nada que ocultar.

—¿El qué? —preguntó con indiferencia; su atención estaba en mis pechos y su lengua hacía magia en mis pezones.

—Acostarme con un hombre que he conocido en un bar. Normalmente nos mensajeamos antes de pasar a la acción. —Gemí cuando la succión fue más fuerte y me llevó a un éxtasis momentáneo—. Eso, hazlo más así.

La conversación quedó aparcada, porque mi amante obedeció mi orden y, con movimientos desesperados de vaivén contra su regazo, sentí llegar el clímax y me entregué a los temblores y sensaciones que él me proporcionaba.

Ni me creía que ya estuviéramos al final del acto, ya que, hecha mi parte, a la otra solo le faltaba terminar.

¡Qué equivocada estaba!

James me sujetó con devoción, me tumbó en el sofá y, antes de que pudiera recuperarme, me quitó las bragas despacio y sonrió con malicia.

—¿Puedo seguir? —preguntó en tono seductor abriéndome una de las piernas para ver mi sexo con más claridad.

¿En serio iba a seguir? Sin fuerzas para reaccionar, solo asentí y me dejé llevar por su boca en mi coño, mientras mis manos sentían la textura de su pelo y le indicaban la dirección exacta de mi placer.

Bienvenido, segundo orgasmo. Corría un gran riesgo de enamorarme del sexo con este hombre, aunque no creyera en el amor a primera vista, y mucho menos en el amor al primer polvo.



Capítulo 4

James Blat

Era como si el sabor que se desprendía de su piel, de su boca y de su sexo me embriagara mucho más que el alcohol que había bebido. Flaviane no solo estaba entregada a mi tacto, sino a todo lo que tenía en mente cuando se corrió por segunda vez y se incorporó para ayudarme a quitarme la camisa.

—Vaya —dijo admirada, demostrando que lo había hecho bien.

—¿Aún necesito más iniciativa? —pregunté en tono provocador.

Lo que muchas mujeres aún no sabían era que esa supuesta falta de iniciativa no era más que un intento de ocultar la explosión de deseo que había dentro de un hombre, como era mi caso.

—Creo que es hora de que pagues con la lengua —dijo desabrochándome el pantalón.

Ah, si pusiera su boca sobre mí, sería mi perdición. Quería hacer que ella llegara a su límite antes de que me llevara a mí al mío.

Por desgracia dependiendo del punto de vista, ella fue más rápida. Conmigo aún sentado en el sofá, se arrodilló y se metió mi polla en la boca, chupando y lamiendo con avidez. Miré su cuerpo, le acaricié la espalda hasta llegar al culo y lo apreté, aumentando mi excitación.

Joder, esta mujer estaba buena a rabiar, con curvas en los sitios adecuados y un descaro sin pudor. Sería mi mujer ideal para follar, si no fuera por mi alergia a las relaciones. No me liaría con alguien que pudiera darme placer y que, en el futuro, me exigiera lo que no podía darle. Yo era un hombre cerrado y no iba a abrirme, aunque tener su boca en mi polla todos los días me hiciera querer renunciar a esa postura tan rígida.

—Joder —dije con voz ahogada cuando se la metió hasta el fondo de la garganta, luego subió hasta la cabeza y succionó, soltándome a punto de correrme.

Cerré los ojos y respiré hondo; menos mal que paró, porque mi intención era estar dentro de ella cuando finalmente me permitiera correrme.

—¿Tienes condón? —Se arrodilló en el suelo y me quitó los zapatos. Esa sumisión no pegaba con su postura altiva, lo que me confundió y a la vez me demostró que conmigo podría ser diferente.

Negué con la cabeza para ahuyentar los pensamientos sentimentales y después asentí para corregir mi respuesta a su

pregunta. Saqué la cartera del bolsillo levantando la cadera y ella aprovechó para quitarme los pantalones.

—Está en la cartera. Gracias por la ayuda —dije con suavidad, dejando la cartera en el suelo al otro lado del tequila y entregándole el paquete de preservativos.

Para mi sorpresa, se levantó, fue hacia la bebida y se tomó otro trago con la mirada en llamas. Joder, quería provocarme, y más aún cuando dejó que parte del líquido le resbalara por el cuerpo, desde los pechos.

—Quiero ser tu chica esta noche. —Flaviane me ofreció su cuerpo y, sin tener en cuenta el peso de sus palabras, me levanté y le quité la bebida de la mano, bebiéndome todo el líquido y tirando la botella al suelo.

Mi esófago y mi estómago protestaron, pero a la mierda, ella ya no necesitaba eso para follar conmigo. Miré a sus pies y vi la alfombra salpicada por la bebida.

—Eres tú quien lo está ensuciando todo —dije divertido antes de agarrarle un pecho e inclinarme para chuparlo.

—Ya nos echaré la bronca mañana, ahora te quiero a ti, James.

Antes de cumplir su petición, le lamí y chupé todo el cuerpo para limpiarle el tequila y sustituirlo por mi saliva. Ella gimió de forma descontrolada, me tocó con desesperación y, cuando le quité el condón de la mano, sus ojos brillaron con anticipación.

Miré a mi alrededor en un primer momento y decidí quedarnos aquí. Cuando estuviéramos saciados, iría a su cama y recuperaría el aliento para un segundo asalto, porque con ella, solo uno no bastaría.

Le gustó la postura; volví a sentarme y tiré de ella para que se quedara en mi regazo. Encajando mi miembro en su entrada, fue

fácil sumergirme dentro de ella por estar empapada de tanto correrse.

Subió y bajó despacio, mirándome como si fuera la primera vez que me veía. Apreté sus muslos, subí a su culo y después por su espalda, recorriendo con mis dedos la suavidad de su piel y el escalofrío que le causaba.

Su respiración empezó a acelerarse, los gemidos subieron de tono y, apretándole la nuca, traje su boca a la mía en una clara demostración de posesión. Sus movimientos se aceleraron, pasaron a subir y bajar combinados con meneos de cadera y, en cuanto se tensó momentáneamente, se libró de mi boca para buscar aire y gemir con más intensidad que las otras veces.

Me rodeó el cuello con los brazos y respiró hondo varias veces para recomponerse. Me di prisa en dejarla de rodillas y apoyada en el respaldo del sofá, me coloqué detrás y la penetré con un solo impulso. Puse una rodilla en el sofá, y el otro pie en el suelo me ayudó a ser ágil mientras la embestía con fuerza. Las manos apretaron sus pechos y esta vez, quien gimió alto fui yo cuando fui hasta el fondo una vez, una segunda vez y por fin, terminando de soltar mi corrida, la tercera vez.

Un escalofrío me recorrió; después besé su hombro, su espalda y suspiré satisfecho.

No se podía negar, nuestra química era única, comparada con todas las otras que había tenido. Teniendo la seguridad de que sería solo esta noche, salí de dentro de ella, me quité el condón y le hice un nudo buscando un baño con la mirada.

—Vamos a mi cama —pidió agarrándome la muñeca.

—Voy a tirarlo al baño, ahora vuelvo. —Le toqué el pecho y la barriga, y ella hizo una mueca—. ¿No vas a ducharte?

—Sí, después de que la uses tú. —Caminó, empujó una puerta y se fue meneando las caderas hacia otra—. El baño es este.

Cerré la puerta antes incluso de encender la luz. Tiré el condón y me di una ducha solo para quitarme el sudor del cuerpo. Todo era muy pequeño y estrecho, estaba acostumbrado a otro nivel. La verdad es que me sentía raro... era mucha intimidad con alguien que solo tendría un breve paso por mi vida.

Fui a su habitación; ella me miró con expresión soñadora desde donde estaba tumbada. Se levantó para ayudarme a tumbarme y acomodarme en el centro de su cama de matrimonio.

—¿Quieres agua? —preguntó dejando un beso dulce en mis labios.

—Tú también necesitas beber agua. Trae para los dos.

Dio unos pasos hacia atrás tocándose el cuerpo entero y haciéndome encender antes de lo que acostumbraba. Salió rápidamente y volvió con una gran jarra de agua y un vaso, bebió un trago y me dejó solo para ducharse ella.

O ella tardó demasiado o la bebida me ayudó a relajarme más de la cuenta y dormirme, porque sentí que me tocaban la polla y tenía los ojos cerrados, pesados. La cabeza me palpitaba un poco, pero todo se borró ante la boca que me devoraba.

Levanté la sábana que me cubría y vi a Flaviane entre mis piernas comiéndomela como si fuera su comida más preciada. Nos destapé y la admiré poniendo el culo en pompa y mostrándose ávida de mí.

—¿Qué hora es? —pregunté con la voz ronca de placer y somnolencia.

—Hora de follarte un poco más —respondió levantando un condón y mordiéndose el labio al abrir el paquete—. Confieso que aún estoy borracha, pero también sobria. Estás demasiado bueno, James.

—Aprovéchate. —Me puse las manos detrás de la cabeza; a ella le costó poner el condón, pero lo consiguió y se subió,

necesitando un poco de vaivén antes de hundirse en mí.

Irguió los pechos y me usó como un objeto para su placer. Admiré a aquella mujer confiada y llena de deseo tomándome como si fuera suyo. No era para menos, le di libertad para sacarlo todo de mí.

Le puse las manos en los pechos cuando la oí gemir más fuerte. Mi intuición parecía conectada con ella, impulsándome a actuar según su necesidad.

Me cabalgó con lentitud, lo que pronto dio paso a la excitación al frotarse y acelerar el vaivén. Me incorporé para chuparle un pezón y la sentí correrse meneando las caderas sobre mi regazo y tirándome del pelo. Joder, estaba preciosa entregada al placer y por eso no pude evitarlo, también me corrí y tiré de ella para que se tumbara a mi lado.

Me demoré demasiado en aquella postura, disfrutando de su calor y de la conexión. Se me había bajado la erección y, cuando fui a salir de ella, sentí que el preservativo se quedaba a medio camino. Interrumpí nuestros movimientos para hacerlo de forma correcta.

—Espera, creo que el condón se ha movido —dije serio; ella se puso tensa en mis brazos y, para completar la situación embarazosa, saqué la polla despacio y el condón se quedó dentro.

Mierda.

Antes de que dijera algo o entrara en pánico, puse la mano en su coño, metí un dedo con cuidado y encontré el preservativo justo a la salida. Debería haber comprobado si estaba completamente desenrollado o haber salido de dentro de ella en cuanto me corrí, pero el placer había sido tan intenso que el descuido se impuso.

Sonreí aliviado cuando lo saqué de dentro de ella y vi que el líquido blanquecino estaba en él. Todo bien, sin consecuencias para nuestro acto.

—Si tu preocupación son las ETS, estoy limpia, siempre me cuido —dijo apresurada, y me levanté para darle la espalda y no mirarla. Me di cuenta de que la habitación estaba un poco más iluminada, o sea, que la mañana había llegado; era el momento de irse.

—Todo está bien —dije sin mirarla, yendo al baño, limpiándome y luego buscando mi ropa en el salón.

Tenía un nudo en la garganta cuando terminé de vestirme y la vi, desnuda, observándome desde la puerta de su habitación.

—Bebe más agua. —Me metí la cartera en el bolsillo trasero del pantalón y nos quedamos mirándonos el uno al otro, como si ambos tuviéramos algo más que decir que no fuera solo la recomendación para la resaca.

—Tú también. —Inspiró profundamente y soltó el aire por la boca junto con las palabras—: Adiós, James.

—Adiós, Flaviane.

Y aunque una parte de mí decía que era lo correcto, una parte que desconocía me hacía sentir culpa al salir de la casa, abrir el portón del garaje e irme sin ni siquiera intercambiarnos el número de teléfono para hablarnos de nuevo.

Ella no iba a exigir una relación... secretamente deseaba que me sorprendiera como hizo varias veces esa noche y contradijera sus palabras.



Capítulo 5

Flaviane

Me sentía fatal al llegar a la empresa y mirar a mis compañeros de trabajo, que pasarían a ser excompañeros en unas semanas. Sentía el peso del juicio ajeno, aunque nadie supiera lo que había pasado; en mi caso, mi mente fantaseaba con que todos habían visto mi aventura sexual y me acusaban de ser una prostituta.

Era una mierda tener tan arraigadas tantas enseñanzas retrógradas de quien siempre vivió en el campo y no sabía que las mujeres ya se han ganado su sitio. Aun así, fue a causa de ese mal sentimiento que me oprimía el pecho que llegué a mi mesa, recogí todas mis cosas y fui directa al departamento de Recursos Humanos.

—¿Ya te vas? —preguntó Karine cruzándose conmigo en el pasillo. Me encogí de hombros y no respondí; el corazón se me aceleraba solo de pensar que podría toparme con el hombre con el que me acosté después de la fiesta.

Dios, llevé mi libertad a otro nivel. ¿Por qué bebí tanto?

Lo que debería haber sido un grito de libertad acabó transformándose en desesperación y culpa. Llevaba un piano de cola gigantesco a la espalda y solo necesitaba desvincularme de MB News cuanto antes para poder respirar aliviada y, claro, buscar otro empleo.

Para mi suerte, o misteriosa decepción, no me crucé con Willis, Márcio ni tampoco con James. ¿Cuál sería su cargo? Ojalá no encontrase ninguna respuesta; necesitaba pensar en mí y en nadie más. Él era un alto directivo, su coche me daba la certeza, y lo último que necesitaba era que me acusaran de liarme con un jefe en busca de mi readmisión.

Se acabaron los amargados y los malhumorados.

Llegué a casa después de que me dejara el taxi y me tiré en el sofá, recordando las peripecias sexuales que había cometido. Parecía haber sido ayer, o incluso hace un siglo. Confusa y carente de afecto, dejé mis cosas en el suelo y me tumbé en el sofá para dormir y entregarme a la procrastinación. Podía permitirme uno o dos días de bajón antes de pensar en trabajar, ¿verdad?

Me desperté con el móvil sonando. Estiré el brazo para alcanzar el bolso, rebusqué dentro y me lo puse en la oreja sin saber quién estaba al otro lado de la línea.

—¿Sí?

—¿Durmiendo a estas horas? —preguntó Cristiane, mi hermana, divertida.

—Sí. Estoy en el paro ahora mismo, ¿qué se te ofrece? —Me acomodé en el sofá y suspiré previendo una broma despectiva. Ella

nunca se tomaba nada en serio; lo que yo tenía de sinceridad, ella lo tenía de irresponsabilidad.

—Qué maravilla, ya que tienes la vida resuelta, ¿no podrías prestarme algo de dinero? Me he pasado con la tarjeta y no aguanto más pagar intereses —dijo llorosa, y puse los ojos en blanco, ya más despierta. Ella no tenía límites o a su mando a distancia se le habían acabado las pilas de forma permanente.

—Sabes que me debes hasta el alma, ¿verdad? Ahora voy a empezar a cobrarme otras cosas. —Hice una mueca, sabiendo que no conseguiría negar su petición, aunque se mereciera quedarse sin ayuda para aprender la lección. Solo estábamos nosotras en este mundo, yo le daría el mismo apoyo que me gustaría recibir.

—Soy toda tuya, Flaví. Eres mi ángel de la guarda, lo sabes.

—Y tú el mío. —Recordé cuando vino de casa de nuestros padres a la ciudad, dos años después de que yo me hubiera ido para ir a la facultad. Ella decía que nuestros padres estaban cada vez peor y el contacto que tenía con ellos, con el paso de los años, fue disminuyendo cada vez más—. ¿Estás en la ciudad?

—No, viajando por trabajo, como siempre —dijo con diversión.

—¿Te has encontrado con algún tío bueno por el camino?

—Solo si te refieres al que estaba atropellado en medio de la carretera. —Se rio alto mientras yo pensaba en la situación real; pobrecito el animal—. Sabes que lo mío con los hombres no funciona.

—Pero no eres lesbiana.

—Debo de ser un ente sin género. A mí lo que me pone es trabajar; todos los hombres con los que me he cruzado son demasiado inmaduros.

—Ah, tal vez eso cambiase si encontraras a un tío bueno como el mío. —Me mordí la lengua, no debería hablar de un lío que

no se iba a repetir, pero fue más fuerte que yo.

—¡Hala! ¿Quién es?

—Cristiane, si te cuento toda la historia, vas a pensar que es mentira. —Me reí por lo bajo, sintiendo un hormigueo en el cuerpo al acordarme de James. Mi hermana también se rio y, cuando abrí la boca para continuar, me interrumpió:

—Tengo que colgar, me están llamando. Te mando el importe y el número de cuenta por mensaje para que me hagas el ingreso.

—Es más fácil que me mandes la factura de la tarjeta para pagarla yo, pero vale, cuídate.

—Tú también, mi salvadora. Haría lo mismo por ti, que lo sepas. Besos.

Colgué y fui directa a la aplicación de mensajería a esperar sus datos. Aun estando en el paro, tenía buenos ahorros y ayudaría a mi hermana, ya que no teníamos el apoyo de nuestros padres. En el momento en que decidimos no volver a la finca, después de graduarnos, nos tocó buscarnos la vida por nuestra cuenta.

Era una buena forma de encarar la vida, ir tras lo que realmente importaba, ya que no habría nadie para salvarnos al final. Pero también era muy difícil aprender a base de golpes, con esa falta de cariño y sustento. Sería para mi hermana lo que yo misma no tuve. La reciprocidad sería verdadera cuando me tocase a mí necesitarla, de eso estaba segura.

Una vez hecha la transferencia, aproveché para buscar en internet algunos anuncios de ofertas de trabajo. El salario inicial era muy bajo; necesitaría otros cuatro años de empresa y mucho sudor para volver a tener el mismo estatus financiero que tenía antes.

Podría aceptar los encargos freelance que algunos de mis colegas ya me habían comentado, para complementar mis ingresos. Tendría que reinventarme, nunca me ha dado miedo eso, y más cuando sentía tanta ligereza en mi interior.

No me cruzaría con ningún James, no tendría que lidiar con el amargado de mi jefe ni con el malhumorado del director. Todo iba bien dentro de lo que cabe y, sexualmente satisfecha como estaba, me centraría solo en lo profesional por haber saciado uno de mis apetitos ocultos.



Capítulo 6

Flaviane

Tres meses después...

Me llevé las manos a la cabeza al ver el resultado del análisis que tenía delante. El médico percibió mi desesperación y no dijo nada, sobre todo porque, en ese momento, un «enhorabuena» era lo último que quería oír.

—Si necesita ayuda o apoyo psicológico, tenemos un equipo en el hospital que puede atenderla.

—Lo que necesito es un marido o al padre de la criatura para que me ampare —dije con brusquedad, cogiendo los papeles de

encima de la mesa que indicaban que mis náuseas y mareos no tenían nada que ver con un virus, sino con un embarazo.

¿De quién, Dios mío? ¿Cómo?

El último hombre con el que me acosté fue James y usamos condón las dos veces. Caminé apresurada hasta salir de urgencias y miré al sol con desafío. ¿Por qué el universo parecía conspirar para que la historia se repitiese? Aunque mi madre no lo admita, se casó embarazada de mi padre por obligación. Si ellos eran retrógrados, mis abuelos lo eran aún más.

Caminé hasta la parada del autobús, pensando en las mil y una excusas que podría darle a mi jefa y solo logré ver una alternativa: la verdad. No bastaba con haber tenido dos exjefes insoportables, ahora tenía una jefa tirana, estresada y a la que le encantaba restregarme por la cara que me inventaba un dolor cada día.

Vale que yo cumplía mis objetivos, incluso dejé de quejarme en voz alta, bebía mucha agua y ponía mala cara, claro, pero también la incomodaba. Laurilene parecía tener una misión en la Tierra y esa era criticar todo lo que yo hacía. Con dos meses en la empresa, estaba centrada en demostrar mi valía y mi resistencia a las críticas. Si aguanté durante más de cuatro años a dos hombres pesados, una mujer sería fácil.

Estaba completamente equivocada, y más aún habiendo sido contratada estando embarazada, cuando en el reconocimiento médico dije que no lo estaba y que tomaba la píldora. Vale que solía olvidármela uno o dos días, pero nadie tenía por qué saberlo salvo yo misma.

Embarazada. Con 25 años, un trabajo mal pagado y una superiora que me humillaba, llevaba dentro a un ser inocente para venir a este mundo y sufrir conmigo. ¿Por qué?

Me di cuenta demasiado tarde de que mi autobús había pasado y tendría que esperar otros 30 minutos a que viniera el

siguiente. ¿Qué podía hacer en esa situación? Yo no sabía que estaba embarazada; nunca mentiría, por Dios, habría estado tan histérica como ahora en la entrevista de trabajo, aquella en la que Laurilene me engañó muy bien mostrándose receptiva y dispuesta a enseñarme.

En la segunda semana de trabajo, cuando le corregí un texto periodístico sin que me lo pidiera, desperté a la bestia. No solo le sacaba pegas a mis redacciones, sino que le encantaba hacerme reescribir y comparaba los textos de antes y después.

Por un lado, me sentía desafiada a demostrar que la manía que me tenía era solo despecho por haber encontrado un fallo en su trabajo perfecto. Joder, la abordé en su despacho, no se lo conté a nadie; pensé en su bien por si alguien veía lo que yo vi.

Maldita la hora en que mi sinceridad fue más allá de lo necesario.

Sufriendo con los pensamientos negativos sobre la empresa, que ahora no podía ni pensar en dejar por culpa del bebé que venía en camino, hice una señal al autobús y me subí pensando en mis padres. ¿Cómo se lo diría?

Tenía que ir por partes y la primera persona a la que se lo contaría sería mi jefa. Después, llamaría a Cristiane, ya que no había hecho amigos en el trabajo. La empresa tenía una energía competitiva muy alta, así que confraternizar con la persona de la mesa de al lado era lo mismo que entregarle información al enemigo.

Mientras unos no hacían eso, otros lo aireaban todo a los cuatro vientos sin preocuparse por la empresa, como hacía Willis.

¿Por qué estaba dándole vueltas al pasado? Ah, claro, porque después de mi hermana, tenía que ir a MB News o a JB Noticias para encontrar a James y soltarle la bomba. A pesar de haber decretado que nunca pondría un pie en su despacho exigiendo una relación, lo haría, pero para exigir que asuma la paternidad.

¿Cuidar sola de un bebé? Joder, ya era difícil lidiar conmigo misma, ¡imagínate yo y otra persona dependiendo de mí! Nunca pensé en formar una familia, y mucho menos en casarme, pero un hijo...

Del mismo modo que el pensamiento negativo vino a toda velocidad, se fue. Deshacerme de él no era una opción; él no tenía la culpa de mis elecciones ni de mi historia familiar.

¡Joder, pero si usamos condón!

Indignada por cómo estaba pasando todo, me bajé en la parada que estaba a tres manzanas de la empresa donde trabajaba actualmente y caminé pisando fuerte e intentando no llorar. Curioso cómo los síntomas de malestar desaparecieron en el mismo momento en que el médico me dio el diagnóstico. ¿Medicamentos? Solo en casos extremos, ya que en las primeras semanas de gestación cualquier cosa podría provocar un aborto espontáneo.

Solo de pensarlo me recorría un escalofrío desagradable por el cuerpo. Aunque no hubiera sido deseado y en este momento fuera difícil aceptar mi estado, él no se merecía mi rechazo.

Me apresuré hacia el despacho de Laurilene, llamé a la puerta y asomé la cabeza. Estaba hablando con Sebastião, el dueño de la empresa, y con seriedad, me indicó que entrara.

—Qué bien que has llegado, Flaviane. Tus ausencias por los dolores de cabeza estaban perjudicando el trabajo.

—Mi trabajo está al día; lo único pendiente es lo de hoy, que terminaré en el plazo estipulado —dije bajando la cabeza y entrando con aire sumiso, pero dejando claro que no escucharía sin replicar. El hombre de pelo canoso y semblante sereno me miró tranquilo hasta el momento en que me senté a su lado.

—Recuerdo muy bien tus momentos, Lauri. Si el trabajo se está haciendo, dale un respiro. —Le sonrió a ella y después me miró a mí—. Dejaré que habléis.

—No, quédate, Sebastião, porque hoy ha ido al médico y me ha traído un justificante, ¿verdad? —exigió, y abrí el bolso con el corazón en la boca para darle lo que me pedía.

—Sí, me he hecho un análisis de sangre y estoy embarazada. —Tragué saliva y los miré a uno y al otro, que estaban en shock—. No mentí cuando me contrataron. Estoy más sorprendida que vosotros con la noticia, ya que fue hace tanto tiempo. —Miré al techo buscando fuerzas para no sentirme avergonzada—. Lo correcto, por dignidad, sería cancelar mi periodo de prueba y despedirme. Pero... —Contuve el llanto—. Por favor, necesito trabajar ahora más que nunca.

—¿Quién es el padre de ese bebé? —preguntó serio el dueño de la empresa, y se me escapó una lágrima. Me la limpié rápidamente y me mordí el labio sin saber qué responder por primera vez en mi vida.

—Oh, genial, ni siquiera sabe quién es el padre. —Mi jefa miró al dueño y luego a mí con desdén. Inspiré profundamente para no replicar con crueldad, pero todo lo que me venía a la mente eran insultos.

—Independientemente de eso, es un asunto privado suyo, Lauri. —Sebastião me dio dos toquecitos en la mano y forzó una sonrisa—. Entre lo correcto y lo incorrecto, en este caso, tengo que guiarme por la legislación. Te quedarás con nosotros hasta que tengas el bebé, a no ser que presentes tu dimisión.

Debería sentirme aliviada, pero el peso de ser un estorbo en la vida de la gente me hizo sentir mal. Miré a mi jefa, que quería matarme solo con la mirada, y bajé la cabeza, deseando salir de allí y llamar a mi hermana para buscar apoyo.

—Puedes volver al trabajo, Flaviane. Las próximas ausencias deberán ir acompañadas de un justificante médico —me despachó Laurilene, y me levanté apresurada para salir.

—Y enhorabuena. Los hijos son una bendición, aunque no sean planeados —dijo Sebastião antes de que abriera la puerta; no miré atrás y fui a toda prisa hacia el baño.

Dios, ¿cómo podía pensar así, cuando lo que yo quería era que alguien me dijera que todo saldría bien al final? Sola, como siempre he estado, no podría contar con el apoyo de mis padres.

Me lavé la cara, me recompuse y llené mi vaso de agua para centrarme en el trabajo. Esperaría a avisar a mi hermana cuando estuviera en casa, donde pudiera llorar y gritar para desahogarme.

Entonces, me ocuparía del padre del niño.



Capítulo 7

Flaviane

No debería sorprenderme la reacción de Cristiane. Sintiéndose la mujer más poderosa por convertirse en tía, ya hablaba del ajuar e incluso compró la primera ropita del bebé por internet, para que la entregaran en mi trabajo.

Como si no tuviera ya la imagen lo bastante manchada y las facturas pesando aún más en el bolsillo, mi hermana hasta bromeó diciendo que ella lo compraba, pero quien pagaba era yo.

Me dolió saber que no valoraba la ayuda económica que le daba, pero el dolor era mayor al pensar que podría vivir sola con esta criatura.

Necesité una semana para lograr adelantar todo mi trabajo y salir antes de mi empleo actual para pisar el lugar al que nunca pensé que volvería. MB News estaba en un edificio imponente, admirable, y parecía más bonito después de meses sin verlo, por estar fuera de mi ruta.

YONAKA – Call Me a Saint

Me quité los auriculares; la música fue mi compañía hasta aquel encuentro. Llegué a recepción y la chica que nos atendía era la misma; me saludó simpática y yo hice lo mismo. A pesar de los jefes insoportables, los compañeros eran mucho mejores. Bueno, o podría ser que yo fuera la equivocada y la intragable.

—¿Cómo estás, Flaví? Cuando supe que ya no trabajabas aquí me puse tan triste. —Me miró con expectación e hice una mueca—. ¿Vas a volver?

—No. De hecho, necesito una ayuda. —Me incliné sobre el mostrador y bajé el tono de voz—. Necesito saber cuántos James hay en la empresa o en JB.

—¿James Blat? —preguntó un poco alto; sentí el corazón palpitarme y parecía que algo dentro de mí lo había reconocido, por más que la cabeza no pareciera conectar con nada—. Creo que solo está él, Flaví, uno de los socios de JB Noticias. A pesar de la fusión, los nombres seguirán separados un tiempo. Estamos en transición. —Sonrió frunciendo el ceño al verme entrar en pánico por dentro.

¿Me acosté con el dueño de la empresa?

Y no solo eso, sino que puse verde a Willis y...

Me tapé la cara con las manos y dejé que atendiera a otra persona que acababa de llegar. Cuando se quedó sola de nuevo, fui a su lado y me agaché.

—No me preguntes el motivo, solo necesito ver una foto de ese hombre.

—¿Cómo que no lo has visto? Está en todos los periódicos; la semana pasada falleció su padre, le dejó la empresa en herencia y se está peleando con su madre por ella —susurró haciendo una búsqueda rápida en internet y señalando el monitor de su ordenador.

Tan inmersa en mi dolor y en mis problemas, había dejado de lado la parte de ponerme al día con las noticias. Ahora entendía el motivo; parecía que el universo quería blindarme con un dolor más.

James Blat era mi «James, el lío de una noche».

¿Y ahora qué? Yo necesitaba consuelo tanto como él. Llevarle una noticia así, con su herencia hecha pública, olía a que quería atraparlo con el embarazo, con la diferencia de que no era nada de eso.

Solo necesitaba un empleo estable, las facturas pagadas y a mi hijo a salvo. No era por la riqueza ni siquiera por el matrimonio, solo necesitaba no sentirme sola. Con mi hermana siempre viajando, la tenía por teléfono, pero no era lo mismo que tenerla al lado.

—¿Y bien? ¿Qué pasa? —La chica de recepción me dio la mano para ayudarme a levantarme e inspiré profundamente. La verdad tenía que ser dicha, nos doliera a mí o a él.

—Necesito hablar con James Blat. Es urgente. ¿Podrías conseguírmelo? —supliqué, sabiendo que su agenda debía de ser una locura.

—Vaya, me has dejado preocupada, Flaví. ¿Puedo ayudar? —preguntó cogiendo el teléfono, y negué con la cabeza, porque las lágrimas estaban a punto de caer.

Esperar una semana más o un mes para contar lo inevitable era lo mismo que esconder una mancha bajo la alfombra. El enfado por pillarle de sorpresa sería mucho peor que soltárselo de una vez.

Para mi suerte, o no, iba a recibirme en ese momento. Me informaron de dónde estaba su despacho, me apresuré a coger el ascensor y subir a la última planta. No había nada que pudiera calmar el revuelo que tenía en el estómago. Se lo diría sin pelos en la lengua y no me disculparía si le chocaba; al fin y al cabo, yo lidié con esto sola la semana pasada; hoy, él podría apoyarse en mí.

Tenía agallas para lidiar con la situación y mi orgullo prevalecería si él no lo aceptaba o no me creía. Mientras no se confirmase que no habría apoyo, yo lo buscaría; él tiene derecho a elegir, por más que yo no sintiera lo mismo.

—¿Flaviane? —La secretaria se levantó cuando salí del ascensor y me acerqué—. El señor Blat la espera.

Seguí caminando con paso firme y casi flaqueé cuando mi mirada se cruzó con la suya. El sufrimiento y la indignación parecían emanar de sus poros al mostrarse sentado en el sillón ejecutivo detrás de un escritorio. Con determinación, me acerqué a una silla mientras escuchaba la puerta cerrarse a nuestras espaldas.

—¿Puedo sentarme? —pregunté en voz baja.

—¿Qué quieres aquí, Flaviane? —Había tanto rencor y crueldad que casi desistí de todo y acepté ser madre soltera. Me tragué el nudo que tenía en la garganta y levanté la barbilla, porque si él estaba mal, yo iba a hacer que estuviera peor.

—Sé que prometí no venir nunca aquí a exigir una relación. No mentí, el motivo de la visita es otro. —Abrí el bolso y él se limitó a observar con atención. Por el rabillo del ojo, mientras buscaba el papel que certificaba mi embarazo y de cuántas semanas estaba, me pareció ver un atisbo de fragilidad—. Siento mucho lo de tu padre —dije sincera al encontrar el papel.

—Si hubieras querido dar el pésame, habrías ido al funeral. —Él mostró resentimiento y la culpa se apoderó de mí, pero prioricé a nuestro hijo. Extendí el papel con los labios apretados.

—He estado en las nubes estos últimos días, me he enterado ahora. —Me humedecí los labios y lo miré mientras analizaba el papel—. Estoy embarazada.

Sus manos temblaron brevemente, entonces tiró el papel sobre la mesa y me miró con desdén.

—¿Y qué? ¿Quieres recuperar tu empleo? Podrías haber ido directa a Recursos Humanos, no hablar conmigo.

—He venido aquí porque este hijo es tuyo. —Me acerqué a la mesa y señalé las semanas.

—Follamos con condón, Flaviane. Buen intento, pero no entrarás en la pelea por la herencia de mi padre también. —Se levantó y me agarró del brazo.

Me zafé con violencia de su agarre, bufé furiosa y me contuve para no agredirle.

—No estoy aquí pidiendo dinero o herencia. ¡Que le den a tus bienes! Estoy haciendo mi parte: serás padre y yo madre dentro de seis meses. —Abrió la boca y le señalé a la cara con el dedo, indignada—. Y no me vengas con que no es tuyo. ¡Durante este último año, solo me he acostado contigo!

—Entonces ve a una iglesia y pide que te santifiquen, porque tú no estás embarazada de mí. —Me miró de arriba abajo y negó decepcionado. ¿Conmigo? No tenía derecho, estaba siendo honesta.

—No tengo razones para mentir, James Blat. —Dejé salir las lágrimas y me crucé de brazos buscando protección—. Podría desaparecer y aparecer dentro de diez años, con un niño a mi lado, y restregarte por la cara que te impedí construir una relación con él. No quiero tu dinero, ni besos, ni un buen polvo: ¡necesito apoyo!

Tan conmocionado y frágil como yo, se apoyó en la mesa tras dar unos pasos atrás, me observó y no dijo nada. También imitó mi postura; ambos heridos, intentando protegernos.

Estaba solo en el mundo; estaba claro al mismo tiempo que yo expresaba con palabras nuestra semejanza. ¿Tanto costaba olvidar las circunstancias y simplemente seguir a partir de aquí?

—Este hijo no es mío. ¡Usamos condón! —repitió irritado, y yo bufé.

—¿No crees que me he preguntado lo mismo? —Abrí mucho los ojos, recordando nuestro momento—. El preservativo se había quedado dentro...

—¿Te pusiste el preservativo mal a propósito para quedarte embarazada?

—¿Me estás acusando de...? —Me di la vuelta y estaba a punto de irme, pero volví furiosa, le di tres toques en el pecho con el dedo y le miré a la cara—. ¿No quieres tener nada que ver con este hijo?

—No es mío.

—Es tuyo y haremos una prueba de ADN cuando nazca. ¡No me he acostado con nadie desde nuestra última vez ni mucho tiempo antes! —Me limpié la cara con brusquedad al ver que no tenía ni pizca de empatía por mi situación.

—No te conozco, Flaviane. Solo sé lo que hay en tu expediente laboral y lo que me dijo Willis.

—Que le den a ese amargado; yo soy honesta, él no. —Me golpeé el pecho y él frunció el ceño con curiosidad; no iba a cambiar de tema.

—Quien me está encasquetando un hijo eres tú.

—¡Que te jodan, James Blat! —Di unos pasos atrás con la respuesta que no quería tener en las manos—. Cuidaré de este hijo sola, seré mejor madre que la tuya y la mía. No voy a pelear por tu puta fortuna, ¡métetelo todo por el culo!

—Ofenderme solo hace que quiera contraatacar —amenazó.

—Ya lo estás haciendo, tratándome como a una estafadora. —Señalé la mesa—. El día que el remordimiento te invada y quieras saber si el hijo del que no te hiciste cargo está bien, no vengas a buscarme.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que sonría y acepte que una semana después de la muerte de mi padre, ahora hay esperanza? —Rio sin ganas y dejó ver un poco de su fragilidad. Yo quería un abrazo y él también, pero no podíamos consolarnos, y menos con la agresividad que había entre nosotros—. Vete a vivir tu vida. A diferencia de tu promesa, ¡yo no iré a buscarte para NADA!

Su grito me asustó; sus ojos rojos y el intento de ocultar el llanto me hicieron ceder, aunque solo fuera un poco.

Asentí, mostré mi insatisfacción por su egoísmo y abrí la puerta para irme.

—Veo tu sufrimiento, James. Espero que algún día tú también logres ver el mío. Por desgracia, puede que sea demasiado tarde. —No miré atrás, caminé apresurada hasta el ascensor y dejé salir la frustración llorando.

Para mi gran suerte, el ascensor paró en la planta donde yo trabajaba antes y Willis entró sin saludarme ni siquiera reparar en mí. Porque el llanto no era suficiente para demostrar que había alguien a su lado.

Me sentí menos que nada cuando salí a recepción y ni siquiera me despedí de la compañera que me ayudó a hablar con James Blat. Lo prefería sin el apellido o incluso sin la pompa, porque el hombre que dejé en aquel despacho no tenía nada del tipo cariñoso y placentero de hace meses.

Cómo podía el alcohol cambiar y nublar el juicio de las personas.

Fui a la parada del autobús y esperé al transporte para ir a casa. Lo peor ya había pasado; era momento de prepararme para hablar con mis padres.



Capítulo 8

James Blat

Grité en un desahogo incontrolable. Últimamente me costaba esconder mis sentimientos, sobre todo cuando había una lucha interna y externa dominándome.

Echaba tanto de menos a aquella mujer, soñaba con ella y con una rutina donde pudiésemos ser una pareja, que estaba a punto de ir a buscarla. Sé que lo acordado fue solo una noche, que Willis me dijo lo interesada y crítica que era, entorpeciendo el buen desarrollo del equipo, pero para mí, era como si aquel momento que compartimos hubiese sido solo nuestro. Conmigo, ella era diferente. Libre y feliz.

Entonces, mi madre apareció para exigir su parte en un divorcio que nunca ocurrió sobre el papel. Resultado: a mi padre le dio un infarto, acabó bajo tierra y mi madre ni se inmutó; ella quería lo que le correspondía por derecho, ya que vivió muchos años aguantando el sufrimiento de estar con mi padre para mantener una familia para mí.

Ella nunca había sido feliz, palabras suyas. Él intentó hacer de todo por mi madre y fue rechazado, palabras suyas en una de nuestras últimas conversaciones.

Solo pensar en eso me recordaba al bebé que estaba gestando Flaviane y lo injusto que era este mundo. ¿Cómo podía la gente ser tan imprudente y traer al mundo a un ser tan inocente para sufrir como nosotros?

¡Ese hijo no podía ser mío, imposible! Vale que ella se acordó de algo que pasó, el condón mal puesto, pero joder...

Sonaron unos golpes en la puerta y yo estaba dispuesto a dar por terminada la jornada sin hablar con nadie. Tenía la garganta cerrada y el estómago parecía a punto de estallar.

—Entra —pedí y añadí—: ya me voy.

—Hola, James. —Willis entró mientras yo cogía la cartera y el móvil para salir—. ¿Todo bien?

—Estoy agotado. Me voy a casa. —Me acerqué a mi amigo a punto de abrazarle. Aquel que siempre estuvo a mi lado en la infancia podría ser un hombro en el que llorar, pero abrirme siempre ha sido demasiado difícil.

—Tienes que relajarte, tío. —Me apretó el hombro cuando me acerqué—. He visto a Flaviane en el ascensor.

—Sí, vino a hablar conmigo. —Miré hacia la mesa y me di prisa en guardar el papel que ella trajo de su examen. Nadie sabría lo que pasaba hasta que yo mismo descubriese qué hacer. Lo peor que podía hacer era rechazarla, pero joder... si supiera cómo está mi

vida, no se acercaría a mí en los próximos 50 años—. Todo está bien.

—Para ti, pero para ella... —Se encogió de hombros con indiferencia. La verdad era que Willis siempre le tuvo ganas a la empleada y ella nunca lo vio como algo más que un jefe cascarrabias. Él sabía lo que había pasado entre nosotros, pero nunca por mi boca, solo por deducciones obvias al vernos salir juntos del bar donde fue la cena de empresa—. Te dije que necesitas a otra mujer para follar. De tanto pensar en ella, ahora ha vuelto.

—No digas gilipolleces, sabes muy bien por lo que estoy pasando.

—Lo sé y necesito hablar contigo. —Salimos juntos del despacho y caminamos en silencio hasta el ascensor.

—¿Qué pasa? —pregunté curioso y al mismo tiempo esperando que no fuera nada grave. El peso del papel en mi bolsillo parecía hundirme el costado. Si mi madre no estuviera tan preocupada por darse la gran vida con el dinero de mi padre y el mío, podría estar ayudándome en esta situación.

—Tu madre me ha llamado; me pidió que hablara contigo.

—¿A ese punto hemos llegado? —Entramos en el ascensor y respiré hondo mientras bajábamos las plantas de forma automática. Miré al techo y, por un lado, agradecí el cambio de tema; lo de Flaviane se estaba volviendo más doloroso que la muerte de mi padre y la pelea familiar—. ¿Quién será el próximo? ¿João Paulo?

—Ella quiere solo una parte, James. No hace falta que entregues la empresa entera.

—O sea, que dejo JB en sus manos, cuando nunca se interesó por ella, y me quedo con MB. Las dos empresas son fruto de mi esfuerzo y sudor, no solo de ella. —Al verle fruncir el ceño, insistí—: ¡No es orgullo! Le avisé de que le daría un sueldo digno, mejor que la jubilación que conseguiría por su cuenta. ¿Por qué no acepta?

—Aunque tu madre estuviera en casa y no se interesara por la empresa, fue su manera de contribuir para que tu padre y tú os dedicarais a ello.

—Genial, ahora estás de su parte. —Salimos del ascensor en el sótano y fui hacia mi coche, sin el menor interés ya en saber lo que tenía que contar.

—Quiero encontrar una forma de apaciguar esta pelea. Sabes que considero a tu madre como a la mía propia.

—Y yo también a la tuya, aunque ya no esté. —Me detuve junto a mi coche y lo miré a la cara. Mi amigo de la infancia era astuto e inteligente, así que mi madre lo usaría para influirme—. Avisa a mi madre de que no voy a renunciar a lo que es mío.

—Te va a llevar a juicio. Hazle una contraoferta.

—No.

Entré en el coche, puse la música a todo volumen y conduje sin rumbo en un primer momento.

Set It Off – Killer In The Mirror

Necesitaba despejar la cabeza y las ideas, pero solo con pensar en Flaviane, en el bebé y en la pelea de mi madre, sentía rabia, frustración y una inmensa necesidad de alguien con quien desahogarme.

Joder, como si fuera fácil hablar con alguien; odiaba exponerme.

La amenaza de la mujer que pensé que podría ser alguien en mi vida acabó con el encanto que existía entre nosotros. Si estaba contaminado por los otros dolores, no sabría decirlo, pero dentro de mí necesitaba olvidar uno de los problemas, y ella era el más fácil.

Dulce ilusión. Nunca pensé que olvidar a la mujer que decía llevar un hijo mío fuera tan difícil. La culpa y la negación eran compañías peligrosas, más aún cuando me inducían a perderme en otros cuerpos.

El tiempo pasó y mi vida cambió sin que me diera cuenta de cada detalle.

No fueron solo días o semanas, sino meses siguiendo con la vida y sin querer confrontar la realidad. El examen impreso en papel estaba en un cajón de mi despacho de casa, cerrado con llave y sirviendo de fantasma cuando me dejaba hundir en la miseria inducida por el alcohol.

Nunca más lo toqué, pero miraba el cajón como si fuera mi sentencia de muerte. ¿Y si estuvieran necesitando algo y, idiota como estaba siendo, irritado con la vida, los dejé tirados?

Las dudas sobre Flaviane fueron sustituidas por la venganza que estaba dispuesto a emprender contra mi madre. Ella consiguió la mitad de JB Noticias un año después de la muerte de mi padre, para mi disgusto. La justicia dictó sentencia y mi progenitora impuso a su representante dentro de mi empresa.

Karine era una antigua empleada de MB News, que en cierto modo se ganó la confianza de Willis y, por consiguiente, de mi madre. Doña Marlene había adoptado a mi mejor amigo como hijo y a mí como enemigo. No había animosidad entre nosotros cuando estábamos en la misma sala, y mi humor cambió de serio a algo peor que eso.

No sabría decir el día exacto en que la frialdad se apoderó de mí, pero recordaba muy bien cómo fue. Una tarde, después de lidiar con los histerismos de mi madre por el hecho de que la sección de moda no tuviera tanto protagonismo como la de actualidad y política, su fiel escudera Karine entró en mi despacho sin ser invitada.

Esa mujer no me hacía sentir nada.

—¿James? —Abrió la puerta y se apresuró a ponerse a mi lado, sin importarle que no la hubiera autorizado a entrar—. Faltaba recoger la firma de este documento para entregárselo a doña Marlene.

No sabría decir si fue a propósito o no, si ella tenía interés en manipularme o en dejarse manipular, pero Karine dejó caer el papel y el bolígrafo cerca de mí y se agachó dándome la espalda para recogerlos, dejando ver parte de sus piernas y su culo bien perfilado por la falda de tubo. Karine me miró por encima del hombro con descaro y, por mi inmensa sed de venganza, me dejé atrapar por la lujuria.

Calculador y sin una pizca de sentimiento por ella, que se mostró muy entregada a la falsa pasión que le proporcioné, empezamos una relación y, unos meses después, la convertí en mi prometida. Ella era muy cercana a mi madre y lograba apaciguar muchas de nuestras peleas; con eso, mi objetivo era recuperar la empresa que levanté con mi sudor, costase lo que costase.

Si había otro asunto pendiente en mi vida, no lo recordaba, porque mis noches estaban muy entretenidas con una mujer en mi cama, y mis días marcaban el camino para recuperar mi orgullo.



Capítulo 9

Flaviane

Tres años y medio después...

—¿Has terminado el informe? —me preguntó Cristiane desde la puerta de mi habitación.

—Lo estoy adjuntando al correo.

—Maravillosa. —Me levantó el pulgar, se alejó y yo terminé el proceso para poder suspirar aliviada e ir a buscar a Julio a la guardería.

Miré el reloj del portátil que estaba encima de la mesa improvisada de mi cuarto y refunfuñé. No me daría tiempo a

ducharme; solo me cambiaría la blusa y saldría corriendo, mi hijo necesitaba que su madre fuera a recogerlo.

—¡Me voy a buscar a Julinho! —grité para que me oyera, ya que la puerta de la habitación de mi hermana solía estar siempre cerrada. Para no interrumpir su concentración, decía ella, y yo lo respetaba.

Aprendí a duras penas a aceptar muchas cosas que no comprendía. Cuando nos convertimos en madres, muchas cosas se quedan sin explicación, porque existe algo más importante de lo que preocuparse.

Me puse las zapatillas, cerré la puerta y salí de casa para hacer la caminata de siempre hasta donde estudiaba mi hijo. No estaba tan lejos, pero como volvía con él en brazos, junto con la mochila, era prácticamente un ejercicio físico.

Siempre que hacía ese trayecto, aun con la cabeza llena de trabajo, recordaba cómo mi vida había cambiado tanto y cuánto debía agradecer la ayuda que recibí de mi hermana. Yo siempre le salvé la vida y, cuando la llamé diciéndole que mi hijo no tendría padre y que estaba sola en el mundo, ella apareció en casa una semana después y dijo que se quedaría conmigo, que nos ocuparíamos del bebé juntas.

Claro, ella lo hacía a su manera, dándome algunos minutos de descanso mientras me duchaba o incluso por la noche, mientras estaba despierta por culpa del insomnio. Mi hermana había cambiado tanto; parecía más madura, a pesar de seguir siendo tan bromista como siempre.

Les conté a mis padres lo de mi embarazo cuando descubrí el sexo del bebé. Claro que vendría un niño y seguro que sería clavado a su padre, para recordarme lo mucho que aquel idiota me rechazó. Nuestra última conversación seguía siendo una herida abierta, con sus acusaciones y sufrimiento.

Llegué incluso a sentir un poco de empatía por James, incluso después del parto tan duro que pasé sola en el hospital, ya que mi hermana estaba de viaje y mis padres, bueno... allí también hubo un gran lío.

Ellos me querían casada y, sin un marido, para ellos no tenían hija. Pues bien, yo añadí que sin hija, el nieto también dejaría de existir y desde entonces no me hablo con ellos, solo con Cristiane, que a veces me pasa noticias y viceversa.

Si algún día mi hijo quisiera buscar a su padre, yo tenía nombre, apellido y dirección del trabajo. Sentía rabia hacia ese hombre y hacia toda la ausencia que impuso en el desarrollo del niño más brillante y creativo que he conocido.

Descubrí lo mucho que me realicé como madre y, en cuanto se acabó mi baja por maternidad, Cristiane me llamó para que la ayudara. Como trabajaba con inversiones y transacciones financieras, me enseñó lo básico de cómo funcionaba el sistema y me dejó con la parte final del asunto: los informes. Aún estaba aprendiendo sobre lo que ella hacía, por eso me limitaba a las inversiones de bajo riesgo; me moría de miedo de meter la pata y perjudicar a algún inversor.

Ella era un genio y logró mantenernos hasta el día de hoy.

Con satisfacción, presenté mi dimisión a Laurilene al volver de mi baja. Después de nueve meses sufriendo abuso psicológico, sin que me perdonara la enorme barriga y los pies hinchados cuando me dejaba de pie para alguna presentación, viví en casa durante casi un año y poco a poco me fui integrando en el negocio online de mi hermana.

No tenía satisfacción profesional, pero tenía a mi hijo bien educado, alimentado y feliz.

—Julio Castro —la mujer que estaba en la portería llamó a mi hijo por el micrófono. Ansiosa como siempre, esperé a que el

pequeño hombrecito saliera tirando de su mochila, creyéndose lo más, hasta encontrarme.

Me agaché para abrazarlo, cogí la mochila y me levanté con él.

—Hola, mi vida. ¿Qué tal la clase hoy? —Empecé a andar con las manos ocupadas mientras él decía adiós a sus amigos antes de mirarme.

—¡Mamá, mamá! ¡Hoy hemos tenido música!

—Qué guay. ¿Qué instrumento has tocado? —Aunque me dolía la espalda, seguí caminando con todo en brazos. Él amaba que lo cogiera en brazos, y nunca se lo negaría, porque sabía cuánto yo misma lo echaba de menos de adulta.

—La maraca. ¡Chis! ¡Chis! —Agitó las manos, nos reímos juntos y seguí hasta casa, a cinco manzanas de distancia.

Cuando llegué, me extrañó no encontrar el coche de mi hermana. Bueno, ella era un alma libre y diferente de nuestros padres; yo no iba a atarla ni a vigilarla. Puse a mi peque en el suelo del salón, fui a la cocina y empecé a abrir su mochila para sacar los tápers de la merienda.

—¡Ponme dibujos, mamá! —Julinho apareció en la cocina y lo dejé todo para atenderlo.

—Voy a hacer la cena. ¿Quieres sopa o pan?

—¡Macarrones! —respondió saltando al ver sus dibujos en la televisión.

—¡Serán macarrones, otra vez! —respondí divertida.

Volví a la cocina, ordené la mochila y fui a preparar la comida. Antes de echar los espaguetis, le envié un mensaje a mi hermana preguntándole si vendría a cenar.

Miré el calendario y me di cuenta de que faltaba poco para el tercer cumpleaños de Julio. En ninguno de los anteriores hice una

fiesta y esta vez seguiría igual: solo la tarta y un paseo por el centro comercial para no dejarlo pasar por alto.

Los gastos habían aumentado, éramos tres y nunca le exigiría más de lo que mi hermana pudiera darme. Cuando tenía un respiro de sus encargos, hacía algún que otro trabajo freelance en internet, lo que me daba para una salida extra o mejor comida para el almuerzo.

Nunca pensé que podría con todo yo sola; menos mal que tenía a Cristiane cerca, ella fue mi pilar fundamental en todos los sentidos.

Miré el móvil y, sin que ni siquiera le hubiera llegado el mensaje a mi hermana, acabé haciendo comida de más solo por precaución. Si llegaba a tiempo y tenía hambre, tendría algo; si no, me lo comería yo mañana, aquí no se desperdiciaba nada.

—Mamá, ¿dónde tá la tía Cris? —Julio apareció en la puerta de la cocina y lo miré por encima del hombro.

—Ha salido, mi amor. ¿Quieres un poco de agua? —Negó con la cabeza; su mirada, tan parecida a la de su padre, parecía querer decirme algo, pero se lo guardó para sí—. ¿Hacer pipí?

Huyó de mis preguntas y volvió al salón. Terminé la cena, nos serví y esperé a que se enfriara antes de llamarlo y sentarlo en su trona.

—Mamá, el vión, ¡ha volado y ha hecho brum! —Julio agitó las manos animado; su pasión era todo lo que estuviera en el aire, desde aviones hasta pájaros y cometas. Lo máximo que logré hacer fue una cometa que no levantó el vuelo, para tristeza no solo de mi hijo.

Un día lo llevaría al aeropuerto y quién sabe, montaríamos en avión. Estaba segura de que sería un regalo de cumpleaños genial para este año en vez del paseo por el centro comercial.

Cada año era un gusto diferente; siempre estaba atenta a sus charlas y emociones. Aún había frases que no entendía bien; se atropellaba al contar su rutina, tan parecido a mí, pero también se guardaba cosas, como su padre.

Era imposible no acordarme de James Blat cuando tenía una copia idéntica, en miniatura, a mi lado.

Varias veces pensé en presentarle a su hijo o incluso buscar en internet qué tal le iba, a MB o a JB. Después de tener a Julio, me aislé del mundo y me centré solo en las estadísticas e informes de gestión que me pedía mi hermana. En la televisión solo había dibujos animados y en el móvil también; mi vida había cambiado y blindaba mi corazón para no sufrir.

Mi hijo necesitaba una madre fuerte y cariñosa; quería ser diferente a lo que yo tuve, aunque estuviera privando a mis padres de ver a su nieto. Si solo me aceptaban casada, ya podían esperar sentados.

—Mamá, quiero agua —pidió Julio interrumpiendo mis pensamientos sentado frente a mí. Hice una mueca ante el desastre que había organizado con la comida mientras yo estaba demasiado distraída en mi mundo. No podía regañarle, ya que no le paré los pies al principio.

Me levanté para servirle, luego pasé un trapo por el suelo y le dejé irse cuando terminó; mi plato parecía intacto.

—Descansa ahora, dentro de poco nos bañamos para ir a dormir —dije en voz alta para mi hijo, que se había ido al salón. Cogí el móvil, comprobé el mensaje enviado a mi hermana y ni rastro de respuesta.

Me preocupaba, a pesar de no presionarla ni desesperarme. Como no conocía los detalles de lo que hacía en los viajes, más allá de reuniones con los clientes que gestionaban las inversiones, recé una breve oración por mi hermana pequeña. Comí rápidamente y recogí la cocina para iniciar la rutina nocturna de la casa.

Otro día tachado; que venga el siguiente.



Capítulo 10

Flaviane

Tres días sin noticias de mi hermana. Le envié un mensaje al día e incluso intenté llamarla, pero no hubo respuesta. ¿Será que me dijo algo y no la escuché?

Me resistí a entrar en su habitación, pero tras la falta de noticias, en cuanto dejé a Julio en la guardería después del almuerzo, abrí la puerta y la ventana para ventilar en un primer momento.

Quité las sábanas de la cama, recogí algo de ropa que había dejado tirada y abrí el armario, para constatar que no había nada dentro.

¿Cómo?

La desesperación se apoderó de mí cuando revisé cada rincón del cuarto y me di cuenta de que la mayoría de sus cosas ya no estaban, sobre todo la maleta grande con la que vino a mi casa.

Escuché el ruido de la verja y solo le presté atención cuando una puerta dentro de casa dio un portazo. Corrí al salón y grité al ver a un hombre alto y con mala cara en la puerta de casa. Sentí un brazo fuerte inmovilizarme el cuerpo y una mano taparme la boca. Miré a mi alrededor; parecía que mi hijo también estaba siendo víctima de esta situación, hasta que suspiré aliviada al constatar que estaba en la escuela.

—No hace falta que te asustes, solo he venido a hacer una pregunta. —El hombre sonrió con falsedad y enseñó el arma que tenía en la mano al rascarse la cabeza con ella—. El problema será si no me gusta tu respuesta.

Miré al que me sujetaba y a otro hombre que apareció desde la cocina, comiéndose el plátano de mi hijo. Intenté relajarme; si buscaban dinero, por desgracia no conseguirían nada, porque la responsable financiera de la familia estaba ausente.

Desaparecida.

Me preocupé de nuevo, pero me mantuve serena, dentro de lo que cabe. El hombre que me sujetaba me fue soltando poco a poco y, cuando estuve libre, respiré hondo.

—Entonces, muñeca. ¿Dónde está Cristiane?

—¿Cómo? —Cuando me apuntó con el arma, levanté los brazos y sentí que me temblaban las piernas—. No lo sé. Dios mío, ¿qué está pasando?

—Es una pregunta sencilla, así que la respuesta debe ser igual. ¿Dónde está Cristiane? —dijo impaciente, y abrí los ojos como platos con miedo por estar en el punto de mira de un arma de fuego.

—¡No lo sé! —confesé alterada.

El hombre de mi lado me tiró del pelo y me hizo arrodillarme. Empecé a llorar, a rezar y a pensar qué sería de mi hijo sin su madre. ¿Por qué tardé tanto en presentárselo a mis padres? ¿Por qué no fui a buscar a James?

Todos los arrepentimientos posibles e imaginables se apoderaron de mí.

—Llevaba escondida en este agujero tres años y ¿tú no sabes dónde está? ¿Qué es ella de ti? —preguntó acercándose y sin bajar el arma.

—Creo que es pariente, jefe. Mira. —El hombre que se comió el plátano señaló mi mural de fotos y me arrepentí de ser un libro abierto en ese momento. No sabían quién era yo; ahora, han visto hasta que hay un niño.

—Ah, qué niño más guapo. Parece hasta un artista famoso —se burló el hombre que parecía mandar en todo. El cañón del arma me tocó la frente y ahora me temblaba el cuerpo entero—. ¿Dónde está la puta de Cristiane y mi dinero?

—Lo juro, no lo sé. Hace tres días salió y no me dijo nada, ni contesta a mis mensajes; basta con mirar mi móvil. —Lo solté todo con prisa, confesando la realidad, pero solo porque beneficiaba a mi familia. No sabría decir si guardaría el secreto del paradero de mi hermana en caso de saberlo.

El tercer hombre fue a por mi móvil, lo desbloqueé y el jefe tuvo acceso a mi vida a través de ese aparato. Para mi desesperación, se lo metió en el bolsillo, bajó el arma y dio un paso atrás. Me soltaron el pelo, pero me mantuve en el suelo, rendida.

—Así que es tu hermana —señaló lo obvio.

—Sí —respondí escueta, dándome cuenta de lo valioso que era el silencio.

—No sabes dónde está.

—No lo sé —confirmé, aunque no fuera una pregunta.

—De mi dinero, entonces, no tienes ni la menor idea de dónde está. —Miró a su alrededor y le indicó al tercero que entrara en las habitaciones.

—¿De dónde sale ese dinero? De verdad que no lo sé —confesé llorosa.

El hombre apareció con mi portátil en la mano, lo puso delante de mí y lo desbloqueé. Otra invasión de la privacidad, por más que yo no tuviera nada que esconder. Bueno, al menos eso creía.

—Dices que no sabes dónde está mi dinero, pero tienes acceso a mis inversiones y a los informes. —Avanzó hacia mí tirando el portátil a un lado. Caí de espaldas al suelo cuando el arma, de nuevo en mi cabeza, presionó contra mí—. ¡Dame un motivo para no matarte ahora mismo, mentirosa de mierda!

—Por favor, tengo un hijo. No sé de qué está hablando. —Él presionó más y seguí llorando en busca de la frase adecuada que decir para librarme de un final trágico—. Mi hermana me enseñó algunas cosas, pero solo hago los informes. No entiendo mucho, soy periodista, sé escribir bien, no soy experta en inversiones.

—¡Cristiane es una puta ladrona que ha desaparecido con mi dinero! —bramó dejando caer un poco de saliva en mi cara. Cerré los ojos y levanté las manos en señal de rendición. Dios, ¿dónde estaría escondida mi hermana, o peor aún, con quién estaba metida?

—Ella no sabe nada, se va a mear encima de tanto llorar. —Uno de los hombres me dio una patada en la barriga y casi hice lo que dijo.

Escuché las risas, se apartaron y, en cuanto abrí los ojos, el jefe me miró con lascivia.

—Te tengo vigilada, Flaviane Castro. —Levantó el móvil y guardó el arma—. No huyas ni vayas a la policía, porque me encargaré personalmente de matarte, mientras tu hijo servirá de saco de boxeo para mis soldados.

Cuando pensé que me había librado de él y podría llorar sin testigos, cerró la puerta y volvió a abrirla, manteniendo la frialdad en toda su postura.

—Por cierto, soy Dante Mercy. Cuando tu hermana dé señales de vida, recuérdale que tu hijo está en mi punto de mira, en caso de que el dinero no vuelva a mis cuentas.

Finalmente la puerta se cerró, los intrusos se fueron y mi corazón parecía hecho añicos. ¿Qué haría a partir de ahora?

Ya no veía mi casa como un lugar seguro, no sabía del paradero de Cristiane y tenía miedo de ir a casa de mis padres y llevarles el problema.

Lloré y recé en busca de una solución, pero lo único en lo que pensaba mi mente era en aprovechar los últimos momentos de vida, porque mañana podría no estar aquí.



Capítulo 11

Flaviane

Sin móvil y mirando atrás cada minuto, me metí en un taxi con mi hijo en brazos, sin más equipaje que mi bolso, y puse rumbo al aeropuerto. Mi hijo vería los aviones, aunque fuera en la oscuridad, antes de que algo malo nos pasara.

A diferencia de cuando me enfrenté a mis miedos y le revelé a James mi embarazo, hoy estaba demasiado temerosa para actuar. No quería quedarme en casa y probablemente no dormiría hasta que volviera a dejar a mi hijo en la guardería.

¿Estaría siguiéndonos ese tal Dante?

—Ya hemos llegado, señora —dijo el taxista; le entregué el dinero y salí con Julio en brazos, pasando por las puertas automáticas e yendo directa al lugar donde pudiera ver los aviones.

—¡Vión, mamá! —Julio estaba en éxtasis mientras yo controlaba los nervios para no colapsar.

Pregunté a uno y otro empleado, y me indicaron una pequeña zona acristalada al lado de llegadas. Incluso en la oscuridad, las luces ayudaban a visualizar el gran medio de transporte y Julio gritaba animado mientras señalaba la pared de cristal.

Sí, mi bebé, era un avión, en el que me gustaría poder meternos y desaparecer de este mundo. Me había enfrentado a tantas cosas para llegar hasta aquí... no podía ser posible que un desconocido pudiera quitarnos la vida solo con un arma.

Miré a los lados y pensé en la policía que había dentro del aeropuerto. ¿Nos darían apoyo inmediato?

¿Y si me tomaban por loca?

Un avión aterrizó para alegría de Julio. Me senté en el suelo y lo cogí en brazos cuando quiso; después corría a mi alrededor y saltaba alegre, hasta que se quejó:

—Tengo hambre, mamá.

Con las prisas, no preparé la cena y mucho menos traje tanto dinero. Sin el móvil, no podía consultar la aplicación del banco y, al acordarme de eso, me di cuenta de que hacía tres días que no miraba mi cuenta. ¿Estaría el dinero ahí o todo lo que había se habría esfumado?

No había otra opción: aunque fuera rechazada por mis padres o incluso les enviara un problema, tendría que recurrir a ellos.

—¿Flaviane? —Alguien dijo mi nombre y giré la cara buscando el origen al mismo tiempo que sujetaba a Julio para que

no se alejara más allá de mi alcance—. Vaya, qué cambiada estás.

Vi a Karine, mi excompañera de trabajo en MB, y me levanté forzando una sonrisa mientras sostenía a mi hijo en brazos. Ella también estaba diferente: elegante y poderosa, lo opuesto a cómo estaba y me sentía yo.

Siempre cariñosa, me abrazó e intentó hablar con mi hijo, que escondió la cabeza en mi cuello, para mi alivio.

—Qué alegría verte, ¿cómo estás? Y este niño tan guapo, ¿cuántos años tiene?

Dios, cualquiera que viera a mi hijo sabría quién era el padre. Lo mantuve protegido en mis brazos, sonreí con rigidez e intenté no dejar que mi sinceridad venciera a la cautela.

—Me alegro de verte también. Tengo que irme. Adiós.

Palabra equivocada, porque mi hijo levantó la cabeza para decir adiós a mis espaldas cuando me apresuré a alejarme. Le encantaba saludar con la mano, hacer gestos y, claro, el cielo.

Me detuve en seco para entender los daños causados por el gesto de mi hijo. Abrí los ojos como platos cuando vi a James acercarse a una Karine boquiabierta. Entonces, el hombre al que nunca pensé volver a ver le rodeó la cintura y miró en la misma dirección que ella.

Dios, ¿no podrían ocurrir las desgracias con un respiro de por medio? ¿Todo tenía que venir como un aluvión de momentos intensos?

Era evidente que los dos estaban juntos, y más claro aún que ambos se dieron cuenta de dónde venía la parte genética de mi hijo.

El resentimiento se apoderó de mí cuando vi el pesar en la mirada del hombre que nos rechazó, así que volví a mirar al frente y seguí, sin saber exactamente adónde ir.

—Mamá, tengo hambre.

Sí, todo tenía que pasar a la vez.

—¡Flaviane! —James Blat me llamó y lo ignoré—. ¡Flaviane!

—Mamá, tu nombre. —Julio me dio un toquecito y apresuré el paso, pero fue en vano. Junto a la puerta de salida del aeropuerto, ahí estaba el padre de mi hijo, jadeante, intentando impedirme el paso.

—¿No me has oído? —preguntó molesto; mi hijo se escondió de nuevo y lo abracé para protegerlo.

—Te he oído, solo decidí ignorarte. —Contuve el llanto. Dios mío, solo un paso y los tres podríamos abrazarnos, como siempre soñé. No había nada de relación ni de amor, solo algo para mi bebé.

—Cariño, tenemos que irnos; has llamado mucho la atención —Karine apareció a su lado y toda la simpatía que tenía antes fue sustituida por frialdad.

Di un paso a un lado y él hizo lo mismo, para fastidio de la mujer que era claramente su novia... ¡o esposa!

Dejé escapar una lágrima, porque el día estaba siendo demasiado duro de llevar.

—Tengo que irme, con permiso.

—Tenemos que hablar, Flaviane. Por favor —pidió desconcertado e incluso rechazó el toque de la mujer que estaba a su lado.

—¡James Blat, me voy al coche y si no vienes detrás de mí en un minuto te voy a montar un escándalo! —Los dos miramos a Karine alejarse pisando fuerte, entrar en el asiento trasero de un coche y cerrar la puerta de un portazo. Volvimos a mirarnos y confieso que casi me río de la escena, si no me estuvieran pasando cosas peores.

¡Mierda! ¿Y si ese tal Dante me viera hablando con él y dedujera la paternidad? Seguro que extorsionaría a James y una vez más me tacharían de estafadora.

Otra vez no.

—NECESITO hablar contigo, Flaviane.

—Llegas tarde y, claro, nunca en buen momento. Tengo a un loco detrás de mí por culpa de mi hermana y, si nos está viendo, querrá extorsionarte. —Pareció asustado y di un paso atrás cuando Julio levantó la cabeza y miró a su padre—. En serio, este no es un buen momento; quizá después de que vaya a casa de mis padres y tenga a mi hijo a salvo, podamos...

—Él es mi hijo también —afirmó con convicción, y le tapé los oídos a Julio con irritación.

—Vete con tu novia antes de que te monte un escándalo. ¿O quieres que te recuerde todas las palabras crueles que usaste para no asumir el embarazo? —gruñí, y mi hijo se asustó, abrazándose a mi cuello y poniéndose lloroso.

Para mi suerte, Karine abrió la puerta del coche; corrí hacia fuera del aeropuerto y encontré un taxi libre para subirme y que me llevara a casa, aunque me gastara mis últimas monedas.

Recordé que a mi portátil se le había roto la pantalla y ya no encendía, así que solo descubriría cómo estaba mi saldo bancario cuando llevara a mi hijo a la guardería y pudiera parar en un banco.

Si Dante Mercy no se interponía en mis planes, tal vez lograra hablar con James también.



Capítulo 12

James Blat

Aún no lograba expresar con palabras lo que sentía. Una mezcla de sorpresa y decepción, sin duda, tanto por mi actitud como por la suya.

Con un niño a cuestas, que era mi vivo retrato, Flaviane me dejó desolado cuando se subió a un taxi y se marchó sin que habláramos.

No tenía derecho.

Ah, desde luego que debía hacerme eso y mucho peor, ya que negué esa paternidad con uñas y dientes. Tan inmerso en mis propios problemas, desprecié una vida a cambio de venganza.

¿Y dónde estaba yo en esta guerra?

—James, ¡vámonos ya! —ordenó Karine en voz baja a mi oído y, como siempre hacía al oír sus órdenes, la ignoré. Caminé hacia el coche, pero en lugar de entrar, seguí hasta el extremo del aeropuerto.

Dios mío, tengo un hijo. ¿Cómo fue posible dejarla embarazada?

Estaba aturdido y con la cabeza hecha un lío. Tras volver de un viaje agotador, en un intento de encontrar la forma de reflotar los negocios, de nuevo me vi desbordado y teniendo que optar por ignorar un asunto.

Flaviane no se quedaría en un cajón de nuevo. Pasé el último año comprobando, día tras día, que mis elecciones fueron erróneas desde la muerte de mi padre.

JB Noticias estaba a punto de quebrar si no hacía algo. Sin João Paulo para ser la cara visible de la empresa ni Márcio para gestionar —que dimitió al principio de la crisis—, yo estaba trabajando no solo como dueño, sino también como director y periodista. Esa empresa era lo único sólido en mi vida y no podía perderla.

Con la entrada de mi madre y los enfrentamientos que teníamos, mi socio João Paulo me dejó tirado forzando su propia jubilación. Odiando estar bajo los focos, tuve que ponerme también al frente de todo; JB era tan mía como de mi madre, que salía cada semana en una web de cotilleos por su vida, sus compras y sus aventuras.

Era el colmo ver a mi madre como una adolescente, derrochando el dinero que no le había costado sudor ganar y desfilando en fiestas con varias socialités, solo para irritarme.

Organizar mis pensamientos y revisar mis estrategias era necesario.

Volví a caminar hasta el coche, me metí bruscamente en el asiento de atrás y cogí el móvil buscando qué hacer.

—Estoy muy enfadada ahora mismo, James. Me voy a mi casa. —Karine le tocó el hombro al chófer de la empresa que nos recogió y no le di importancia, lo cual era una mierda, ya que era mi prometida y solo dormíamos en casas separadas cuando estábamos estresados, o sea, últimamente, casi siempre.

—Lo siento —dije apretándome el puente de la nariz y cerrando los ojos. A pesar de estar en una relación solo para saber los pasos de mi madre y de que Karine se hubiera mostrado exigente al extremo, no se merecía mi silencio. La cuestión era que, aunque ahora estuviera prometido, seguía cerrado en banda y sin revelar lo que realmente pasaba por mi cabeza—. Este viaje me ha dejado exhausto.

—No ha sido eso lo que me ha irritado y lo sabes muy bien. —Acercó su cara a la mía y siseó—: Tuviste una aventura con esa periodista estirada y la dejaste embarazada.

—No te metas en un asunto que no es tuyo —repliqué con seriedad, mirándola a los ojos y demostrando lo peligroso que era eso por su parte.

Se apartó encogiéndose de hombros; en ese mismo momento el coche paró frente a su edificio. Ella abrió la puerta, vaciló y se inclinó para besarme los labios con suavidad.

—Te quiero; tienes que pensar en el daño que me has hecho escondiéndome esto. Será un escándalo para la prensa.

El chófer ya había salido cuando ella también lo hizo y cerró la puerta con brusquedad. Como si de repente lo viera claro, miré a la mujer a la que creía manipular y me di cuenta de que sucedía exactamente lo contrario. ¿Que necesito pensar en mis acciones? Ella es la que no tenía derecho a entrometerse en mi vida personal.

¿Cuándo se convirtió mi vida en un desastre de este calibre?

Rivals – Lavenders

El mundo estallaba a mi alrededor y yo solo conseguía pensar en aquel niño. Miré la pantalla del móvil y dudé en llamar a Willis, la única persona con la que hablaba, pero con quien nunca me sinceraba. Mi amigo, que rechazó el puesto de director de mi empresa, me daba apoyo profesional únicamente. En ese terreno me sentía cómodo con él, pero en lo personal... ¡joder!

Como siempre, tendría que resolverlo todo solo.

Llegué a casa con un principio de dolor de cabeza. El chófer me ayudó a sacar la maleta del maletero y entré en casa yendo directo al despacho. Cogí la llave del cajón que no abría desde hacía años, miré el papel polvoriento, con la tinta ya borrándose, e hice los cálculos mentales.

Joder, ¿cuántas semanas faltaban para que el bebé naciera?

Hice una búsqueda rápida en el móvil y constaté que el niño debía de estar cumpliendo tres años, si no los había cumplido ya. Lo solté todo encima de la mesa, me senté en la silla y sentí el corazón palpitarme al darme cuenta de que Flaviane había salido adelante sola todo este tiempo.

Me he perdido tres años de su vida.

¿Cuál sería su nombre? ¿Sus gustos?

¡Joder, era clavado a mí!

Miré a mi alrededor y sentí una enorme necesidad de tener una foto mía de pequeño para compararla con él. Ella debía de odiarme al mirar a su hijo y verme a mí todos los días. Hasta Karine se dio cuenta de que era mío, pero yo no revelaría nada, porque no estaba listo para el escándalo, y mucho menos para compartir mi vida con alguien con quien nunca profundicé en la relación.

Sentí una punzada en el pecho al acordarme de su preocupación, de la prisa por huir, como si Flaviane estuviera

amenazada. Un deseo incontrolable surgió, en un intento de proteger a las personas más importantes de mi vida.

Vagamente recordé nuestro encuentro, en la cena de empresa: su osadía, la borrachera y el sexo. Negué con la cabeza, porque no había nada sentimental en relación a ella; era solo la madre de mi hijo y tendría que gestionarlo así.

—¿Señor? —Doña Clotilde llamó a la puerta.

—Entre —dije guardando el papel en el cajón y dejándolo sin llave. Ya no era un secreto, sino un asunto que debía resolverse.

—He esperado a que volviera para ver si necesita algo o comida. Ya he subido su maleta a la habitación y la he deshecho.

Miré a la señora que llevaba conmigo años y de cuya vida nunca quise saber nada, ni ella de la mía. A pesar de eso, teníamos una buena convivencia y, al no haberme cambiado por otro jefe, seguro que estaba muy bien remunerada, tanto financiera como emocionalmente.

—¿Podría hacer unos macarrones, por favor? —Me levanté y ella asintió, saliendo del despacho. En vez de ir a ducharme y cambiarme, la seguí.

Claro que le extrañó cuando me senté a la mesa de la cocina y la observé trabajar. Ella sonrió y no dijo nada; parecía satisfecha, incluso.

—¿Por qué está conmigo, Clotilde?

—¿Quiere saber por qué trabajo para usted? —reformuló la pregunta y no paró de mover los utensilios de cocina.

—Sí. ¿Qué le hace venir a trabajar para un hombre que nunca le ha preguntado cómo estaba o por su familia?

—El sueldo es muy bueno —dijo con sinceridad y me miró durante unos segundos antes de volver a sus quehaceres—. Y me

identifico con el silencio y con ese carácter seco y directo que tiene usted.

—¿Alguna vez le he faltado al respeto? —pregunté sorprendido, y ella negó con la cabeza.

—Es una forma de hablar. Mi marido es así y, como nunca tuvimos hijos, adoptamos a nuestros jefes, en el mejor sentido de la palabra. —Fue a la nevera, sacó una jarra de zumo y la puso en la mesa. La observaba como si fuera la primera vez; el cuidado y el cariño que me tenía, tan diferente de lo que mi madre me estaba dando actualmente, era desconcertante—. ¿Quiere un vaso de zumo?

—Sí. —Miré al techo y respiré hondo para armarme de valor y decir algo. Los empleados de quienes salían en los medios se cotizaban bien a la hora de vender información de sus jefes—. Estoy prometido, pero no hemos puesto fecha para la boda.

—Ah, ya —respondió con tono neutro; me sirvió el zumo y me di cuenta de que había algo más en esa respuesta.

—Puede decírmelo —exigí.

—No es asunto mío, señor. Doña Karine nunca me ha hecho nada malo, pero... —Volvió a las ollas y a la tabla de cortar.

—Termine, Clotilde. Sé cómo es mi prometida.

—Manipuladora —soltó, y luego se puso nerviosa—. Es solo su forma de ser, porque le quiere mucho; veo su dedicación.

—Sí, eso es exactamente lo que pensaba —la atajé y bebí un poco de zumo, para dejarnos en silencio y asimilar lo que podía.

Si necesitaba un incentivo más para ir a buscar a Flaviane, ya lo tenía, porque mantener la relación con Karine había dejado de ser mi prioridad.



Capítulo 13

Flaviane

Si parpadeaba un poco más lento, me quedaría dormida. Tensa por sentirme vigilada y tener a mi hijo en medio de todo esto, pasé la noche en vela, velando el sueño agitado de Julio y pensando en qué haría al día siguiente cuando él estuviera en la guardería.

Estaba sin un duro en la cartera; todo el dinero que tenía se me fue en el taxi. Rezaba para que hubiera algo en el banco, pero en mi interior daba por hecho que mi hermana se lo había llevado todo, ya que era ella quien se encargaba de esa parte. Durante mucho tiempo vivimos como una pareja, pero sin serlo.

¿Por qué nos pondría en riesgo? ¿Tratar con un hombre tan peligroso, que iría a nuestra propia casa, con un arma, a amenazar

nuestras vidas?

Prefería creer que Cristiane no sabía la verdad y que estaba desaparecida, porque... bueno, el móvil desapareció.

—¡Mamá, brazos! —Por décima vez Julinho me pedía cariño y no logré hacer nada por la mañana. Como yo también necesitaba un abrazo, lo cogía, íbamos al sofá y veíamos dibujos hasta que se cansaba e iba a jugar con su avión de juguete.

Miré por la ventana del salón, comprobé el candado de la verja, que no solía usar, pero anoche no tuve más remedio que ponerlo. Por Dios, estaba tensa, exhausta y necesitaba apoyo.

Sin móvil ni portátil para acceder a internet o llamar a alguien, dejé pasar la hora, le di de comer a mi hijo y preparé su mochila para llevarlo a la guardería. Hoy, cargar con él junto con la mochila parecía pesar el triple.

Sintiendo mi aprensión, Julinho se pegó a mí cuando llegamos a la escuela y avisé a la profesora de que estaba sin móvil y no había otra forma de comunicarse conmigo. La empleada se dio cuenta de que pasaba algo malo, más aún cuando dejé escapar una lágrima al tener que bajar a mi hijo de los brazos, dar la espalda a la profesora y partir en busca de una solución.

El primer sitio fue el banco, para confirmar lo que ya sabía; en realidad, fue peor. No solo no estaba el dinero en la cuenta, sino que se había fundido todo el descubierto. Cristiane lo sacó todo y me dejó con unas deudas que no tenía ni idea de cómo iba a pagar.

¿Cómo iba a hacer la compra? ¿Y la guardería, la luz, mi casa?

No tenía dinero ni para comprar una tarjeta de prepago para llamar a mis padres, cuyo número ni siquiera me sabía de memoria, ya que tener el contacto guardado en el móvil me ahorraba esa tarea.

Me acordé del encuentro que me destrozó aún más el corazón en el aeropuerto y caminé cargando una gran negación sobre los hombros y en la cabeza. Tener que pedir ayuda a James Blat era lo último que pensaba hacer. Como quería hablar y se mostró sensible al ver a su propio hijo... al menos el viaje hasta casa de mis padres tendría que pagármelo, aunque fuera por caridad.

El trayecto hasta JB Noticias no era para hacerlo a pie. Sintiendo que me ardían las piernas y que mi cuerpo protestaba, caminé sin beber una gota de agua hasta aquel lugar que prometí no volver a pisar jamás.

No tenía opción. Lo hacía por desesperación.

La recepcionista seguía siendo la misma y, cuando me vio, se apresuró a levantarse y a saludarme con un abrazo.

—Estoy sudada —refunfuñé.

—¡Dichosos los ojos! ¡Qué alegría verte! —Joana se apartó y caminó conmigo hacia un rincón—. Necesitas agua.

—¡Mucha! —bromeé y forcé una sonrisa antes de servirme un vaso y bebérmelo de un trago. Repetí la operación cuatro veces y ella me acarició la espalda, como si supiera que necesitaba apoyo—. Gracias.

—De nada. ¿Qué puedo hacer por ti? Dime que vas a volver; a JB le hacen mucha falta empleados como tú. —Fruncí el ceño y ella corrió a su puesto, porque apareció una persona.

Bebí dos vasos de agua más y recuperé el aliento. Miré mis piernas y me di cuenta de que hoy no habría brazos para Julio, porque la vuelta hasta la guardería me dejaría con los músculos gritando.

Esperé a que Joana se quedara sola de nuevo para acercarme.

—¿Podrías mirar si James Blat puede recibirme? —le pregunté, y ella hizo una mueca, mirando el monitor y luego a mí.

—Desde el mes pasado tengo órdenes de no pasarle ninguna cita; incluso ha quitado la extensión de su despacho. Está trabajando demasiado; todo se le está derivando a su madre, doña Marlene Blat.

Algo en esa afirmación no encajaba y no sabía explicar el motivo. No, la abuela de mi hijo no podría ayudar, más que nada porque desconocía la existencia de su título.

—Tenía que ser con él. —Tuve ganas de llorar, porque me faltaban fuerzas para expresar lo importante que era mi asunto, como la última vez.

—Voy a intentar hablar con Willis, quién sabe si él...

—¡No! —Estiré la mano para impedirle hablar y ella se tensó asustada. Negué con la cabeza y forcé una sonrisa; tendría que pedir limosna en algún semáforo—. Déjalo estar. Ya me las apañaré.

—¡Flaviane! —Miré hacia un lado y James me llamaba saliendo apresurado del ascensor. Estaba a punto de preguntar cómo sabía que yo estaba en recepción, cuando miró a Joana y le ordenó —: Karine está a punto de llegar y necesito hablar con ella antes de que suba al despacho. Retenla aquí.

—Se-señor, ella es la...

—Es una orden mía, Joana. Si necesitas seguridad para impedírselo, hazlo. —Me miró y señaló el ascensor—. Vamos, tenemos que hablar.

Inspiré profundamente y exhalé temblando al darme cuenta de que fue pura coincidencia. Ahora, no solo me estaba llevando a algún sitio, sino que impidió a la empleada, que también era su prometida, entrar en su propia empresa.

—Dios mío, ¿qué está pasando, James? —pregunté angustiada, agarrándome al pasamanos del ascensor para no caerme, ya que me flaqueaban las piernas.

—Eso pregunto yo. ¿Estás bien? —Me sujetó con firmeza y me ayudó a caminar cuando llegamos a su planta. Su secretaria había cambiado y la saludé con una sonrisa forzada mientras pasaba por su lado.

En cuanto entré en el despacho, que era el mismo en el que discutimos por última vez, me sentó en la silla y suspiré aliviada, echando la cabeza hacia atrás.

—Me matan las piernas y —bostecé— dormiría una semana entera. —James acercó la otra silla para ponerse frente a mí y apoyó las manos en mis rodillas.

—¿Por qué has venido?

—Necesito dinero. —Cambié mi expresión a una de irritación cuando él se apartó, como si yo fuera una enfermedad contagiosa—. No pongas esa cara. Mi vida es una mierda, James, y el último lugar al que vendría sería este. Es solo para un billete de autobús hasta casa de mis padres; desde allí ya me las apañaré.

—¿Dónde estás trabajando? —preguntó seco, todavía retraído. Tenía que recordar que nuestro asunto era solo de padre e hijo, y no sobre mi vida.

—Mira, como te has dado cuenta, Julio es clavado a ti, pero exijo que se haga una prueba de ADN para que no quede ninguna sombra de duda en nuestra relación como su padre y su madre.

—Julio —repitió hipnotizado, y tuve que sonreír al acordarme de cómo surgió el nombre.

—La versión resumida es que, cuanto más buscaba nombres que no me recordaran a ti, más me regalaba mi día a día los nombres de Júnior, João, José y Jamil. Fue tal aluvión de nombres con jota que investigué y cedí con Julio.

—¿Eres periodista en alguna empresa? —¡Dios, insistía en querer saber de mí!

—Nació el 26 de noviembre, parto natural, sano y enorme. —Me puse la mano en la barriga como si lo recordara y suspiré—. Dentro de tres días será su cumpleaños y ni siquiera sé cómo será nuestra vida dentro de una hora.

—26 de noviembre. Yo cumplo años el 26 de enero —dijo admirado, y yo bufé con ironía.

—Sí, porque de mí no ha sacado ni el gusto por las patatas fritas. Tu cara, tu fecha y estoy segura de que lo de comer macarrones le viene de ti.

—Sí —respondió esbozando una sonrisa y relajándose en la silla—. Dios mío, tengo un hijo. Julio.

—Casi se me llena la boca para recordarte nuestra última discusión aquí. —Él se puso serio al instante y yo negué encogiéndome de hombros—. Que sepas que estoy renunciando a mi derecho de echarte muchas cosas en cara a cambio de un billete hasta la casa de mis padres, una finca a 200 km de aquí. Solo eso, por favor.

—¿Por qué tienes que irte tan lejos? —Se levantó y fue detrás de su mesa, para sentarse en el sillón de dirección—. Solo para que lo sepas, ya que la última vez ni siquiera sabías lo de la muerte de mi padre: JB está a un paso de declararse en quiebra; no sacarás mucho dinero de mi parte.

—Por desgracia no me conoces lo suficiente para saber cuál es mi esencia —desdeñé y me acerqué a la mesa para enfrentarme a él—. Si en tres años no he venido aquí a pedirte ni un céntimo, ¿por qué crees que eso ha cambiado ahora? —Mi mirada le habría hecho un agujero si tuviera el poder—. Si no me hubiera cruzado en tu camino ayer, en el aeropuerto, pediría limosna en los semáforos antes que venir a desenterrar un muerto que tú te empeñaste en poner bajo tierra.

—¡Es mi hijo! —gruñó irritado, y yo puse los ojos en blanco.

—Hasta ayer, no eras más que un donante de esperma, James Blat. ¿Sabes lo humillante que es para una madre, con su recién nacido, inscribir a su hijo y decir que no sabe quién es el padre, porque no estaba dispuesta a exigirle a un hombre que hiciera lo que no quería? —Golpeé la mesa con el puño cerrado y él suavizó su expresión—. Muérdete la lengua y trágate tu veneno antes de juzgarme o deducir nada. Siempre fui honesta y sincera; cuando me convertí en madre, eso no cambió, solo se intensificó, porque mi hijo tendrá el mejor ejemplo que yo pueda ser, mejor del que tuve yo.

—Lo siento. —Cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz —. Lo siento, Flaviane, estoy pagando contigo una frustración que yo mismo he causado. Desde la muerte de mi padre, mi vida es un caos.

Moví las piernas e hice una mueca de dolor al mismo tiempo que asimilaba sus palabras. Si no me fallaba la memoria, era la primera vez que decía algo sobre sí mismo, que se mostraba vulnerable con palabras y no solo con la mirada.

Cuando mi gemido de dolor fue lo bastante alto como para llamar su atención, intenté mover la pierna y sentí un hormigueo exagerado.

—¿Qué te pasa, Flaviane?

Del mismo modo que para él estaba siendo demasiado, para mí fue la gota que colmó el vaso. Dejé correr las lágrimas y me golpeé los muslos con frustración.

—Me duelen las piernas, no he dormido y tengo a un loco asesino detrás de mí por culpa de mi hermana. Por favor, James, ¡paga el maldito billete para mí y para tu hijo, necesito paz!

Y así fue como conseguí el primer abrazo de consuelo que necesitaba desde el día en que descubrí mi embarazo.



Capítulo 14

Flaviane

James rodeó la mesa, me levantó aunque yo no tenía fuerzas y me abrazó. Lloré contra su camisa y su traje y, cuando me flaquearon las piernas, me estrechó aún más fuerte para sostenerme.

¿Por qué una noche como la que tuvimos tuvo que acabar en todo esto? Tantas noches sin dormir, sufriendo en silencio, llorando bajo la ducha... mi hermana dio lo que pudo, pero lo que yo necesitaba era mucho más. Ahora, en cambio, me lo ha quitado todo y más, por los años que no estuvo conmigo.

Cuando me calmé, bostecé y cerré los ojos aprovechando el consuelo que me daba este hombre. Vale, no se merecía ni un poco

de mi contacto físico, pero por Dios, hoy era yo quien lo tomaba todo de él sin darle nada a cambio.

—Tienes que descansar, Flaví —dijo acariciándome el pelo. Era la primera vez que me hablaba con tanto cariño y usaba mi apodo.

—Dentro de un rato tengo que volver a buscar a Julinho a la guardería, voy a tener que caminar.

—Puede que JB se esté hundiendo, pero mi hijo tendrá lo que yo pueda darle. —Me apretó cuando me removí, descontenta con su afirmación. Tanto tiempo siendo solo mi hijo... que él venga a exigir que lo comparta con él era como si me estuvieran mutilando una parte de mí—. Y quiero saber sobre ese asesino que va detrás de ti. ¿Es real o una exageración?

—Creo que estás demasiado acostumbrado a la gente que miente. —Le toqué el pecho e intenté no flaquear al afirmarme en el suelo y dar unos pasos para sentarme de nuevo en la silla. Alcé la vista y sentí lástima de su rabia, fuera dirigida a mí o a cualquier otra persona—. Mi hermana está metida en temas de inversiones financieras. Ha desaparecido y uno de sus clientes vino a mi casa a exigir el dinero. No sé quién es; me rompió el portátil, se llevó mi móvil y me impidió ir a la policía. Ahora que estoy sin dinero en efectivo ni en la cuenta del banco, voy a ir a casa de mis padres, que nunca han visto a su nieto, ya que solo me aceptarían como hija si me casara con el padre del niño. Eso no va a pasar, así que tendré que obligarles a aceptarme, aunque sea por lástima.

—Demasiada información —masculló James y volvió a llevarse la mano al puente de la nariz.

La puerta del despacho se abrió con brusquedad; miré por encima del hombro y vi a Willis entrar junto a una Karine llorosa.

—No quiero a nadie más involucrado con Julio —le exigí en voz baja a James cuando vi que me miraba antes de dirigirse a los dos visitantes.

—¿Cómo que no puedo entrar en la empresa que represento? Y ahora estás ahí, hablando con esa... —dijo Karine con histeria, y la vi con otros ojos por primera vez. Siempre fue curiosa y servicial, pero hoy parecía más bien una pija superficial.

Willis me miró de reojo, pero centró su atención en la mujer de su lado. No echaba de menos al señor amargado.

—Este asunto es mío, no tienes que preocuparte —decretó James, lo que hizo que la mujer llorara aún más—. Hablaremos en casa más tarde.

—¿Mientras me engañas? James Blat, voy a acabar con tu vida, ¿te enteras? Odias las columnas de cotilleos; pues ahora formarás parte de ellas con la fuerza de mi odio —amenazó mientras él no bajaba la cabeza; al contrario, estaba cogiendo fuerzas para replicar.

Dios, cuando necesité apoyo, no era esto lo que tenía en mente que pasara. Si existía una crisis en JB, yo, desde luego, estaba ayudando a hundir este barco.

Me obligué a levantarme y Willis se acercó a mí, apretándome el brazo y empujándome hacia la salida.

—¡Eh, no me toques! —Intenté zafarme, pero quien logró ayudarme fue James. No debería haberlo hecho, porque Karine pareció más irritada.

—¿Cuál es vuestro problema, eh? —gritó James, cesando el llanto fingido de Karine—. Willis, gracias por el apoyo con Karine, pero necesito que me cubras hoy en JB. —Señaló la puerta de salida —. Ahora, por favor.

—Ella es tu prometida; la familia es siempre lo primero —replicó el amargado, serio.

—¡Mientras mi nombre figure en las escrituras de JB Noticias como socio mayoritario, yo mando aquí y te necesito dándome

apoyo en la redacción!

Miré al suelo, porque la humillación fue merecida e innecesaria al mismo tiempo. Percibí, por mi visión periférica, que Karine sujetaba la mano de Willis y tiraba de él hacia ella antes de que obedeciera.

—Tú no diriges esta empresa solo. Soy representante de tu madre, tengo derechos aquí también y él se queda aquí conmigo. Tú también tienes responsabilidades conmigo, James Blat.

—Sí, una boda para la que nunca pusimos fecha. ¿Vas a querer discutir esto con público? —el tono de James empezaba a alterarse.

—¡Y dónde más vamos a hablar, si me has impedido entrar en mi propia empresa!

—No te he impedido entrar; necesitaba que estuvieras lejos para tratar otro asunto.

—Ah, claro, ¡tenía que estar lejos para que pudieras hacer un remember con la tipa esta!

—Estás confundiendo las cosas, Karine. ¡Deja de ofender a Flaviane!

—¿Vas a defenderla a ella antes que a mí? —gritó indignada.

—¿Qué coño quieres entonces? —cuestionó James perdiendo los estribos.

Sabía que estaba mal y que podría causar mucho más revuelo sobre mi presencia, pero tener un escándalo de violencia doméstica sería peor que una separación conflictiva. Estiré el brazo y le toqué el codo, haciendo que se tensara y luego diera un paso atrás, retrocediendo.

—Haced lo que queráis; hoy no atiendo a nadie, mañana hablo con vosotros.

—¿Qué? —Karine estaba sorprendida cuando James me rodeó la cintura y caminó conmigo a su lado hacia la salida.

Era una posición muy íntima, pero necesaria, ya que tres pasos después casi caí de rodillas al suelo por la debilidad.

—Vamos a pasar por una farmacia, a recoger a Julio dondequiera que lo hayas dejado para venir sola aquí y a hacer las maletas.

—¿Maletas? ¿Vas a ayudarme? —pregunté esperanzada cuando entramos en el ascensor y miramos a lo lejos a los otros dos, que echaban fuego por los ojos.

—No, os vendréis a mi casa.



Capítulo 15

Flaviane

Los gritos, la discusión y el cansancio me hicieron caer rendida en dos segundos estando sentada en el coche de James. Al tener transporte propio, tendríamos un tiempo extra antes de buscar a Julio en la escuela, así que me relajé más de la cuenta. Él tuvo que despertarme para saber dónde vivía y con decir que era en el mismo sitio bastó para llegar a nuestro destino. Solo la música del coche resonaba lejana en mi mente.

Smash Into Pieces – Rise Up

Me di cuenta de cuando se abrió la puerta del coche y unos brazos firmes me llevaron en volandas hacia dentro de casa. Lo último que iba a hacer era quejarme, ya que teniendo a un hombre, a alguien con quien me sentía protegida, a mi lado, podía descansar lo que no conseguí en todo el día.

—Flaví —susurró James en mi oído y me sacudió el hombro. Lo hizo otras tres veces e, inducida por la bruma del sueño, le rodeé el cuello con los brazos y atraje su boca a la mía.

Joder, cómo echaba esto de menos. Abrí la boca y me bebí su sabor mientras mi lengua encontraba la suya. Él no retrocedió; me correspondió con lentitud y pasión, haciendo que entrara en calor por completo.

Poco a poco el sueño se fue yendo, la conciencia tomó el mando y abrí los ojos como platos, asustada, apartándome de la cama y cayéndome al suelo por el otro lado con desesperación.

—Dios mío, perdóname. —Me llevé la mano a la boca y tuve que apoyarme en la cama para levantarme. Él tardó en venir a mi lado a ayudarme, luego se apartó y se cruzó de brazos quedándose en la puerta de la habitación—. James, por favor, paga solo el billete y déjame ir. Voy a arruinar tu vida más de lo que ya he hecho.

—Es hora de ir a buscar a Julio a la escuela —dijo escueto, y lo miré fijamente sentándome en la cama a la vez que bostezaba. Debería sentirme cohibida o incluso avergonzada, pero el hombre al que besé parecía no haber sentido nada—. Vamos en mi coche.

—Tú no vas a decir nada más, pero yo lo necesito. Tenemos una conexión, James. Quizá sea por Julio o simplemente la misma química que nos unió en el pasado. No quiero ser la amante ni solo suplir una carencia, así que te lo pediré una vez más: déjame ir. Tienes demasiados frentes abiertos.

—Os quedaréis en mi casa, ya está decidido. ¿O tienes otro sitio al que ir, a quién pedir ayuda? Eres la madre de mi hijo, que ha sido amenazada, o sea, que él también está en el punto de mira. No

hay discusión cuando tomo medidas para proteger a los dos. —Lo miré con rabia, porque tuvo que restregarme por la cara esa información para que yo cediera. Suspiramos resignados—. Mira, Flaviane, en el pasado estuve en la misma situación y os dejé de lado, y estoy pagando el precio, por más que no sepa expresarme correctamente. Hoy, lo resolveré todo sin dejar nada atrás.

—Está bien. Tú ganas; tienes poder sobre nosotros, aunque no hayas hecho nada para redimirte —tuve que hurgar en su herida, porque sería muy injusto que se quedara así. Me levanté con cautela e hice una mueca mientras andaba—. Haré las maletas cuando vuelva; gracias por dejarme echar una cabezada.

—Me he tomado la libertad y ya lo he hecho. —James fue a la cocina y miré al salón con asombro al ver tres maletas cerca de la puerta—. Tómate este relajante muscular, te sentirás mejor mañana.

—Julio estudia aquí cerca, a cinco manzanas.

—Tenemos definiciones diferentes de cerca.

—De aquí a JB está lejos; que se lo digan a mis piernas. —Estiré un pie y luego el otro para poner el ejemplo.

Cuando vi una bolsa con los juguetes de mi hijo al lado de todo, cogí el vaso, el medicamento y obedecí, sintiéndome emocionada. ¿Cuándo pensé que tendría a alguien conmigo? Ni siquiera Cristiane hacía las maletas o la mochila de Julio; siempre era yo, sin descanso ni días libres.

—Me llevo tu portátil para arreglar y no he encontrado tu móvil. No he tocado tu bolso, puede que esté ahí dentro. —Lo miré asombrada y él mostró preocupación—. También he estado vigilando el movimiento de la calle; los vecinos son raros aquí.

—Siempre me encantó la casa, no lo que había alrededor. —Fui a la cocina, cogí dos paquetes de las galletas que más le gustaban a mi hijo y me detuve cerca de la puerta—. El hombre se llevó mi móvil y seguro que ya ha hecho un destrozo con mi vida virtual. Tenía tantas fotos de mi pequeño...

—Vámonos —me cortó abriendo la puerta de casa y luego el maletero del coche para guardarlo todo. Noté que su coche no era un deportivo, sino un SUV.

Entré en el coche aún exhausta y bostezando; pensé en mi hermana, en cuando volviera y no me encontrara allí, así que volví a entrar, busqué papel y boli y dejé una nota pegada en la nevera.

"Estoy a salvo, mantente a salvo tú también."

No hacía falta ser más extensa que eso; no la quería más cerca de mi familia.

—¿Qué pasa? —preguntó James cuando volví al coche y suspiré.

—Le he dejado una nota a mi hermana, por si vuelve por aquí. A pesar de que no se lo merezca, nunca desearía su desgracia como ella hizo conmigo. —Él salió del coche para cerrar la verja y volvió apresurado—. Sigo pensando que tuvo algún motivo oculto para hacer todo lo que hizo.

—¿Dijiste que trabajaba en inversiones?

—Sí, y yo hacía los informes que se entregaban a los clientes, con un texto florido y lleno de persuasión para mostrar cuánto beneficio o pérdida hubo en ese momento. —Me crucé de brazos debido al aire frío del coche—. Dejé mi empleo después de que acabó mi baja por maternidad. Llevo más de dos años en casa con el apoyo de mi hermana.

—¿No piensas volver al periodismo? —sondeó curioso, algo que me recordaba a su personalidad y que, claro, Julio también tenía.

—De momento estoy pensando en cuál será la cena de mi hijo y cómo haré para llevarlo al colegio mañana, si es que eso ocurre, ya que no me queda ni un céntimo para nada. —Señalé la escuela en la próxima esquina y me apoyé en el salpicadero del

coche—. La maternidad me hizo cambiar algunas prioridades en mi vida. Amo mi profesión, pero no consigo pensar en ella sin incluir a mi hijo. Él no fue planeado y, si no hubiera sido por ese «accidente», tal vez nunca habría formado una familia. —Miré a James, que parecía querer decir tanto, pero que, como siempre, se limitó a guardar silencio—. Te pido que no menciones la palabra padre de momento. Déjame hablar con él y ver su reacción.

—Esperaré al momento que consideres oportuno. Pero eso no quiere decir que no esté ansioso por que eso suceda.

Tuve que salir a toda prisa del coche y buscar fuerza en las piernas para alejarme. Joder, el hombre se estaba mostrando poco a poco, con palabras duras, pero que indicaban lo mucho que había sufrido por optar por estar ausente en la vida de su hijo. Pues bien, yo también sufrí y no por eso descarté mi embarazo; conmigo, él siempre estaría en desventaja.

—Julio Castro —llamó la chica de la puerta por el micrófono, y tuve un segundo para pensar en el beso que le robé al padre de mi hijo. Estaba muy necesitada de afecto, hacía tanto tiempo que no tenía contacto con un hombre y, claro, necesitaba protección. Yo, más que nunca, estaba a punto de tragarme todo mi orgullo solo para revivir un momento íntimo de hace tres años.

—¡Mamá! —gritó Julinho arrastrando su mochila. La profesora venía con él y contuve la respiración cuando puso cara de disculpa. Me levanté con él a duras penas y esperé la noticia:

—Hola, mamá. Julio no ha comido muy bien hoy y se ha quedado un poco mustio al final del día.

—Ah, no pasa nada, es que echa de menos los brazos de mamá, ¿verdad, Julinho? —Mi hijo me abrazó fuerte y le hice un gesto de agradecimiento a la profesora. Los hijos lo notan todo; ¿cómo iba a esconder la confusión que llevaba dentro?

Caminé despacio y, en cuanto aparecí cerca del coche de James, él salió apresurado y me ayudó con la mochila.

—Siéntate atrás —ordenó y le tocó el pelo al niño, ya que este escondía la cara en mi cuello.

Me senté con él en el regazo; James acomodó la mochila en el asiento del copiloto, se puso al volante y aceleró, mirando por el retrovisor cada cinco segundos.

—¿Quién es, mamá?

—James —respondí con el corazón saliéndome por la boca.

—¿Se llama James?

—Eso es, mi amor. Con jota, igual que tu nombre.

Levantó la cabeza para ver al conductor y me calentó el corazón notar la mirada de padre a hijo.

—¿Vamos a ver el vión, mamá? —Estiró los brazos para tocar el asiento delantero y James le rozó la manita.

—¿Te gustan los aviones, Julio? —preguntó el padre.

—Sí. —Volvió a recostarse en mi regazo frente a mí e hizo movimientos con las manos imitando naves—. El vión, tiene luz, vuela, hace así...

Julio se puso a hablar sobre lo que vio ayer, sin mucha coherencia, pero eso me ayudó a relajarme a mí y también a James. Parecía encantado con su hijo y yo me sentía una bruja al privarles a los dos de verse como deberían.

Pero, antes de todo eso, los rencores que aún existían dentro de mí tendrían que resolverse. No serviría de nada entregarle a mi hijo a James llena de recelos.

Lo solucionaría rápido, pero tendría que hablar con tacto con él, en otro momento, porque hoy necesitaba descansar.



Capítulo 16

James Blat

Creo que me sorprendí hasta a mí mismo cuando ofrecí mi habitación para que se quedaran los dos. Doña Clotilde nos acompañó ayudando con las maletas y mirándome de reojo para saber qué me pasaba.

—James, por el amor de Dios, no vamos a quedarnos aquí. Hay otras habitaciones igual de cómodas que la tuya. —Flaviane se acercó a mí hecha una furia mientras Julio corría por mi habitación creyéndose un avión—. Ya he entendido que quieres darnos el mismo lujo que tienes tú. Basta, es demasiado para mí.

Tragué saliva y le hice un gesto a Clotilde para que los acomodara en la habitación más cercana, que tenía cama de

matrimonio, armario y televisión. Miré por encima del hombro y vi a mi hijo subiéndose a mi cama y saltando como si fuera la cosa más divertida del mundo.

—Bájate ya, Julio. ¡Llevas zapatillas! ¿Qué ha dicho mamá sobre poner los pies en el sofá y en la cama con zapatos? —Se sentó de golpe y pasó un momento serio. Miré a mi hijo y luego a su madre, que estaba a mi lado furiosa, pero también llena de amor. Nunca pensé que educar pudiera ser tan bonito de ver.

Julio se quitó las zapatillas a toda prisa, se puso de pie en la cama y volvió a saltar. Antes de que Flaviane pudiera replicar, tiré de ella para alejarla de la puerta y sonreí ante la genialidad de mi hijo.

—Dijiste que no podía subirse con zapatos a la cama o al sofá. Se los ha quitado y ahora está saltando. Déjalo, es demasiado inteligente.

—Tu cama, tus normas. En la mía, le caerá el doble de bronca, eso sí —replicó molesta, entró en la habitación y doña Clotilde se acercó.

—¿Quiere que haga algo especial para la cena, señor? —Contenía la sonrisa; parecía contenta con toda la situación.

Miré al niño y volví a mi habitación para averiguar qué le gustaba.

—¿Qué quieres comer, Julio?

—¡Macarrones! —gritó animado, dando saltos sentado y luego de pie, divirtiéndose.

Sonreí igual que él, porque su elección de comida era muy parecida a la mía. Clotilde pareció entenderlo, porque también expresó su satisfacción, a diferencia de la madre, que parecía seria, sacó al niño de la cama y se lo llevó a la habitación que les había asignado.

—Vamos a ducharnos y se acabaron los macarrones, Julio. Tienes que comer arroz y frijoles también.

—Haga las dos cosas —le ordené a mi ama de llaves, y ella asintió.

—¿Puedo decir algo, señor? —preguntó cuando la acompañé a la cocina.

—Todavía no puedo decir el motivo de que estén aquí, si esa es la pregunta —me adelanté cogiendo un poco de agua y bebiendo; me sentía alegre y nervioso a la vez.

—No era una pregunta, sino una afirmación. A las madres y a los padres no les gusta que el otro les diga lo que deben hacer o no con sus hijos. —Arqueó las cejas para hacerse entender y empezó a trajinar en la cocina—. Mis hermanas tuvieron sus bebés y yo sufrí mucho al opinar y que me cortaran. Los niños necesitan límites y Julio es muy parecido a usted.

—Le gustan los macarrones y los aviones —dije satisfecho; me di cuenta de que me miraba diferente, así que puse cara seria y me alejé de la cocina, esperando a los dos en el salón mientras la cena se preparaba.

Joder, ¿cómo era posible transformarme de un empresario pensando en la quiebra de su empresa a un padre al que se le cae la baba?

Miré el móvil y vi los mensajes recibidos de Willis, Karine y hasta de mi madre. Todos estaban nerviosos por mi desaparición durante el día, ya que trabajaba de lunes a domingo. Necesitaba hablar con mi prometida y zanjar el asunto de una vez. Era el momento de aunar fuerzas para reflotar JB Noticias y no crear intrigas de pasillo por culpa de problemas personales.

De un día para otro, no le vi sentido alguno a mantener una venganza que, para mí, había perdido totalmente su significado. Ese cambio de perspectiva vital estaba siendo demasiado radical y sentí que el miedo se apoderaba de mí.

—Jamis —oí la voz de Julio acercándose y me levanté apresurado del sofá, dejando el móvil a un lado. Vestido con un

pijama lleno de barquitos, caminó hacia mí—. Mamá se ha domido.

—Sí, está cansada. —Me agaché para ponerme a su altura y él se acercó sin miedo, me abrazó y dijo:

—¡Brazos!

Si alguna vez sentí que se me paraba el corazón, fue en ese momento. Me levanté con él y, atento, me pasó la mano por la cara e hizo una mueca al sentir la barba de unos días.

—Pincha.

—¿No te gusta? —pregunté con dulzura, y él sonrió tocándome la mejilla con el dedo.

—Vión. ¡Hace brum! —Hizo un ruido con la boca, movió los brazos y me giré para ver a doña Clotilde mirándome con admiración. Enseguida se recompuso, menos mal, porque yo mismo no podía ocultar la satisfacción de tenerlo en mis brazos.

—La cena está en la mesa.

—¡Macarrones! —Dio palmas mientras iba a sentarnos.

Lo senté en la silla a mi lado e hice una mueca al ver el desnivel.

—¿Quiere ayuda, señor? —se ofreció doña Clotilde.

—Por favor, no tengo ni idea de qué hacer ahora.

Ella fue a la cocina y volvió con una olla vacía.

—Levántelo, por favor. —Hice lo que pidió y, al alzarlo, él fingió estar volando. Tuve que seguirle el juego y moverlo por el aire, haciéndolo volar y reír a carcajadas.

Acabamos haciendo mucho ruido, porque Flaviane apareció en el comedor soñolienta y con la mano en el corazón.

—¡Qué susto! —dijo apoyándose en el marco de la puerta. Doña Clotilde apareció a mi lado, le entregué al niño y fui a hablar con ella.

—¿Estás bien?

—Me he dormido, he oído un ruido y pensé que era llanto. —Se llevó la mano a la cara e inspiró profundamente, como si necesitara controlar las lágrimas—. Dios mío, pensé que se lo habían llevado, porque me quedé dormida y no lo vi a mi lado.

—Ve a descansar, yo me encargo de él. —Le apreté el hombro y ella sollozó.

—¿Mamá? —preguntó Julio inquieto, y miré por encima del hombro a Clotilde.

—¿Puede quedarse con él un minuto?

—¡Mamá! —Julio quiso bajarse de la silla y Flaviane intentó pasar por mi lado, pero la aparté suavemente mientras mi ama de llaves entretenía al niño, que rápidamente volvió a sonreír.

Rodeándola con un brazo, llevé a la madre de mi hijo hasta el despacho, cerré la puerta y la abracé, como hice hace unas horas, y me sentí bien.

Era como si estuviera pagando una deuda; el alivio era inmenso al tenerla en mis brazos y poder consolar su llanto. Ella correspondió, apretó mi cintura y sorbió las lágrimas cerca de mi corazón, que latía acelerado por tantas cosas, la mitad de las cuales no sabía expresar con palabras.

—Puedes dormir y descansar. Te vence el sueño —constaté con suavidad.

—¿Cuándo lograré sentirme segura de nuevo? —refunfuñó desolada.

—Hoy, ahora. —Sentí que su agarre se intensificaba y correspondí—. Pondré seguridad en la casa, para los dos.

—James, esto está mal en tantos sentidos... Te odié durante mucho tiempo, ¿sabes? —Se apartó y se secó las lágrimas mirando a

su alrededor—. Tu despacho es bonito, tu casa es preciosa, pero no es mía, ni de mi hijo.

—No sé cómo lidiar con esto, Flaviane. —Metí las manos en los bolsillos, incómodo—. Tengo un hijo que proteger, es en lo único que pienso.

Ella caminó hasta mi estantería y tocó el avión de metal, una estatuilla en la que nunca me había fijado que estaba allí, y algo dentro de mí cambió, una vez más. Era de mi padre; mi padre tenía afición por la aviación, a pesar de no haber seguido esa rama profesional.

—Tengo miedo de mis propios pensamientos. He llegado a pensar incluso en dejarte a Julio e ir tras ese tal Dante Mercy para saldar la deuda, pero al mismo tiempo sufro demasiado por tener que abandonar a mi hijo; no puedo.

—¿El dueño del Banco Mercy, Dante Mercy? —cuestioné dirigiéndome a mi ordenador personal y encendiéndolo.

—No lo sé, James; solo dio su nombre y pidió que le devolviera el dinero. Si logras arreglar mi portátil, podré encontrar la información sobre ese cliente —dijo cansada, volviendo a mirar el avión y a mí, que buscaba saber quién era su enemigo.

—¿Nunca pensaste en investigar la vida de los clientes en internet? Eras periodista política, lo hacías a menudo.

—Lo has dicho bien, James Blat. LO ERA. —Caminó hacia mí bostezando y se detuvo cuando se acercó demasiado—. Voy a ver cómo está Julio, suele armar un buen desastre en la cena.

—Clotilde se encargará; trae la silla aquí un momento —ordené, y la vi hacer un puchero, a punto de negarse—. ¿Dos minutos, por favor? Puedes cronometrarlos.

—Saber quién es el hombre que me apuntó a la cabeza con un arma no va a hacerme dormir mejor por la noche. —Aun a regañadientes, arrastró la silla y la puso a mi lado. Abrí las imágenes

del hombre y ella hizo un ruido extraño—. Sí, es él. ¿Y ahora qué, James? ¿Y si lo he traído hasta aquí para perjudicarte también?

—Lo primero, vamos a mantenernos a salvo. Lo segundo —no pude resistirme a tocarle la cara, porque su mirada cansada me hacía querer abrazarla de nuevo—, duerme, despeja la mente y despierta con la periodista de investigación que hay en ti.

—Tal vez ya no tenga ese don, porque tener un hijo me hace ser más cauta.

—Eso fue ayer, Flaviane. Hoy estamos juntos; Julio está sano y salvo.

Para llevarme la contraria, sonó un estruendo; salimos corriendo del despacho y fuimos al comedor, donde la olla en la que estaba sentado mi hijo se había caído y doña Clotilde lo tenía en brazos, ambos manchados y riéndose.

—Si hace falta, ayudo con el baño. Es que el avión de carga de la comida se equivocó de puerta, ¿a que sí, Julinho?

—Se equivocó de puerta —repitió riendo, tapándose la boca y haciéndonos gracias.

Flaviane se acercó, le besó la frente a su hijo y le apretó el brazo al ama de llaves en agradecimiento.

—Voy a dejarle ropa preparada encima de la cama. No hace falta que sea un baño en condiciones, solo limpiarle la cara.

—¿No vas a cenar? —preguntó ella.

—No, estoy bien. Buenas noches. —Bostezó despidiéndose de todos.

—Buenas noches —le dije a ella, que ya salía sin mirarme.

Miré fijamente a los dos revoltosos y sonreí aún más, a pesar de estar pensando en Dante Mercy.

—¡Enséñame ese avión que se equivocó de puerta!

Julio se rio alto; me senté a la mesa y estuvimos mucho rato entretenidos y comiendo, hasta que Clotilde lo limpió y lo dejó con su madre para dormir.

Tenía muchas cosas que resolver al día siguiente, así que dormir fue sencillo; lo difícil fue no despertarme más temprano de lo normal.



Capítulo 17

Flaviane

Me desperté, una vez más, sin mi hijo en brazos y sentí que el corazón se me disparaba al pensar que lo había perdido. Salí angustiada de la cómoda cama, seguí las risas de mi hijo y me encontré a James tumbado en el suelo del salón, vestido de traje, jugando a los aviones con Julio.

Se estaba esforzando muchísimo, tenía que reconocerlo. El odio que sentía, el resentimiento que existía, se estaba transformando en otra cosa; no quería ni pensar en qué podría ser.

Lo último que quería ser era el motivo de su separación de Karine. No es que me creyera tan especial, pero yo tenía algo contra lo que nadie podía luchar: un hijo suyo.

—¿Dejamos que James se vaya a trabajar, hijo? —dije apareciendo en el salón. Los dos se pusieron de pie y vinieron a saludarme.

—¡Mamá! —Julinho se abrazó a mi cadera y James me dio un beso en la frente.

—Buenos días, ¿pudiste descansar?

—Demasiado, ¿no crees? —Cogí a mi hijo y aspiré su aroma antes de que pataleara para que lo pusiera en el suelo—. ¿Ha desayunado ya?

—Sí. Clotilde le ofreció fruta, pan, pero solo se comió un yogur. —Le puse una mueca al hombre, que parecía preocupado por mi reacción; estaba a punto de justificarse, pero sonreí, haciendo que suspirara aliviado—. ¿Te parece bien?

—Claro, gracias. No hace falta que te quedes más haciéndonos compañía, tienes que trabajar.

—Antes, tengo que enseñarte algo. —Señaló el comedor y sentí que mi estómago protestaba—. Clotilde, ¿podría quedarse un poco con Julio?

—Claro, señor. —La mujer apareció y me saludó con una sonrisa—. Buenos días, doña Flaviane.

—Flaví, Clô. —Le guiñé un ojo y le entregué a mi hijo.

—¿Vamos a fregar los platos? —le preguntó entusiasmada a Julio, que dio palmas, seguro que planeando algún desastre con el agua.

—¡Sí!

Cuando James salió del comedor, cogí un plato y me puse fruta, algo salado y un trozo de bizcocho. Dios, parecía un desayuno de hotel; ¿cómo podría retribuir todo esto?

Entré en el despacho y James soltó una maldición por lo bajo mientras se levantaba.

—Ni siquiera cenaste ayer, y hoy... lo siento.

—Enséñame lo que quieres, James. Ya me he servido, estoy bien, a no ser que se caiga comida al suelo sea pecado mortal.

Caminé hasta la silla que aún estaba a su lado; él me siguió y me enseñó la pantalla del ordenador. Había una noticia sobre el robo en una casa, donde lo habían dejado todo patas arriba.

Bajó con el ratón hasta llegar a los comentarios, donde alguien decía que Dante Mercy era el responsable. Al momento miré el enlace de la web y, para mí, no era un gran medio de comunicación.

—¿Qué quieres decir, James?

—Que necesitas seguridad urgente y es por eso que me he quedado aquí hasta que te despertaras. —Me miró y parecía querer forzar las siguientes palabras para que salieran—: También quería estar con Julio; ha venido a mi habitación esta mañana en cuanto se ha despertado.

—Una de las pocas cosas que ha sacado de mí. Si quiere algo, va a por ello; no tiene vergüenza ni miedo.

—¿Vas a hablar con él hoy? —preguntó esperanzado, y yo sabía lo que eso significaba.

—Sí, cuanto antes. —Le toqué el brazo y le miré el cuello, con miedo de mirarle a los ojos—. Gracias por todo. Puedo parecer una aprovechada, pero lo hago pensando en su seguridad.

—No me debes nada, Flaví. —Su mano en mi cara, obligándome a mirarle, me provocó un vuelco en el estómago—. Te traté muy mal cuando me contaste lo del embarazo hace tres años. Estoy en deuda.

Y todo el encanto que sentía quedó aparcado. Aparté la silla, interrumpí nuestra conexión y sostuve el plato de comida para poner distancia entre nosotros. Sí, esa era una herida abierta, porque me causó casi un año de sufrimiento con mi jefa Laurilene y sus ironías.

—Me recompensarás dando amor a Julio. Entre tú y yo, está él; solo eso.

Él asintió contrariado y miró demasiado tiempo al monitor.

—Me llevo tu portátil para arreglarlo, voy a conseguirte un móvil para que podamos hablar y necesito que orientes a Clotilde sobre lo que le gusta comer, si hace falta comprar algo o algún juguete para Julio. Creo que es mejor que no vuelva a la escuela de momento, mientras veo una forma de sacarte del punto de mira de Mercy.

—¿Me estás pidiendo matrimonio o comprándome como madre de alquiler de tu hijo? —cuestioné hecha una furia, sin saber de dónde venía tamaña irritación.

Retándonos con la mirada, él avanzó y se apoderó de mi boca, chupando mi labio inferior y encendiéndome por completo. No tenía fuerzas para apartarlo y tenía las manos ocupadas, así que hice un ruido con la garganta y él se apartó, jadeante y con otras cosas en la mirada en las que no quería pensar.

—¿Cómo te atreves? No te tiro este plato a la cara ahora mismo solo porque tengo hambre. —Me levanté a punto de estallar, salí del despacho y fui a sentarme en la elegante silla del comedor.

Dios mío, era demasiado. Además de pelearme conmigo misma por alimentar un sentimiento que no estaba autorizado a aflorar, también tenía el peso de cambiar la vida de este hombre. Vale, mi hijo también cambió la mía, ¿cuál es el problema de que él siga el mismo destino que yo?

Oí las risas en la cocina e incliné la cabeza para espiar por la puerta que tenía enfrente. Los dos parecían abuela y nieto, jugando sin importarles el desorden. Hacía tanto tiempo que no podía hacer eso con mi hijo... Ahora, estando atrapada en la casa de su padre, quizá pudiera dedicarle un poco más de tiempo, sin acostumbrarme, claro.

Tenía que pensar en mi siguiente paso, una forma de volver a trabajar y contribuir a la vida de mi hijo más allá del afecto. Nunca sería una mantenida, y menos cuando él tenía otra vida: Karine.

—Tú me robaste uno mientras dormía. Yo solo te he pagado con la misma moneda —dijo James y salió rápidamente del comedor, sin dejarme cuestionar o siquiera responder a su provocación.

¿Robar? Entonces me acordé del beso que le di cuando estaba medio dormida; y este, que él tomó... y claro, me gustó, incluso más de la cuenta.

Volví a centrarme en comer y mantenerme firme. Necesitaría tomarme otro relajante muscular para aliviar las piernas y, después, llegaría el momento de la conversación seria con mi hijo sobre nuestra mudanza y el padre de cuya existencia nunca le hablé.

Pan comido.



Capítulo 18

James Blat

La sensación de satisfacción dominaba mi pecho, tan diferente de la preocupación que rondaba mi mente. Los guardias de seguridad que contraté para vigilar a mi familia en casa eran un indicio de que mi vida iba a cambiar por completo. Lo desconocido debería darme miedo, hacerme recular, pero fue todo lo contrario, porque sentía que estaba haciendo lo correcto, por primera vez en años.

Toda la sensación de tranquilidad se esfumó cuando aparqué el coche en el garaje del edificio de JB. Karine y Willis estaban allí, discutiendo, ya que mi prometida gesticulaba exageradamente y, en cuanto me vio, salió disparada hacia mí con mi amigo detrás.

—¡Te has llevado a esa aprovechada a tu casa! —gritó empujándome y haciendo que casi me pillara la mano con la puerta del coche. Contuve el aliento, porque en un segundo logré convertirme en una tormenta—. Así no se puede seguir, James. No voy a ser la cornuda de la historia.

—Preferiría hablar en privado —mi tono peligroso debería haberlos asustado a los dos, pero solo Willis me oyó como debía y dio un paso atrás.

—Ah, ¿el poderoso James Blat no quiere exponer su vida personal? —se burló ella con las manos en la cintura. Joder, sabía que Karine era así, pero hasta el momento no se había vuelto en mi contra—. Adivina, querido: voy a dar una entrevista exclusiva para nuestra columna de Famosos sobre el día en que acabé con nuestro compromiso por ser un cabrón.

Hablar de sentimientos no era lo mío y, cuando empecé la relación con ella, no tenía intención de terminar, más que nada porque, ¿por dónde empezaría? Todo implicaba lo que yo sentía y no estaba dispuesto a exponer mi vida personal para justificar mi ruptura.

Si ella quería quedar como la que había acabado con todo, para mí, sería incluso mejor. Los cotilleos y las mentiras no me afectaban, pero saber que mi hijo o su madre corrían peligro, sí.

Darme cuenta de eso fue sorprendente. Mientras Karine empezaba a narrar lo que le diría a nuestra periodista, yo me daba cuenta de que existía algo que me atraía hacia Flaviane, más allá de lo que teníamos en común: un hijo.

Negué con la cabeza, porque habían pasado pocos días para que se formase un vínculo. Karine y mi madre estaban ahí como ejemplo de mujeres con las que, incluso después de años, no había nada firme ni duradero entre nosotros.

—James. —Willis me tocó el brazo y vi a Karine yéndose pisando fuerte hacia el ascensor—. Va a hundir la empresa con la

declaración de vuestra separación.

—¡Espera, Karine! —grité corriendo tras ella, y escuché los pasos de Willis acompañándome. Cuando la alcancé y le toqué el brazo, la mirada brillante de expectativa y esperanza me mostró la verdadera cara de esa mujer. No era casualidad que estuviera aliada con mi madre, que me veía como un rival. La decisión estaba tomada, aunque fuera demasiado impulsiva incluso para mí—. Haz lo que tengas que hacer; nuestro compromiso se ha acabado y yo me voy de JB.

—¿Qué? —Los dos se sorprendieron; aproveché para entrar en el ascensor y dejarlos plantados.

Bueno, si se trataba de hundir la empresa que tanto apreciaba, que yo saliera con mi dignidad y parte del dinero que invertí. Se me encendió la bombilla y el corazón se me aceleró al darme cuenta de que podía empezar de cero y que no estaba solo.

¿De dónde venía esa necesidad de estar junto a Flaviane y hacer las cosas con ella? A la mierda la explicación; era el momento de enfrentarme a mi madre y entregarle la parte que siempre soñó que fuera suya.

Mi padre me ayudó a levantar esta empresa. Empezamos con un periódico cada tres días, luego una revista semanal y hoy estábamos solo en internet y redes sociales. El alcance en internet era mucho mayor que el de la prensa escrita; nos adaptamos a la evolución tecnológica y adquirí MB News con la intención de expandir mi negocio al extranjero.

El sueño quedó aparcado, porque desde el momento en que fusioné las dos empresas, solo han surgido problemas. Había algunas victorias que celebrar, pero ahora que he decidido, en un arrebato, que el sentido de mi existencia ha cambiado, solo quería desvincularme de todo esto y poner en práctica mi otra idea.

¿Se apuntaría Flaviane? Como había vuelto a trabajar como al principio de mi carrera, estaba cansado, pero también con el

ímpetu de un recién licenciado.

Llegué a la planta donde mi madre tenía su despacho y ni siquiera saludé al hombre que estaba en recepción, constantemente humillado por ella. Irrumpí en su sala sin llamar y la pillé haciéndose la manicura en pleno horario laboral.

Ser dueño de una empresa tenía sus ventajas y sus obligaciones; ella parecía disfrutar solo de los privilegios.

—James —saludó altiva sin apartar la vista de la mujer que le arreglaba la mano.

—Tengo un asunto importante que tratar contigo. —Entré en el campo de visión de la manicurista—. ¿Nos deja un momento?

—No, hijo, ella no puede y tú hablarás delante de ella. Claudiane sabe guardar un secreto, ¿verdad? —Le tocó la barbilla a la mujer con la mano libre; esta sonrió con incomodidad y siguió trabajando.

Respiré hondo y miré a mi alrededor, dándome cuenta de que este lugar nunca había sido un despacho, sino una sala de estar. Doña Marlene era buena dando opiniones y mandando, pero liderar o arrimar el hombro, aunque fuera solo para aprender sobre la actividad principal de la empresa, era algo en lo que nunca se había molestado.

Si mi padre era difícil, mi madre se estaba volviendo igual, con la diferencia de que los resultados de la empresa eran la forma en que él conseguía hacerme trabajar. Ella, en cambio, disfrutaba viéndome sufrir por el simple hecho de exigir que mis empleados repitieran el trabajo.

Respiré hondo y la miré a la cara; parecía impaciente. Me acerqué a Karine y mantuve una relación con ella solo para frustrarme. Esperé, en vano, que mi prometida se pusiera de mi lado y juntos sacáramos a mi madre del poder.

Llegó el exceso de trabajo, la crisis me golpeó y la rutina se impuso a mi voluntad. Solo me di cuenta de que había caído en mi propia trampa cuando vi la cara de aquel pequeño diciéndome adiós con la mano desde el regazo de su madre en el aeropuerto.

Fue increíble cómo tres años pasaron por mi cabeza en un segundo y resurgieron las ganas de reaccionar.

Sin Karine en mi camino y saliendo de esta empresa, lograría mantenernos durante un buen tiempo y levantar una nueva empresa, con contenidos reales y que aportara valor a la gente. En medio de tanta guerra política y sensacionalista, podríamos destacar por la verdad.

Tenía a la reina de la sinceridad a mi lado; Flaviane seguro que se identificaría con mis planes. Era un momento de renovación y, para eso, necesitaba librarme de las cosas viejas que ya no tenían importancia para mí, empezando por la disputa con mi madre.



Capítulo 19

James Blat

—Si solo vienes a husmear en mi despacho, puedes irte, James.

—Has ganado, mamá. JB es tuya. —Caminé de un lado a otro sin mirarla a la cara, porque su brillo de satisfacción me dolió profundamente—. Hazme una propuesta decente, firmaré y te dejaré la herencia a ti. La guerra se ha acabado.

—¿Qué estás planeando? Sé muy bien de lo que es capaz tu cabeza. Quieres huir de la responsabilidad de reflotar esta empresa —dijo con amargura.

—Sí, la empresa está en crisis; llevo meses trabajando de lunes a domingo, a tres turnos, y estoy exhausto. —Me senté en uno de los sillones del despacho y la miré con autoridad—. Quiero vacaciones, dinero y paz.

—¿Y Karine? —cuestionó victoriosa, y me encogí de hombros, haciendo que mostrara alegría. Nunca pensé que podría llegar a este punto con mi madre: ver satisfacción ante mis derrotas.

—Nuestro compromiso se ha acabado, por decisión suya, nada más llegar yo a JB hoy. —La analicé un poco más y añadí—: ¿Puedes agilizar los papeles, por favor?

—En el segundo cajón. —Inclinó la cabeza hacia su mesa y vacilé al levantarme.

Joder, ¿lo tenía todo planeado? Cuando se encogió de hombros, saqué fuerzas para ir hasta allí y coger lo que parecía ser un contrato de cesión de mi parte para ella. A fin de cuentas, la venganza parecía ser suya y el derrotado era yo.

Mi orgullo estaba herido y quería resurgir para demostrar que merecía mucho más respeto. Al sentir que me temblaba la mano al coger el papel del cajón, vi un pequeño símbolo de aviación en el papel de debajo y me acordé de una persona más importante que todo esto. Julio, mi hijo, sería mi triunfo, y no una empresa que tenía los días contados.

Sería necesario perder esta batalla, mientras mis enemigos creían que era la guerra, para poder triunfar. El éxito personal era demasiado subjetivo; no podía venirme abajo en este momento crucial para alcanzarlo junto con el profesional.

Era fundamental, muchas veces, renunciar a la victoria para alcanzar el éxito, como decía mi padre.

Volví a sentarme en el sillón donde estaba y leí atentamente cláusula por cláusula, solo para saber si le debería algo después de firmar. El precio que me iba a pagar no era justo, pero según mis

cálculos mentales, podría ayudarme a impulsar la próxima empresa que tenía en mente.

—¿Tienes un bolígrafo? —pregunté con frialdad. La sorprendí tanto que se apartó de la mujer que ahora trabajaba en sus pies.

—Vete a tomar un café, vuelve solo cuando te llame —ordenó desconcertada a la manicurista; caminó torpemente hasta su mesa y se sentó en la silla pareciendo buscar apoyo. Escuché la puerta cerrarse, indicando que la mujer había salido, y ella continuó —: ¿Vas a entregarme la empresa?

—Esa es la intención; justo después de que me pagues, claro. —La fulminé con la mirada y ella no lograba sostenérmela, buscando algo en la mesa.

—Nunca pensé que lo dejarías todo por este precio. Sabes que la empresa y tu parte, incluso con la crisis, valen mucho más —su tono suave no me conmovió.

—Y fuiste tú quien puso el precio. Yo solo estoy aceptando, doña Marlene Blat. JB Noticias ahora es tuya.

—Tu padre estaría decepcionado —dijo rencorosa y me miró fijamente, a lo que respondí encogiéndome de hombros.

—Pues sí, pero él murió; tú luchaste por tu parte y más. Después de tres años, lo has conseguido.

De repente caí en la cuenta y abrí los ojos como platos al acordarme del cumpleaños de Julio, que sería mañana. Dios mío, tendría el mejor día si dependiera de mí. Compraría aviones y...

—¿Quién se quedará en tu lugar? Sabes que no entiendo nada de estos periodistas. —Interrumpió mis pensamientos y ahora se parecía más a mi madre: calculadora y rencorosa. Me tendió un bolígrafo y fui hacia ella a rubricar las páginas y firmar en la última —. Tienes que formar a alguien para que ocupe tu puesto.

—Willis es mi amigo, pero por lo visto, también es el tuyo. Solo no asumió la dirección por miedo. Quién sabe, a lo mejor

consigue dominarla estando en mi lugar. —El hombre seguía siendo mi amigo, pero en el juego de poder, acabó transformándose en un comodín.

—Que yo recuerde, tienes que cumplir treinta días antes de irte.

—Solo tengo que hacer lo que me dé la gana, que en este caso es coger mi dinero y desaparecer de esta empresa. —Le entregué el bolígrafo, los papeles y me incliné hacia ella para intimidarla—. ¿Quieres que le pida al departamento financiero que haga la transferencia? Vas a necesitar una aprobación del banco para eso.

—¡Eres un insensible, igual que tu padre! —Golpeó la mesa y me aparté resoplando de rabia—. Di amor y no recibí nada a cambio. Peleé, perdí los papeles, ¡y aun así seguís intactos en vuestros pedestales! ¿Tú al menos me ves? ¿Sabes que existo? ¿Tengo un lugar real en tu corazón? —Me señaló con el dedo, nerviosa—. Soy tu madre y merezco respeto.

Sí, tenía razón en la frase final y en las otras también, pero de una cosa estaba seguro: de mi libertad para hacer lo que quisiera con mi vida, porque era adulto y ahora, padre de un niño precioso al que le encantaban los aviones y que cumplía años mañana.

Ah, ya lo sé; voy a llevarlo al hangar de la empresa donde fleto los aviones.

—Tienes todo mi respeto, mamá. —Bajé la cabeza rápidamente y la alcé para imponer mi posición. No se merecía estar en mi vida personal, pero del mismo modo que yo no estuve en la vida de Julio y estaba sufriendo en cierto modo, ella también se sentía igual. Ya había intentado una venganza y había fallado; estaba dispuesto a hacerlo diferente para ganar—. Espero que esta rabia entre nosotros se pase con el fin de esta sociedad, porque hay algo que quiero enseñarte.

—¿El qué, James? Dilo de una vez; ¡nunca me has dicho que me querías! ¿Es eso? —Mostró fragilidad y retrocedí, sintiendo que era demasiado sentimentalismo para alguien que solo me veía con odio. ¿A dónde quería llegar?

—Quizá necesitara aprender a decir esas palabras, ya que nunca las escuché. —Era lo máximo de mí que ella escucharía. De Karine hubo muchas palabras de cariño y en varios momentos, pero nada que me calentara el corazón.

Salí del despacho y fui directo al mío, sin interrupciones ni desvíos, porque tenía que recoger mis cosas antes de ir al departamento financiero. Mis prioridades habían cambiado, mi enfoque era otro y, con el peso de la espalda disuelto, mi mente estaba libre para emprender el vuelo en solitario.



Capítulo 20

Flaviane

Sentada en la tapa del inodoro mientras él se divertía en la bañera de la habitación de James, me debatía entre la invasión de la privacidad y cuánto se había perdido mi niño por estar lejos de aquel que lo negó al descubrir el embarazo.

—Hijo, ¿te acuerdas de cuando mamá te habló de papá? —empecé la conversación en medio del baño con Julinho, que llevaba puesto el bañador ya que quería nadar en la «piscina».

—No. —Golpeó el agua con las manos y no parecía darle importancia al asunto.

Respiré hondo varias veces; sabía que en cualquier momento el dueño de la casa volvería y yo no había cumplido con mi parte.

—A ver, Julio. Para que tú nacieras, hizo falta una mamá y un papá. Así es como nacen los bebés.

—¿Dónde está papá? —Finalmente conseguí captar su atención; se acercó a mí y, con sus ojitos curiosos, tan parecidos a los de su padre, me miró fijamente.

—Papá y yo nos habíamos perdido el uno del otro.

—¿Dónde está papá? —Aprovechó mi silencio momentáneo para preguntar de nuevo.

—Deja que mamá termine de hablar. ¿Sabes cuando mamá te dice que le des la mano y camines cerquita de mí para no perderte?

—¿Papá te soltó de la mano? —cuestionó asustado, y yo hice una mueca.

No había otra manera de contarlo; cuando fuera mayor y entendiera más, si fuera necesario, le contaría cómo fue realmente.

—Sí. Él se soltó de mi mano, nos perdimos, pero ahora nos hemos encontrado. Todo ha salido bien. —Forcé una sonrisa, para ver si se le pasaba la preocupación, pero su expresión de querer llorar solo aumentó—. Está todo bien, mi amor; hemos encontrado a papá, tú y yo, juntos, allí en el avión.

—¿Dónde? —preguntó confuso.

—James. —Contuve el llanto, porque su cabecita parecía más confusa aún—. ¿Recuerdas que lo vimos en el aeropuerto? ¿Avión? Pues, lo encontramos y ahora estamos aquí.

—Yo estoy aquí —dijo James detrás de mí; me llevé la mano al corazón asustada y mi hijo retrocedió cuando él se acercó.

James llegó en el momento justo, o no, ya que prefería seguir hablando con él a solas antes de entregárselo. Cielos, ¿tendría que dejarlo con su padre?

—Hola Julio, ¿está buena el agua?

—Mamá —rezongó alejándose dentro de la bañera, y me levanté para cogerlo en brazos. Lo envolví con una toalla, él me abrazó y miré al padre del niño, que parecía destrozado.

—Está todo bien, mi amor. ¿No jugaste con James esta mañana? ¿No es majo?

—Sí —respondió bajito, todavía apretándome fuerte, lo que me hizo ver mi miedo reflejado en él. Los niños se daban cuenta de todo, ¿cómo era posible? Tendría que ceder, por él.

—Y mañana tendremos un día increíble, porque un piloto va a cumplir años —James sacó la mano de la espalda y enseñó un regalo envuelto. Aun así, mi hijo parecía tener miedo de enfrentarse a su padre, que tenía algo en mente para mañana que yo misma no había planeado—. Estoy muy feliz de ser tu padre, Julio. Nuestro nombre empieza por la misma letra, nos gustan los macarrones y los aviones.

—Puedes ir con papá, mi amor. Mamá se queda bien, ¿vale? —Levantó la cabeza y me miró expectante. Forcé una sonrisa y le hice un gesto a James, que lo cogió de mis brazos. Con una fuerza gigantesca, se lo entregué sin demostrar cuánto me afectaba eso.

Feliz por ver el regalo y con la sonrisa de James, que creo que era la primera vez que la veía de forma tan genuina, los dos salieron del baño hacia la habitación y yo me quedé con las lágrimas cayendo mientras recogía el baño.

—¡Ven, mamá! —me llamó Julio desde la puerta y luego corrió a la cama de su padre. Era un juego de varios aviones de juguete, algo que yo nunca podría haberle dado y que me hacía sentir profundamente insignificante.

Joder, era lo mejor para él. En este momento, lo único que podía ofrecerle era amor y la amenaza velada de Dante Mercy; o sea, mi hijo se merecía más y yo no podía ser tan egoísta como para privarle de su padre, por mucho que él se mereciera sufrir.

En esta lucha de egos y rencor, quien saldría perdiendo era el niño, así que podía felicitarme por no oponer resistencia, ya que de su parte solo recibía amor. No se podía negar: James Blat estaba dispuesto a ser una figura paterna decente.

—Puedes llamarme papá —dijo cuando salí del baño e intenté pasar desapercibida por su lado.

—Mamá, es papá, lo hemos encontrado. —Julio bajó de la cama a toda prisa, me cogió de la mano y la juntó con la de James —. Ya está; no os podéis soltar, si no, os perdéis. —Volvió a subir y ni se dio cuenta del vuelco que esa acción me provocó en todo el cuerpo.

Me tumbé boca abajo en el colchón al lado de James, que estaba en una postura parecida, y finalmente lo miré. Había tantas cosas inexplicables en el brillo de sus ojos que necesité un apretón en mi mano para volver a la realidad. Con sutileza, me indicó que mirara a mi hijo.

No, a nuestro hijo.

Lo vimos jugar e invitarnos a participar con otros aviones. No nos soltamos de la mano y Julio parecía comprobar a cada rato si seguían así. La historia que le conté, por lo visto, lo traumatizó más de lo que le ayudó.

—Tenemos que ponernos algo de ropa y dormir —dije finalmente soltándome y sintiendo el frío provocado por la falta de contacto. Lo último que necesitaba era interpretar el gesto de mi hijo como un acercamiento amoroso.

—No quiero domi, mamá —rezongó sentándose en la cama.

—Obedece a mamá, para que mañana juguemos mucho y cantemos el cumpleaños feliz —James cogió los juguetes mientras yo cargaba a Julio, y me sorprendieron sus palabras. Fuimos a la habitación de invitados; él dejó los aviones en una esquina mientras yo le ponía la ropa al niño.

—¿Quieres hacer pipí? —le pregunté a Julio, que bostezó y me abrazó en cuanto terminé de ponerle el pantalón del pijama.

—¡Brazos! —pidió, y lo cogí, como hacía siempre, sintiéndome mejor de las piernas para mecerlo.

James salió de la habitación, pero cuando me giré para cerrar la puerta, allí estaba él, apoyado en el marco y observándonos. Me llevé un dedo a la boca, mecí al niño y en pocos minutos se rindió al sueño, ya que había jugado mucho con el agua justo después de comerse un buen plato de macarrones hecho por doña Clotilde.

Lo acosté en la cama rodeado de cojines y salí del cuarto, notando que el dueño de la casa parecía querer hablar conmigo. Desprendía tantas cosas inexplicables que, cuando nos quedamos solos en el pasillo, me acerqué a él y le abracé por la cintura, haciéndole suspirar.

—Qué bien sienta esto —dijo acariciándome la espalda y respirando profundamente varias veces. Aunque él se estaba aprovechando y parecía necesitarlo, yo también lo hacía, para dejar de sentir miedo a perder a mi hijo.

—Por favor, nunca me quites a Julio —supliqué.

—Esa es una promesa que puedo cumplir, independientemente de lo que esté pasando conmigo. —Me apretó entre sus brazos y luego nos separó—. Yo también tengo derecho sobre él, pero tú eres la madre; llevaste el embarazo sola y no me impediste estar con él, a pesar de que las circunstancias contribuyeron a ello.

—Confieso, James, que nunca le habría dejado acercarse a ti si no fuera por la amenaza. —Desvié la mirada de la suya, dolida—. Pero ese resentimiento es mío; Julio no va a sufrir por mi culpa.

—¿Has cenado ya? —Cambió de tema y volvió a su habitual tono serio.

—Todavía no; estaba esperando a... —No terminé la frase, y menos aún cuando noté que me ardía la cara. Me adelanté para llegar antes a la cocina y calentar la comida. Miré el reloj de la cocina y me di cuenta de lo tarde que era—. Dios mío, ¿Julio ha aguantado despierto hasta las once?

—El día ha sido intenso. —Se puso a mi lado y abrí la nevera para disimular—. ¿Dónde está Clotilde?

—Le dije que yo me encargaría de servirte, aunque llegaras de madrugada. Necesita dormir; Julio le ha dado tanto trabajo a ella como a mí. —Le enseñé el plato con pollo y verduras y el otro con macarrones—. ¿Cuál prefieres?

—Lo mismo que elegiría nuestro hijo —respondió sentándose a la mesa y dejándome aturdida. Pensar en la palabra nuestro era una cosa, pero oírla de su boca era otra muy distinta.

—Macarrones —respondí saliendo del trance, guardando el pollo y metiendo el plato, que nos serviría a los dos, en el microondas.

Si el día había sido largo, la noche lo sería aún más, porque en mi interior podía presentir el cambio de sensaciones solo por cómo se me aceleraba el corazón.



Capítulo 21

Flaviane

—He traído tu portátil arreglado y un móvil.

—De verdad necesito encontrar una forma de recompensarte, James. —Miré el microondas y luego a él con la mano en la cintura—. Una cosa es ayudarme por Julio, y otra hacerlo solo por mí.

—Puedes hacerlo trabajando conmigo —dijo serio, y tuve que mirarlo fijamente unos segundos para percibir la importancia de sus palabras.

—Sé que Willis es tu amigo y necesito trabajo, pero estoy harta de jefes abusivos en mi vida. Prefiero cambiar de sector y

trabajar en la limpieza.

—Podrías contarme qué pasó realmente entre tú y él —pidió con suavidad cuando la comida terminó de calentarse.

Puse el plato en la mesa a toda prisa, busqué otros dos en el armario y cubiertos, y nos serví sin preguntar cuánto quería, porque solo de recordar lo que pasé, me incomodaba profundamente.

—Lo que pasó puede que ya no sirva de nada o puede que él incluso haya cambiado. ¿Por qué recordarlo? —Antes de sentarme, busqué vasos y una jarra de zumo en la nevera para servirnos. James cogió los cubiertos solo cuando lo hice yo.

—Como tú misma has dicho, es pasado, pero me gustaría saberlo. Te vendrá bien desahogarte.

—Ah, James Blat, no quieras ir por ese camino; no voy a parar de hablar y, si me pones mala cara, te daré una patada en los huevos. —Me di cuenta de que se acomodó mejor en la silla y me reí por lo bajo empezando a comer. No le debía nada a nadie y al mismo tiempo sí—. Lo escuché por teléfono pasando información de una exclusiva que íbamos a publicar; en este caso, una que había hecho yo misma.

—¿Con quién hablaba? —preguntó serio y comiendo también.

—No lo sé, pero sabía que era alguien de fuera de la empresa, porque exigió un pago por la información, algo así como: «yo he hecho mi parte, ahora quiero mi cuenta con más de cuatro ceros antes de la coma».

—¿Willis? —cuestionó sorprendido, y yo hice una mueca.

—Puede que fuera solo una vez o, no sé, paranoia mía. La cuestión es que lo escuché porque estaba tomando café y, cuando me vio, sacó toda su amargura echándome la bronca delante de la compañera por pasar más tiempo con el café que produciendo.

—Entonces, otra persona lo escuchó también.

—Oh, Dios mío, Karine. —Solté los cubiertos y me llevé la mano a la boca, sin acordarme siquiera de esa situación y de la complicidad.

—Karine estaba al tanto de la situación.

—O no; tienes que entender que tengo un oído biónico. —Volví a comer, pero James no lo hizo—. Joder... ¿cómo consiguió Karine hacerse socia de JB?

—Mi madre la puso como su representante en la sociedad; Willis confiaba en ella. —Resopló sonriendo con ironía—. Ahora se explican muchas cosas.

—¿Crees que te está poniendo los cuernos con él?

—Bueno, si lo estaba, mi orgullo tendrá que lidiar con ello, porque ya no importa; ya no estamos juntos. —Con violencia, pinchó los macarrones con el tenedor y se los metió en la boca.

—¿Has cortado con ella? —Sentí el peso de la culpa y él se encogió de hombros.

—Podría echaros la culpa a ti y a Julio de mi decisión, pero seré sincero como nunca lo he sido, Flaví. —Soltó los cubiertos bruscamente, bebió un trago de zumo y demostró que le estaba costando actuar así—. Estuve con Karine por una insatisfacción personal; era un medio para un fin. Mi madre quería la empresa y yo no estaba dispuesto a dársela, porque mi padre y yo la construimos solos.

—¿Querías vengarte de tu madre? ¿Creíste que estando con Karine conseguirías algo? —Deduje comiendo más deprisa, porque la ansiedad por saber más del tema estaba cobrando fuerza—. ¿Fue eso lo que te hizo olvidar que tenías un hijo en camino?

—Estaba irritado y ciego, Flaviane. ¿Hasta cuándo me vas a culpar? Estoy haciendo mi parte y no es por obligación. —Se levantó de la silla con indignación y me arrepentí de haber hecho la

acusación—. Amo a ese niño y estaré presente en su vida, aunque me cueste estar en guerra contigo todos los días.

Me metí un último bocado de macarrones en la boca y mastiqué con dificultad; tragar fue como tragar piedras. Tenía que guardar mi rencor para que se fuera yendo poco a poco por el desagüe y no echártelo a la cara, más aún cuando demostraba que estaba dispuesto a cumplir su papel.

¿Qué más podría exigirle al padre de mi hijo?

Estaba a punto de levantarme y recogerlo todo cuando volvió apresurado, se sentó y suspiró estirando los brazos sobre la mesa y dejando sus manos cerca de mí.

—No dejaré que pase de nuevo. No debería haber entrado en ese tema contigo, porque el día ha sido jodido. Karine ha roto conmigo y va a dar una entrevista exclusiva para la columna de Famosos de JB; quiere dejarme en evidencia y odio todo eso. —Dejé que mis manos se posaran sobre las suyas y él suspiró—. Después fui a ver a mi madre y le vendí mi parte de la empresa; ella ya tenía hasta el contrato listo, solo faltaba mi firma.

Estaba demasiado impactada para responder y atenta a las sensaciones que sus manos en las mías causaban.

—Después hablé con el departamento financiero, me encargué de tu portátil, del móvil, y di vueltas por el centro comercial durante horas para comprar regalos para Julio. —Desvió la mirada avergonzado—. Creo que me he pasado.

—Esos aviones eran muy chulos —respondí con suavidad, y él se encogió de hombros.

—El maletero de mi coche está lleno de paquetes, pero pensé en dárselos mañana.

—Perdona —dije en voz baja, apretándole los dedos—. Estoy intentando no recordar con rencor los meses de embarazo, que

fueron los peores para mí. Cuando nació Julio y mi hermana me enseñó su trabajo para que la ayudara, las cosas mejoraron.

—Y a propósito de eso, quiero que trabajes conmigo. Vamos a crear una nueva empresa de noticias con una propuesta original. —Me agarró de los brazos para arrastrarme, silla incluida, alrededor de la mesa y acercarme a él. El ruido ni siquiera pareció molestarle; tenía la mirada clavada en mí—. Luchar contra mi madre ya no tiene sentido cuando tengo un hijo que criar, contigo.

—Eso es muy íntimo, James. No somos novios ni nada; no conoces mi trabajo ni cómo soy en el día a día. Ni siquiera hemos equilibrado la balanza de los buenos y malos momentos de estar juntos.

—Tenemos un largo camino por delante, así que no hay tiempo que perder.

Apartó la silla, tiró de mí para que cayera en su regazo y se apoderó de mi boca con prisa. La mezcla de sabores, con el zumo y los macarrones, pareció excitarlo aún más, porque me acomodó en su regazo, me apretó el culo y me hizo sentir su miembro duro bajo el pantalón.

Aunque correspondía al beso, todavía estaba asustada y buscando fuerzas para apartarme, pero cuando su mano se coló por debajo de mi blusa y encontró mi pecho —que llevaba un sujetador sencillo, sin relleno ni aros por estar en casa—, me desconcertó de placer y me transformó.

Saldría de la sequía de más de tres años esa misma noche.



Capítulo 22

Flaviane

Dejé que sus manos me dominaran y estimularan mi cuerpo, que había cambiado desde el embarazo. Las estrías, los michelines y el nulo bronceado eran de las cosas que más me incomodaban; o sea, que necesitaría un lugar a oscuras para terminar lo que íbamos a empezar.

Moví las caderas de forma sensual hacia delante y hacia atrás, sintiendo cómo mi short vaquero me estimulaba y hacía lo mismo con él, que se notaba duro.

—Esta vez no estarás borracha —dijo antes de empezar a besarme el cuello e intentar quitarme la blusa.

—Quizá necesite un poco de alcohol; hace mucho tiempo. —Me bajé de su regazo y tiré de su mano para que se levantara. Su mirada era confusa, lo que me hizo dudar—. Tenemos un niño en casa; necesitamos una habitación con la puerta cerrada con llave, pero que esté cerca de él por si llora o se despierta. ¿Vale?

Fue suficiente para que volviera a dominar la situación; me levantó por el culo, intenté rodear su cintura con las piernas, pero no pude, así que me reí mientras caminaba conmigo hasta su cuarto.

—No soy la misma de aquel día. Cielos, ni siquiera puedo hacerte la pinza con las piernas.

—A mí me parece bien —dijo con voz ronca cerrando la puerta de su cuarto y echando la llave—. Y si estamos a medias...

—No digas eso. —Le tapé la boca y se asustó—. Julio siempre se despertaba cuando yo lo gafeaba. Vamos a dejarnos llevar; si pasa, ya nos las apañaremos. —Como no se movía del sitio, salté de sus brazos—. ¡Vamos, tenemos el tiempo contado!

Volvió a besarme, ahora sujetándome la nuca mientras la otra mano me apretaba la cintura. Su brazo contorneaba mi espalda y poco a poco sentía que bajaba hasta mi culo. No me quedé atrás y le quité la americana para apretarle los brazos y sentir su estructura física. James era alto, firme y con muchos músculos, uno de los motivos por los que consiguió cargarme sin mucho problema.

Empecé a desabrocharle la camisa y él intentó quitarme la blusa, a lo que me negué de nuevo.

—¿Qué pasa? —preguntó confuso, y continué con mi tarea.

—Espera y verás —respondí osada, solo para disimular mi vergüenza.

Cuando su torso quedó expuesto, lo empujé hacia la cama para que se tumbara boca arriba. Parecía atento a cada movimiento, por eso me dediqué a quitarle la ropa y los zapatos con lentitud, hasta que fui al vestidor, encendí la luz de allí y apagué la del cuarto.

Menos mal que no cuestionó nada. En bóxer negro, me observó volver quitándome la ropa, prenda por prenda, hasta quedarme solo en bragas. Inspiré profundamente para no acomplejarme por unos pechos que ya no eran tan firmes como en aquella época, subí a la cama de rodillas y cubrí su cuerpo con el mío para besarle la boca.

Rápidamente me puso debajo de él y el frenesí comenzó; ahora era piel contra piel, su dominio sobre mi intento de sumisión. La confianza que tenía en este terreno se había esfumado en el momento en que fui rechazada estando embarazada.

Impedí que mis pensamientos fueran por ese lado, más que nada porque el placer estaba encendiendo mi cuerpo. Parar lo que habíamos empezado no era una opción, a no ser que Julio lo hiciera.

Su mano apretó mi pecho de nuevo, ahora desnudo, y jugó con el pezón. Sus labios se apartaron de los míos con lentitud; nuestra mirada, incluso en la penumbra, estaba conectada. Bajó por mi cuerpo dejando besos, chupando mis pechos y haciéndome retorcer de placer. Cuando besó mi barriga, cerré las piernas y temí lo que podría pasar a partir de ahora. Eran muchas sensaciones femeninas; me había olvidado de mí misma como mujer y me sentía como una mariposa saliendo del capullo.

Me quitó las bragas con cuidado, me abrió las piernas mirándome a los ojos y me tocó sonriendo satisfecho.

—Mojada. —Introdujo un dedo en mí y lo curvó para tocar mi punto G—. Apretada.

—James... —gemí moviendo las caderas hacia arriba.

—Voy a hacerte sentir bien —prometió bajando la cabeza y abriéndome los labios mayores para que su lengua tocara mi clítoris.

Gemí ante el toque íntimo y su habilidad. Era imposible no pensar que había hecho todo eso con su ex prometida y, con la fuerza de la rabia que quería desbordarse, cerré las manos en las sábanas y contraje la vagina en un intento de impedir correrme,

pero pasó exactamente lo contrario. Abrí un poco más las piernas y me rendí al clímax, ya que no había vuelta atrás ni tampoco quería que la hubiera.

Qué bueno era sentirme mujer, a pesar de tantas cosas que nos rodeaban e impedían que le entregara mucho más que lujuria.

Se levantó de la cama mientras yo cerraba los ojos y me recuperaba. Escuché el ruido del envoltorio del preservativo y enseguida lo sentí colocarse entre mis piernas. Su boca me chupó el cuello y, para provocarme, jadeó mientras intentaba penetrarme poco a poco.

—Estás buenísima, joder. ¿Quieres probar?

No esperó mi respuesta; tomó mi boca y me hizo sentir el sabor que había degustado en su lengua. Era un afrodisíaco prohibido, que me estimuló a levantar las caderas y permitirle entrar en mí lentamente.

Cielos, parecía que me había vuelto virgen de nuevo. Tensé el cuerpo y él se dio cuenta, acariciándome el pelo y esperando que mi mirada encontrara la suya.

—¿Qué pasa? —preguntó con cariño, y le correspondí con una sonrisa triste.

—Siempre había oído decir que la primera vez después del parto sería más complicada, pero no pensé que duraría tanto tiempo. —Me abracé a su cuello y suspiré para controlar las emociones—. Está bien; es como si fuera la primera vez. Ya superé una, la segunda no me va a intimidar.

—Nuestra primera vez —declaró cargado de significado; entró y salió de mí, y se incorporó lo suficiente para observar mi reacción.

Tuve que cerrar los ojos debido a la intensidad que él imprimía en mí. Poco a poco, fui sintiendo más placer que dolor y pude relajarme con una sonrisa en los labios.

Nos dio la vuelta en la cama y me colocó encima, recordando un momento maravilloso que tuvimos y que, probablemente, dio como resultado a Julio. Tuve que incorporarme para comprobar nuestra unión; estábamos protegidos. Subí y bajé con timidez, me apoyé en su pecho y lo hice de nuevo mientras sus manos subían y bajaban por mis muslos, donde estaban parte de mis imperfecciones.

—Preciosa —dijo en voz baja, casi inaudible.

Gané confianza con su elogio y me fui entregando al placer. Primero, con un sube y baja que sabía cuánto placer podía proporcionar; después, meneando las caderas y frotándome, proyectando mis pechos y liberándome de los pudores que existían dentro de mí.

Su mano abarcó mi culo y lo apretó, provocando un vuelco en mi interior. No bastaba con sentirme poderosa; tenía que ser obsequiada con un orgasmo más.

Le demostré cuánto apreciaba su gesto; tomé su polla con mi coño en un vaivén equilibrado con el sube y baja, y él repitió la acción, ahora con las dos manos y exponiendo mi agujero secreto. Alcancé el clímax con pasión y él pareció seguir el camino conmigo, ya que tenía la boca abierta, jadeando. Cuando dejé caer mi cuerpo sobre el suyo, dobló las piernas y me la metió un poco más antes de entregarse por fin y saciarse del fuego que había dentro de nosotros.

Dios mío, ha sido maravilloso; realmente necesitaba esto para olvidarme de todo.

Salió de dentro de mí, me puso de lado en la cama y simplemente estiró el brazo para tirar el condón al suelo.

—No vas a dejar eso ahí para que lo limpie otra persona —le recriminé.

—Tranquila, que yo lo recogeré todo. Solo quería disfrutar de este momento.

Me abrazó besándome la cabeza e hice lo mismo, buscando la confianza y la fuerza que necesitaba. No podía hacerme ilusiones de que esto pudiera convertirse en algo más, sobre todo porque lo más importante para nosotros no podía verse perjudicado: Julio.

Me zafé de sus brazos cuando me di cuenta de que estaba excediendo el tiempo permitido para un polvo casual, salí de la cama y recogí mi ropa del suelo a toda prisa.

—¿A dónde vas?

—A ducharme y a dormir con Julio; podría caerse de la cama.

Era una excusa barata, pero sirvió, y tal vez incluso más de la cuenta, ya que se sentó en la cama poniendo los pies en el suelo y no dijo nada más.

Me detuve antes de salir de la habitación y, sin encender la luz, corrí a la mía, porque mi maltrecho corazón estaba dispuesto a hacer algo de lo que se arrepentiría al final.



Capítulo 23

James Blat

Flaviane siempre había sido sincera; por primera vez la veía usar los mismos mecanismos de protección que usaba yo, y no me hizo gracia. Debería respetarlo y, quién sabe, sentirme identificado, pero no; estaba cabreado y ni siquiera tenía derecho a estarlo.

¿Cuál sería el verdadero motivo para huir de mí después de un momento tan bueno? La verdad es que lo único que impidió que fuera maravilloso fue que apagara la luz. Vernos habría sido increíble, pero, una vez más, ella parecía dispuesta a esconderme algo.

Antes de dormir, me di una ducha, tiré correctamente el condón e incluso fui a la cocina a guardar la comida, algo que no

solía hacer. Su reprimenda había surtido demasiado efecto en mis acciones y me di cuenta de hasta qué punto la madre de mi hijo podía dominarme si no me andaba con ojo.

¿Y por qué tenía que recular? No la conocía lo suficiente para saber sus intenciones, aunque haber criado sola durante tres años a un hijo que era clavado a mí era motivo suficiente para darle un voto de confianza sobre que no quería aprovecharse.

Coloqué su portátil y el móvil en la mesa de mi despacho, donde los dos podríamos compartir espacio. No había aceptado trabajar conmigo, pero yo usaría muchos argumentos de persuasión, como resolver su problema con Dante Mercy. Eso me recordó la tarjeta de un comisario que conseguí durante mis visitas a la empresa de seguridad que contraté; sería un buen contacto para ayudarnos con la investigación.

Cuando creí que podría volver a la habitación y dormir, miré el reloj del despacho y me di cuenta de que pasaba de la medianoche. ¿A qué hora había nacido mi hijo? ¿Cómo fue el parto?

Dejé las preguntas a un lado y me centré en prepararle un buen recibimiento. Traje algunos de los juguetes y la ropa que había comprado, los esparcí por el salón y me rasqué la cabeza, con la otra mano en la cintura, al darme cuenta de que me había pasado tres pueblos, aunque eso ni siquiera era todo.

¡A la mierda! Tenía tres años que recuperar y una cosa que sabía bien era que le daría todo lo que no pude tener. Recursos me sobraban, aunque tuviera que controlarme por estar montando una nueva empresa. No por eso él iba a quedarse en segundo plano; era posible compaginarlo.

Me tumbé en la cama donde predominaba el olor de Flaví y di muchas vueltas antes de rendirme finalmente al sueño. Había demasiados estímulos como para no recordar o pedir más.

Me despertaron unas manitas en la cara.

—Jamis, Jamis —llamó bajito, y no le respondí, porque esperaba mi título y no mi nombre—. ¿Papá? —Me dio toquecitos en la cara y abrí los ojos con una amplia sonrisa.

—Buenos días, hijo —dije con la voz ronca por el sueño y la emoción de las palabras. Lo cogí por las axilas y lo subí encima de mí. Sus ojos, iguales a los míos, brillaban de curiosidad.

—¿Depieto? —preguntó sonriendo.

—Sí, papá está despierto. ¿Sabes qué día es hoy?

—No. —Apenas respondió; abrió mucho los ojos, se bajó de mí y se puso a saltar en la cama—. Avión, vamos a ver vión.

—Es tu cumpleaños y tienes un montón de regalos esperándote en el salón.

El niño era espabilado; dejó de saltar y salió de la cama como un cohete, dejando la puerta abierta y permitiéndome observar, aún tumbado, su euforia al llegar a la sorpresa.

Segundos después, Flaví salió de su cuarto y se giró para mirarme. Parecía cortada al verme tumbado, y yo quería sentirme lo bastante íntimo como para llamarla, besarle la boca y desearle los buenos días.

Por eso, salí de la cama y fui hacia ella, que caminaba hacia el salón. Doña Clotilde ya estaba allí, ayudándolo a rasgar los envoltorios.

—Buenos días —murmuró apoyada en la pared y luego saludó a mi ama de llaves; yo hice lo mismo. Atrevido, me puse detrás de ella, también apoyado, observándolo todo—. Gracias.

—¿Por lo de ayer? —pregunté esperanzado, y ella suspiró antes de responder:

—Los regalos. —Se giró hacia mí cuando me aparté, un poco molesto por su respuesta. No necesitaba agradecimientos sobre mis obligaciones como padre—. Ciertas cosas no se agradecen, solo se

disfrutan. —Se volvió de nuevo hacia el salón y se cruzó de brazos—. Mi hijo nunca ha tenido un cumpleaños decente y tú se lo estás dando; te lo agradezco.

—Nuestro hijo —le susurré al oído sin controlar mi indignación; me senté en el suelo cerca de Julio y recibí un caluroso abrazo suyo.

Entendía que necesitaría tiempo para cambiar la costumbre de llamarlo solo suyo, pero mi reacción era inevitable.

—¡Avión! ¡Tractor! —El niño saltó a mi regazo, cogió a su madre de la mano y la unió con la mía, como hizo el día anterior—. Aquí, no se pierde.

Nuestra unión era una mezcla de esperanza y confort, que ella deshizo al caminar hacia la cocina.

—Voy a preparar nuestro desayuno, ahora vuelvo.

—No se preocupe, yo me encargo de todo. —Clotilde intentó darse prisa, pero al final se quedaron las dos en la cocina y yo tuve mi momento con Julio.

Sin saber con cuál empezar a jugar, cogí un cochecito e intenté recordar mi infancia, cómo jugaba y la emoción de hacer algo tan simple. Julio me siguió el juego; se subía a mi espalda, luego me abrazaba o simplemente me llamaba papá para acariciar un poco mi ego herido.

Si hubiera sabido que ser padre me aliviaría de tantas ambiciones sin sentido, lo habría hecho mucho antes de mis 36 años.

Joder, me estaba haciendo viejo; tenía que acelerar la creación de la nueva empresa.

Después de insistir mucho, Flaviane consiguió llevarse a Julio a desayunar. Los tres estábamos juntos compartiendo la comida y celebrando el nacimiento de mi hijo.

—¿Cómo fue ese día, cuando nació? —le pregunté a la mujer a la que admiraba sin darme cuenta, mientras servía al niño y comía al mismo tiempo.

La pillé por sorpresa; parecía que el momento estaba siendo demasiado y, para variar, yo quería mucho más.

—¿Hace tres años? —Era retórico, por eso no respondí—. Sentí contracciones desde el día anterior. El médico me examinó en urgencias y me mandó a casa, porque la bolsa no se había roto y solo tenía dos centímetros de dilatación. Estaba de 39 semanas.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Hasta cuántos centímetros va?

—Diez. —Se rio por lo bajo cuando abrí los ojos como platos. Se distrajo mirando a Julio y continuó—: Mi hermana no estaba en casa conmigo; no conseguía dormir, anotando cada cuánto tiempo venía la contracción. Hasta ahí no dolía tanto.

—¿Dónde estaba Cristiane? ¿Por qué no te hicieron cesárea? —cuestioné al darme cuenta de que parecía ser más fácil o menos sufrido.

—No sé, porque no sabía que podía elegir. Como mi atención fue por la sanidad pública, la orientación era escasa y yo... —Se encogió de hombros y comió un trozo de fruta—. Confieso que, en aquella época, todavía no me había hecho a la idea de tener un hijo. Pero cuando surgieron las contracciones reales, dentro de un taxi yendo a la maternidad, ahí sí sentí que era real.

—¿Cómo? —Imaginé toda la escena que me describió, aunque fuera mínima, y sentí una punzada de arrepentimiento. ¿Qué estaba haciendo yo en aquella época?

—Era la una de la tarde cuando las contracciones empezaron a ser cada cinco minutos. Ya estaba de nueve centímetros de dilatación cuando el médico me examinó; fui directa a una habitación, me rompieron la bolsa y una hora después nació Julio: 49 cm y 3,875 kg. —Sonrió con orgullo, esta vez mirándome a los ojos—. Parece mentira que naciera por ese agujero y ahora doliera

un poco para... ya sabes —susurró divertida, y aproveché la brecha para que el humor continuara así.

—Creo que la culpa ha sido mía; necesito una segunda vez para mejorar la situación. —Le guiñé un ojo al notar que se quedaba cortada y le tendí la mano a Julio—. Entonces, hijo, ¿naciste a las 14:00? ¡Vamos a cantar el cumpleaños feliz!

—¡Viva, felicidades, quiero tarta! —respondió animado y llevó mi mano hasta la de su madre—. No se pierde.

No pude resistirme y me la llevé a la boca, la besé y me levanté para mantener el buen ambiente que teníamos. Teníamos un día entero para festejar y esperaba que siguiéramos así, compenetrados.

—Ahora, vámonos al hangar a ver un avión de verdad —anuncié, y salí del comedor para darme una ducha de agua fría y apagar mis ganas de repetir lo de anoche.

Ahora los planes eran familiares, no de pareja.



Capítulo 24

Flaviane

¿Estaba mal sentir celos de la relación que acababa de empezar entre James y Julio? Era una mezcla de emociones: felicidad por poder brindarle un día maravilloso y, al mismo tiempo, rabia porque él hubiera privado a mi hijo de esto durante tres años. Ah, sin olvidar mi impotencia por no poder hacer algo así; al fin y al cabo, yo solo lo llevé al aeropuerto después de mucho tiempo, en plena crisis.

Con el móvil de James, les hice fotos a los dos en el avión y fuera de él, y solo a mi hijo, y me encerré en mí misma, sin querer formar parte de esa felicidad. Parecía fácil decir que tenía que dejar de ser rencorosa u olvidar el pasado, pero aquellas palabras sobre

que yo quería «cazarle con el embarazo» aún eran una herida abierta que sangraba con cada sensación de impotencia.

Nunca sería tan buena como James Blat, y eso que él acababa de llegar.

—¡Ven, mamá! —me llamó Julio y, para disimular, cogí el móvil y les hice fotos aleatorias a los dos. —¡Fotos no!

—Es tu cumpleaños; hoy se pueden hacer un montón de fotos —repliqué quedándome en la misma posición.

—¡No se pierde! —dijo enfadado tirando de su padre para acercarlo a mí y unir nuestras manos.

Era bueno y un castigo al mismo tiempo: tener a un hombre que podría ser no solo un buen padre, sino un buen marido. La crueldad de soñar con eso me impedía interactuar con más alegría.

—Se está dando cuenta de que estás molesta por algo —susurró James. Tuve que controlar mis ganas de darle un puñetazo en la barriga, ya que la culpa era toda suya.

Cerré los ojos y suspiré en cuanto me di cuenta de lo mucho que me estaba haciendo la víctima, cuando no había ningún agresor cerca.

—¿Qué tal si vamos a comer? —Le solté la mano a James con reticencia y me agaché para acercarme a Julio, que retrocedió hacia su padre—. Los aviones no llenan la barriga, Julinho.

—Quero jugar más —rezongó dando una patada en el suelo, y puse mala cara cuando se agarró a la mano de James buscando apoyo—. Papá, quero jugar más.

—Yo tengo hambre, ¿tú no? —Me levanté y James se inclinó para coger a su hijo en brazos.

—Tu madre tiene superpoderes; sabe hasta cuándo tenemos hambre. ¿Qué te parece?

—¡Mamá es la Mujer Maravilla y yo soy Superman! —Levantó los brazos e hizo el gesto de estar volando. Realmente le gustaba el cielo—. Tú eres Batman. —Le dio un toquecito en el pecho y nos miramos divertidos. Si había alguna animosidad en mí, solo observar la alegría de mi hijo hizo que amainara la turbulencia de mi cabeza y mi corazón.

—Misterioso y cerrado, igualito a ti —le provoqué solo para verle reflexionar con el ceño fruncido.

—Solo me faltan la fortuna y la tecnología —respondió esbozando una sonrisa—. Vamos, superhéroe, hora de comer.

—¿Habrá algún sitio reservado donde el niño pueda jugar? —pregunté preocupada, recordándome después de tanto tiempo de la amenaza que tenía a mis espaldas.

—Si estás preocupada por ese asunto, tenemos escoltas siguiéndonos. Puedes estar tranquila. —Me rodeó la cintura, me besó la frente y caminamos así un rato. Fue un movimiento involuntario suyo, más aún cuando sentí que se tensaba y enseguida me soltaba al tomar conciencia.

Se estaba tan bien; me hizo sentir en una familia como un día soñé y enterré, ya que el final feliz de una madre soltera nunca era como el de las películas.

Entramos en el coche conmigo y Julio en el asiento de atrás y James al volante. Le entregué el móvil y, antes de arrancar, miró las fotos que hice.

—Están preciosas. Quiero revelar algunas y ponerlas en el despacho. —Le enseñó la pantalla a su hijo—. Mira qué grande sales aquí, Julio.

—¡Soy fuerte! —respondió Julinho animado.

—¿Y tú? —preguntó asustado—. No hay ninguna foto tuya.

—Solo soy la madre, James. ¿Por qué ibas a querer una foto mía?

Me miró con tanta indignación que repasé la frase en mi cabeza varias veces buscando qué había dicho mal. Joder, ¿qué tenía que ver yo con su hijo?

Como desvié la mirada avergonzada, él se centró en la carretera, arrancó el coche y condujo sin decir nada más; sin embargo, dejó en el aire un peso incómodo. ¿Se creía que podíamos jugar a las casitas? Vale, tuvimos un momento, me sentí muy bien, pero no quería hacerme ilusiones; al fin y al cabo, él acaba de salir de una relación de cuya ruptura, por cierto, fui yo la culpable.

No dejamos de querer a una persona con un chasquido de dedos. Incluso antes de ser madre sabía separar el placer de la relación, más que nada porque nunca tuve nada duradero.

Sleeping Wolf – Grayscale

Aquellas canciones intentaban calmarme, pero solo empeoraban la situación.

—Podemos pedir comida en un drive-thru y terminar el día en casa con los juguetes que he comprado. —A pesar de no parecer contrariado por seguir mi petición, en mi interior sentía que sí lo estaba.

Era jodido lidiar con todo esto; yo quería mi casa, la base que me sostenía... mi hermana.

—Prefiero eso —respondí seria—. Aprovecharé para echar un vistazo a mi portátil, para saber si aún tengo correo y redes sociales.

—Como quieras.

Podría haber contestado cualquier cosa, menos eso. ¡Uf! Odiaba cuando alguien se mostraba pasivo precisamente para restregarme por la cara lo infantil o incluso mezquina que estaba siendo.

Mantuve la compostura mientras él nos compraba la comida; Julio se comió las patatas mientras íbamos a casa y mi mirada parecía buscar la suya, que no miró por el retrovisor interior ni un segundo.

¿Estaría dispuesto a tener una conversación sincera? Nunca fui de guardarme lo que llevaba dentro; sinceridad siempre, le duela a quien le duela, pero la cautela parecía querer tomar la delantera, cosa que nunca formó parte de mi vida.

Llegamos a casa de James, fuimos directos al comedor y comimos en silencio; bueno, al menos yo. Los dos jugaron y estaban relajados, mientras yo parecía cada vez más sumergida en mi infierno personal.

—¿Te quedas con él? —pregunté cuando ni el refresco me bajaba ya por la garganta.

—Descuida, me tiene a mí y a doña Clotilde —respondió serio, pero demostró un poco de preocupación por mí. Odiaba saber que el hombre que me abandonó estando embarazada parecía estar mucho mejor que yo ahora.

¿Por qué quería competir? ¡Por Dios!

—Voy a mirar el portátil; creo que tengo mono de trabajo. —Me levanté—. ¿Dónde está?

—Lo he puesto en el despacho, está encendido y funcionando. Aprovecha y configura tu móvil; ya he guardado mi número en la memoria interna. —Asentí y le di la espalda—. Para cualquier cosa, estamos aquí. —Miré por encima del hombro e intentó dedicarme una sonrisa reconfortante—. Puedes llamarme.

O sea, que estaría listo para ayudarme.

Volví para besar la frente de mi hijo solo para acercarme a aquel a quien quería dar las gracias.

—Te quiero, Julio. Feliz cumpleaños.

—¡Avión, mamá! —Enseñó una patata frita volando y sonreí, recibiéndolo como si fuera su forma de decirme cuánto me quería también. Cielos, el tiempo pasaba rápido; ¡ya pronunciaba la palabra perfectamente!

Era demasiado injusto exigirle a un bebé que se comportara como un adulto. Si ni mis padres me decían cuánto me querían, ¿por qué exigírselo a él? Si alguien tenía que hacerlo diferente sería yo, para enseñarle que no tiene nada de malo decir que quieres a otra persona.

Abrí la puerta del despacho y vi los dos ordenadores uno al lado del otro. Una visión de nosotros dos trabajando juntos me llenó el pecho de satisfacción y enseguida la aparté, porque estaba soñando demasiado; tenía que mantener los pies en la tierra.

Me senté en la silla frente a mi portátil, cogí el móvil y lo encendí, dándome cuenta de que tendría que empezar todo de cero. Seguí los pasos de la configuración inicial, introduje mis datos y el correo electrónico, que no parecía haberse perdido. Conseguí recuperar mis contactos, correos y algunos mensajes.

Ojalá mi vida pudiera ser así: si pasaba algo malo, simplemente la formatearía y restauraría solo las copias de seguridad que yo quisiera. Sería sencillo, pero también sin emoción, ya que las máquinas no demuestran sentimientos.

Me acordé de estar encima de James Blat, entregándome al placer, y me di cuenta de que esa sensación no la cambiaría por nada, por muy crueles que pudieran ser las relaciones.

Lo primero que hice cuando todo estuvo listo fue llamar a mi hermana. Sin señal; ni siquiera recibió mis mensajes y, para quedarme tranquila, le envié otros dos.

Debería estar aquí, celebrando el cumpleaños de su sobrino, que ni siquiera había preguntado por su tía. ¿La olvidaría si no volvía pronto?

¿Qué habrá liado Cristiane?



Capítulo 25

Flaviane

El tiempo de las preguntas había terminado; ahora era el momento de las respuestas.

Dejé el móvil a un lado y le llegó el turno a mi portátil. Había sido formateado, lo que lamenté, ya que no podría encontrar nada sobre Dante Mercy. También tuve que hacer las configuraciones iniciales y, cuando todo estuvo listo, encontré una carpeta llamada BACKUP.

Fue inevitable sonreír; James Blat era un pozo de eficiencia, no en vano había construido un imperio. Por mucho que me hubiera hablado de estar en crisis, seguro que no era por su culpa. O tal vez sí, ya que estaba tan centrado en una venganza sin fundamento.

Yo entendía de problemas con los padres; la conversación con mi madre, la última vez que hablé con ella, no fue amistosa, pero no por eso me enfrentaría a ella. Ella me quería casada; una hija suya no sería madre soltera. De nada serviría explicarle que mi estado civil no tenía nada que ver con criar a mi hijo sola. ¿Qué quería que hiciera? ¿Que lo abandonara o, peor aún, que me casara con el primero que quisiera cargar conmigo?

La mentalidad tradicional condenaba a las que tenían hijos de forma independiente y eximía al hombre de culpa. ¿Por qué no decir que el hombre que no asumió la paternidad nunca pisaría su casa, en vez de repudiar a su propia hija?

En fin, yo aún estaría dispuesta a presentarle a su nieto cuando tuviera una mejor situación económica. El problema ahora era: ¿cuándo ocurriría eso?

Siguiendo los consejos de seguridad que había leído hacía tiempo, lo primero que tenía que hacer era cambiar la contraseña de todo. Dios mío, si hacía eso se me iba a olvidar y sería una mierda.

Miré a los lados buscando papel y boli. Encontré con qué escribir, pero ningún bloc o cuaderno. Sin importarme cruzar algún límite, di la vuelta al escritorio, abrí los cajones y me puse a buscar lo que necesitaba.

No había nada útil ni interesante para mí, hasta que llegué al último y estornudé en cuanto vi una gran cantidad de polvo y un papel dentro. Había marcas de que alguien había hurgado ahí recientemente. El corazón casi se me salió por la boca —o era solo la comida— al ver el logotipo de un laboratorio de análisis.

Conocía ese papel: era mi prueba de embarazo. ¿Había guardado James Blat este resultado aquí dentro durante todo este tiempo o simplemente lo había puesto aquí hace poco?

Quería llorar y exigir su presencia aquí, pero la cobardía pudo más; cerré el cajón con cuidado y me arrastré hasta mi sitio,

viendo a lo lejos, cerca de un armario detrás de la mesa, el bloc de notas.

Parecía que el universo me estaba obligando a encontrar el contenido de aquel maldito cajón.

Me levanté a toda prisa, cogí el bloc y, dejando que las lágrimas cayeran, aunque sin emitir sonido de llanto, anoté mis accesos y las nuevas contraseñas. Qué rabia tener que poner mayúsculas, minúsculas, carácter especial y más de 8 dígitos. No querían una contraseña, sino un código del nivel de las catacumbas egipcias.

Toda esa energía en cambiar la contraseña fue buena, porque me calmé, me centré en lo importante y comencé mi búsqueda. Miré correo por correo, ya fuera de publicidad o de clientes, en busca de Cristiane. Después intenté acceder al sistema de inversiones y no pude. En ese punto, solo mi hermana tenía acceso de administrador y, por lo visto, mis credenciales habían sido eliminadas.

No sé cuánto tiempo pasó desde el comienzo de mis actividades, pero me iba cansando con cada búsqueda que hacía y no encontraba nada. Entrar en la web del banco y constatar las deudas me puso de una mala leche impresionante; olvidé el ADN que compartía con mi hermana y la maldije por varias generaciones.

Ella me ayudó tanto; no tenía sentido querer joderme de esta forma.

Respiré hondo y cerré los ojos. Cuando nada salía bien o no seguía un curso satisfactorio, solía organizarme.

Pasé la página del bloc donde anoté mis contraseñas y fui apuntando lo que había en cada cosa. Correo, red social, conversaciones por mensajes; creé una carpeta y fui archivando informes y anotando dónde estaba todo para hacer una segunda búsqueda.

Borré correos que no me servían y me di cuenta de que había un borrador. En automático, en cuanto hice clic en el correo, pulsé el botón de borrar, pero no antes de que mi mirada captara algo importante.

—¡No! —grité desesperada.

Pasos apresurados se acercaron y James entró en el despacho asustado.

—¿Qué pasa? —preguntó acercándose.

—Perdona, es que la he cagado aquí. He borrado algo y no debía —lloriqueé.

—Mira en la papelera o pulsa control zeta.

Hice lo segundo y el correo descartado en borradores volvió. Fue tanta la emoción que me levanté, me lancé al cuello de James y le besé la mejilla varias veces como forma de agradecimiento.

Sus manos apretaron mi cadera y me di cuenta de lo que estaba haciendo. Me aparté de él y vi su mirada de deseo hacia mí. No era momento para eso, por más que mi vientre se hubiera contraído deseando repetir.

—Julio está durmiendo —dijo en tono seductor.

—¿Desde hace cuánto? —pregunté sin creer que estuviera planteándome el momento. ¿No acababa de pensar que no debería seguir adelante? Por lo visto, mi libido tenía más poder sobre mí que la razón.

—Veinte minutos. Está en mi cuarto; veíamos dibujos de aviones. —Me rodeó la cintura con el brazo y me acercó a él—. ¿Puedo cerrar la puerta?

—Sé rápido —susurré, y él lo hizo; me dejó brevemente y volvió para sujetarme la nuca y llevar mi boca a la suya.

Las lenguas se encontraron rápidamente, mi deseo aumentó y toda la preocupación de antes quedó apartada para darme un

momento de alivio. Sabía del poder de James y de lo bien que podía hacerme sentir.

Interrumpió el beso solo para mirar a su alrededor.

—Encima de ese mueble —señalé por encima del hombro el lugar donde había encontrado el bloc de notas, y él no lo dudó; me llevó hasta allí, tiró lo que quedaba encima al suelo y me sentó sobre él, dejándonos a la altura perfecta para lo que teníamos en mente.

¿Sería así como lo hacían los padres de niños pequeños? ¿Cada siesta era una búsqueda para rescatar al hombre y la mujer que existía en nosotros? Sonreí al tener un atisbo de lo que sería una familia, mirándole a los ojos y dándome cuenta de que él parecía sentir lo mismo.

Me desabrochó el short y me lo quitó, junto con las bragas, y cuando llegó a mis pies, hizo lo mismo con las bailarinas que llevaba. Su mano me estimuló y James parecía más que satisfecho de excitarme con los dedos, tocándome de la forma más íntima.

—Te hice una promesa —dijo con voz ronca mientras con la otra mano me levantaba la blusa para tocarme los pechos.

—¿Cuál? —pregunté confusa y abriendo aún más las piernas.

—Voy a dejarte mojada y no sentirás dolor. —Se arrodilló frente a mí y me tomó con la boca llena de saliva. La mezcla de mis sensaciones con la humedad excesiva me hizo gemir de anticipación.

Ojalá cumpliera esa promesa todas las veces que folláramos, porque yo no tenía ninguna objeción.

Con su lengua me estimuló donde más lo necesitaba y sus dedos me penetraron, tocaron mi punto G y me hicieron correrme sin mucha dificultad. Cuando pensé que iba a parar, continuó, haciéndome retorcer.

¿Le pediría que parara o que siguiera? La duda era tanta que solo gemí aún más y encontré mi clímax de nuevo, sintiendo la

presión y la dureza de su sexo como nunca.

La cabeza se me fue contra la pared donde estaba apoyado el mueble y cerré los ojos para disfrutar del último momento de su boca en mí. Si quería enamorarme de sus dotes sexuales, estaba haciendo un gran trabajo.

—Joder —rezongó, y me desperté al instante, mirándole asustada—. No hay condones aquí. —Se abrió el pantalón corto y enseñó su miembro, del que ya salía líquido preseminal—. Necesito estar dentro de ti.

Tenía en la punta de la lengua ser imprudente, sobre todo porque llevaba el DIU y no me preocupaba un nuevo embarazo, pero él tenía una ex reciente, y eso me generaba dudas.

Apoyó la frente en mi hombro y, frustrado, empezó a masturbarse.

—Espera. —Intenté impedírselo o incluso hacer por él lo que él había hecho por mí.

—Está bien si me dices que habrá una próxima vez —dijo con sufrimiento y placer, una mezcla alucinante que me llegó al pecho y provocó un vuelco en mi interior.

Le cogí la cara con las manos; su mirada entrecerrada, la boca abierta y su vulnerabilidad me dieron calor.

—Nunca lo hago sin condón —confesó con la mano en movimiento frenético hacia arriba y hacia abajo—. Flaví, soñé tanto tiempo contigo antes de conseguir olvidarte por fin.

Mi respiración empezó a acelerarse en un intento de acompasar la suya. A pesar de mis dos orgasmos, ya me palpitaba todo por dentro por él. Era mucha intimidad dicha por James en pocas palabras.

—¿Me olvidaste? —No había resentimiento, más que nada porque había visto el análisis en su cajón; nuestra conexión se

interrumpió por obligación, pero solo visualmente, porque emocionalmente nunca sucedió.

—Ni un puto minuto. Bastó con verte para que todo lo que escondí de mí mismo se desbordara. —Cerró los ojos e intentó bajar la cabeza al acercarse a su clímax—. Joder, estoy hablando demasiado.

—Habla, James; por favor, sigue hablando.

Apreté su mano, que envolvía su miembro, y conseguí que parara. Ambos con la cabeza baja, mirando nuestros sexos, lo guié hasta mi entrada, aun con él resistiéndose.

—No tienes por qué...

—Llevo el DIU y estoy limpia; no he estado con nadie después de ti. —Levantó la cabeza sorprendido y decidí abrirme yo también emocionalmente—. Te he odiado durante mucho tiempo, James Blat, y estoy cansada. Confío en ti cuando dices que nunca lo haces sin condón. Ven.

Me abrazó fuerte y la metió con fuerza la primera vez y las otras también. Ya estaba lo bastante mojada e hinchada para que su vaivén frenético fuera solo placentero.

Los ecos de los sonidos de lujuria que hacíamos acariciaban mi piel con ternura. Envolví mis piernas hasta que mis pies consiguieron hacer un gancho y prenderlo a mí para no soltarlo nunca más.

Fue la primera vez que le vi emitir ese sonido de agotamiento y placer al mismo tiempo. Sentí su polla palpitar y el semen llenarme como si fuera el culmen de mi propia satisfacción sexual.

Aumenté mi agarre cuando él suspiró y me abrazó fuerte. Parecía que no quería soltarme, porque si no, yo huiría y no tendríamos nada más.

—Quiero intentarlo, Flaviane —dijo en voz baja y finalmente me soltó, provocándome miedo a perderlo—. Tú y yo, con Julio; quiero intentarlo.

—¿In... intentarlo cómo? —Mi pecho subía y bajaba agitado —. ¿Una familia? —murmuré, y él asintió.

Parecía ser demasiado para él también, por eso lo traje de vuelta a mis brazos, cerré los ojos y suspiré.

¿Sería lo correcto o una trampa?



Capítulo 26

James Blat

—¿Podemos hacer eso cuando yo deje de ser una amenaza, incluso para ti? —preguntó sin fuerza cuando me soltó del abrazo y se bajó del mueble. Juntó las piernas y la mueca que hizo podría haberme arrancado una sonrisa, si no fuera por el rechazo que estaba a punto de darme.

—Quiero estar en la vida de mi hijo, darle lo que no tuve y, también, estar contigo. —Di unos pasos hacia atrás y abrí la puerta del baño—. Intentarlo, Flaví.

—El problema de intentarlo es el fracaso inminente, James. No estoy psicológicamente preparada para lidiar con eso. —Se

agachó para coger su pantalón corto y las bragas y fue hacia el baño; para mi alegría, no cerró la puerta.

La observé limpiarse y usar el inodoro, percibiendo el pánico que se formaba dentro de mí debido a tamaña intimidad. Ya había revelado mucho, follado sin condón por primera vez, y ahora quería todo lo demás.

—¿Vas a limpiarte o te vas a quedar así? —preguntó arreglándose la ropa y poniéndose las manos en la cintura—. Intentarlo es esto, James. Verme usando el baño, lidiar con mis estrías e imperfecciones, y lo que es peor: mi mal humor cuando estoy cansada y solo quiero dormir.

Caminó hasta quedarse frente a mí y levantó la barbilla para desafiarme.

¿Que si quería todo eso? Estaba acojonado, pero sí. De la misma forma que me arriesgué saliendo de la sociedad de JB para construir una nueva empresa, quería lidiar con una relación entre hombre y mujer; padre, madre e hijo.

—Eso pensaba. —Se alejó y se sentó en la silla frente a su portátil con indiferencia fingida.

—No respondas por mí —dije furioso; entré en el baño y fui a limpiarme para continuar esta conversación.

—El silencio también es una forma de responder. Con lo cerrado que eres, Batman, media palabra basta.

Bufé con sarcasmo; al fin y al cabo, ella había demostrado tanta inseguridad con mi propuesta como la que yo sentía. Todo iba bien, estábamos en la misma página, así que simplemente me dejaría llevar y poco a poco haría que creyera en mí.

—¿Lo estoy haciendo bien con Julio? —pregunté cuando volví al despacho y abrí la puerta, asomando la cabeza y buscando algún ruido.

—Aunque no lo hicieras, es evidente cuánto quieres que funcione, James. Él se lo merece.

Volví al escritorio que íbamos a compartir para trabajar, sin que ella lo hubiera aprobado todavía, y la miré con misterio. Su mirada no se desvió de la mía y capté algo que me interesó mucho. Me admiraba y estaba satisfecha. Una preocupación menos.

—¿Y el correo que has recuperado? ¿Qué era? —pregunté volviendo mi atención a su portátil. Arrastré mi silla a su lado y ella se abrazó a sí misma preocupada.

—No recuerdo haber escrito esto —susurró, y mis ojos fueron al contenido.

Querida hermana,

He escrito y borrado este texto varias veces, pero no tenía otra forma de comunicarme contigo de manera segura. Espero que lo leas cuanto antes; siempre has sido organizada, estoy segura de que verás el elemento en borradores y lo leerás.

Hay dinero debajo del colchón de Julinho, lo suficiente para que puedas vivir un tiempo en otro lugar, preferiblemente en otra ciudad. Usa solo efectivo, sin dejar rastro. Nos he puesto en peligro y nunca podré perdonármelo.

He hecho algo de lo que no me enorgullezco; nuestros padres nunca más me aceptarán como hija. Al principio pensé que era algo banal, que no marcaría la diferencia, pero en el momento en que me di cuenta, ya no había vuelta atrás; mi vida estaba en riesgo y la vuestra también.

No te pediré disculpas, porque no quiero tu perdón; no lo merezco.

Estoy a salvo. Cuando consiga arreglar la mierda que he hecho, te buscaré y entonces me disculparé como es debido.

Te quiero; y a mi sobrino lindo: eres la madre que querría haber tenido, la que deberíamos haber tenido nosotras. Pensaré en vosotros todos los días.

P.D.: cambia las contraseñas de todos tus registros en internet por una más fuerte, con mayúsculas, minúsculas, números y caracteres especiales.

—¿Es tu hermana? —pregunté y tiré de ella hacia mi regazo al verla deshecha en lágrimas. Vino de buena gana, se acurrucó contra mí y sorbió por la nariz.

—¿Por qué? —cuestionó sollozando—. ¿Qué ha hecho?

—La respuesta está en Dante Mercy, Flaví. —Le acaricié los brazos, la espalda, y ella se fue calmando.

—Si lo que ha dicho ese hombre es verdad, entonces Cristiane ha robado y me ha metido en medio. ¿Cómo pudo pensar que no se echaría en falta o que era algo banal? —Se incorporó para mirarme—. Robar es robar, ya sea una cera o diez millones.

—Lo que nos lleva de vuelta al dueño del Banco Mercy. —Le puse la mano en la cabeza e hice que se recostara en mi pecho—. He conseguido el contacto de alguien de confianza en la policía para que nos ayude.

—¡Él dijo que no los involucráramos! —Salió de mi regazo a toda prisa y empezó a caminar de un lado a otro—. ¿Y si se entera y viene a por Julio?

Dejó de andar como si hubiera tenido una idea y salió del despacho a toda prisa. Me quedé mirando a la puerta y enseguida volvió, suspirando aliviada.

—¿A por qué has ido?

—A por Julio. Se ha despertado y ha ido directo a la cocina; está haciendo un bizcocho con doña Clotilde. —Se puso una mano

en la cintura y la otra en la cabeza, caminando hacia mí. Realmente su oído era biónico; yo no había escuchado nada—. A pesar de haberte reñido por involucrar a la policía, no hay otra manera, ¿verdad? —Me miró preocupada.

—En realidad, lo haremos a nuestra manera, lo que nos lleva a esto de aquí. —Volví con mi silla tras el escritorio y señalé todo lo que había a nuestro alrededor—. La idea puede parecer un poco utópica, más aún para ti, que has lidiado con mucho texto periodístico sobre política. Lo que quiero es rescatar la imparcialidad, traer la verdad para que el lector pueda tener el sentido crítico de elegir lo que le parece correcto o incorrecto, si es que realmente es necesario juzgar.

—¿De verdad vas a abrir otra empresa de noticias? ¿Vas a competir con JB?

—Los medios digitales tienen el objetivo de dar más información y, también, de confundir al usuario. Estamos en la era de las Fake News y de los sitios que demuestran lo contrario. Seremos competencia, claro, pero nunca rivales. No impedirás que una persona lea la misma noticia en varias webs. Nuestro atractivo será ese: la imparcialidad y, si se da el caso, contar las dos caras de la moneda.

—Atrevido —dijo de forma analítica; descruzó los brazos y movió la cabeza de un lado a otro—. Parece incluso que conoces mi punto débil —rezongó conteniendo la sonrisa.

—¿Ah, sí? —Me levanté de forma depredadora y le mostré mi mejor mirada peligrosa.

—La verdad a toda costa. Es la cualidad que me destaca y también el peor de mis defectos. —Dio un paso atrás fingiendo intimidación y yo seguí avanzando—. Julio está despierto y tenemos que centrarnos en Dante Mercy.

—Ajá —respondí exponiendo mi sonrisa de satisfacción al verla contra la pared. Le cogí las manos, entrelacé mis dedos y las

levanté por encima de su cabeza para que quedara rendida a mis condiciones.

Su respiración se aceleró y un poco de la tristeza que había en ella se marchó cuando acerqué mi boca a la suya.

—Es solo un beso —dije en tono seductor.

—Contigo nunca es solo un toque, James Blat.

Me sentía muy satisfecho al saber que ella era consciente de ello. Pero, como su mente aún ponía barreras entre nosotros, en lo de INTENTARLO, le demostraría a cada momento que podía lograrlo.

Si tenía la posibilidad de tener una familia con personas increíbles, con las que conectaba y me sentía bien, además de escribir una nueva historia profesional, no iba a rendirme tan fácilmente, aunque tuviera que abrir la boca y hablar de mí mismo, algo que odiaba.

Era por un bien mayor.



Capítulo 27

Flaviane

Fueron días maravillosos en casa con un hombre motivado y un niño altivo. Dejé un poco de lado mi indiferencia y mis rencores y aproveché el momento, más que nada porque mi mente periodística estaba en acción; en lo único que podía pensar era en el trabajo.

Como amaba la profesión de mi carrera, mucho más que los informes que hacía para apoyar a mi hermana, me sentía bien. Cristiane nunca salía de mis oraciones, ya que no se me ocurría ninguna forma de encontrarla.

James salió dos veces de casa para ir a JB Noticias a firmar algunos papeles para desvincularse finalmente de aquel lugar. Cada

vez que volvía, parecía exhausto, como si hubiera luchado en un torneo todo el día y solo hubiera estado fuera unas pocas horas.

Él no se desahogaba ni contaba cómo había ido; se limitaba a un: «se está acabando, dúchate conmigo».

Nuestra vida íntima estaba muy activa. Para nosotros, por más que tuviéramos un hijo, era el comienzo del noviazgo, descubrimientos sobre nuestros placeres y lo bien que estábamos juntos.

Yo no dormía en su cama, pero todos los días por la mañana él nos despertaba después de hacer sus ejercicios matutinos. Descubrí que había un mini gimnasio en la parte trasera y que yo también podía usarlo a cualquier hora, pero mi mente solo pensaba en estructurar la web de Imparcial Noticias y crear contenido. Era mucho trabajo para una sola persona, pero éramos dos; James también era un buen periodista, no tenía miedo de remangarse.

Haciendo lo que me gustaba y ayudando al hombre que me acogió y protegió, no me sentía una carga tan pesada. Estábamos juntos, aunque yo estuviera reculando respecto a lo de «intentarlo». Cielos, quería que saliera bien de una vez y que fuera perfecto, y no tener la sombra de la derrota a nuestro lado.

Resultaba extraño pensarlo, pero tratar con James era fácil. El equilibrio perfecto entre hablar de más y de menos, la exposición sin miedo y lo reservado. Él no me exigía nada y yo a él tampoco; actuábamos según nuestros instintos y hasta resultaba más fácil decir «nuestro hijo».

Si estaba soñando, ojalá la caída no fuera muy dura cuando tocara el suelo.

—Mamá, quiero la cama de papá —rezongó Julio en cuanto me acosté a su lado después de un día exhaustivo de investigaciones y charlas con el policía de confianza de James. El movimiento para que Mercy dejara de tenerme en el punto de mira

había comenzado y, claro está, daría para un gran reportaje dependiendo del resultado.

—Nuestra cama es esta, hijo. —Lo abracé y él se zafó.

—Voy a dormir con papá —decretó, y salió de la cama antes de que lograra impedírselo. Apresurado, abrió la puerta y echó a correr cuando me vio levantarme.

Podría haber dejado a los dos solos, ya había pasado otras veces, pero por la tarde. Caminé soñolienta hasta su habitación y los vi tumbados viendo la televisión. La escena era preciosa: padre e hijo, el menor siendo la mini versión del mayor; necesité un momento para grabarla en mi mente.

—Ven —me llamó James, y me mordí el labio, dubitativa.

—Ven, mamá. ¡No se pierde! —El niño más listo del mundo salió de la cama para cogerme de la mano, arrastrarme y juntarla con la de James—. No se pierde —dijo satisfecho; volvió a tumbarse sobre el brazo de su padre y miré al hombre que estaba consiguiendo invadir mi vida, empezando por la parte más difícil: mi corazón.

—No se pierde —susurró él, llevándose mi mano a su boca y haciéndome caer tumbada en la cama.

Rendida, me acomodé como pude y nos quedamos los tres viendo dibujos hasta que Julio se durmió. Me giré hacia un lado y miré nuestras manos, que no se habían separado, y luego su rostro. Él hizo lo mismo y creí que diría algo personal o incluso que se declararía, pero apagó la televisión y susurró:

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondí seca, más por la indignación conmigo misma que con él.

Sus labios tocaron mis dedos de nuevo y luego cesaron, induciéndome a dormir. Que se hiciera su voluntad; necesitaba

obligarme a disfrutar del buen momento que estaba pasando siendo una familia. Y punto.

Para corroborar mis sentimientos de antes de dormir, me desperté con Julio queriendo abrirme los ojos y luego con un beso en la frente de James.

—Mira quién ha abierto los ojos —dijo el hombre, y mi hijo saltó animado entre él y yo.

—Tu cama es buena —dije estirándome y soltándome por fin de su mano. ¿Habíamos dormido unidos?

—Cuando se despertó, Julio llevó tu mano a la mía; no se pierde. —Me guiñó un ojo y levantó al niño, que ya estaba saltando en la cama—. ¿Quién es Superman?

—¡Yo! —gritó animado.

—¿Te vienes al gimnasio conmigo ahora por la mañana? —invitó con un brillo en los ojos.

—Julio está despierto y queriendo la atención de sus padres —le reprendí en tono de broma.

—Vamos a desayunar, Superman. Batman tiene hambre.

—¡Quero zumo de naranja! —pidió, y los dos salieron de la habitación, dejándome sola.

Aproveché para disfrutar un poco más de las comodidades; mi mente se fue al gimnasio y a todo lo que podríamos hacer antes de sumergirnos en el trabajo y olvidarnos de la vida. Corrí a mi habitación, me di una ducha rápida y me puse ropa ligera para hacer ejercicio.

Llegué al comedor, donde los dos terminaban de desayunar, y la sonrisa de satisfacción de James me dio aún más calor.

—Mira, Superman. La Mujer Maravilla está lista para el combate. —Me senté a la mesa poniendo los ojos en blanco y James

añadió tras la risita divertida de Julio—: Pero vamos a darle atención al campeón primero.

Le miré con rabia, sujetando el cuchillo, y él se rio de mí, haciendo que nuestro hijo le acompañara. El pequeño no sabía las segundas intenciones de sus palabras, pero yo sí, y estaba probando de mi propia medicina.

—Soy rencorosa —declaré untando mermelada en la tostada con furia.

—Ah, eso lo sé muy bien —respondió aún más divertido, y yo puse mala cara, indignada.

—Mamá, pipí —pidió Julinho, y en mitad de mi desayuno tuve que dejarlo todo y atenderlo, por más que James se hubiera ofrecido.

—Me lo ha pedido a mí.

Era tonto por mi parte, lo sabía, pero tenía todo el sentido cuando imaginaba lo que podría pasar con nosotros en ese gimnasio. Sería la primera vez que me permitiría hacer algo extravagante con Julio despierto. Doña Clotilde cuidaba bien de mi niño siempre; la confianza de dejarle tener su tiempo para que yo tuviera el mío me daba fuerzas.

Que salga bien, Dios mío, porque el intentarlo estaba siendo demasiado bueno.



Capítulo 28

Flaviane

Volví al comedor después de un buen rato haciendo tiempo en mi cuarto. Aproveché para bañar a Julio, ya que se había manchado la ropa con un poco de pipí. El niño se aguantaba hasta el último minuto para hacerlo; había que tener mucha paciencia.

—¿Dónde está James? —le pregunté a doña Clotilde, que ya había arrimado una silla a su lado y atraía a mi hijo hacia ella—. Dios mío, ya se cree el dueño de la cocina.

—Haremos galletas con forma de avión, ¿qué te parece, Julio? —le preguntó al niño.

—¡Bien! —Levantó los brazos animado.

—En el gimnasio, Flaví. Yo me encargo de él —Clô me despachó, y necesité un momento para calmar el rubor de mi cara. ¿Sabría ella nuestra intención? ¿Qué le habría dicho James, al fin y al cabo?

Crucé el patio y llegué al gimnasio. El ruido de metal chocando contra metal me encendió la sangre y no sabía ni explicar el motivo.

Había un gran espejo de techo a suelo en una de las paredes. El aire acondicionado estaba encendido y las ventanas cerradas, dejando solo la luz interior para iluminar.

—¿Con segundas intenciones, James Blat? —cuestioné cerrando la puerta tras de mí y yendo hacia él, que bajaba una barra hasta la nuca y la soltaba, con seriedad.

—Empieza en la cinta, ya te alcanzo —ordenó sin detener sus movimientos.

Me llevé la mano al bajo de la blusa y llamé su atención. Iba a quedarme solo con el top deportivo para él, aunque mi confianza en mi cuerpo ya no existiera.

—Quítatela —pidió más suave, y caminé hacia la cinta con nerviosismo. No solo su mirada estaría sobre mí, sino la mía propia y la del espejo. Era demasiado para mí en ese momento—. He notado que hay un poco de vergüenza.

—Mi cuerpo ha cambiado y está difícil volver a lo que era, más aún con tantas cosas ricas que hace Clotilde —dije apresurada; miré el panel de la cinta y encontré el botón de encendido.

—Quítatela. —Soltó la barra sin miramientos, haciendo eco con el fuerte ruido de metal contra metal. Se quitó su propia camiseta de tirantes y puse los ojos en blanco al ver su cuerpo esculpido.

—Si la intención era motivarme, has conseguido lo contrario. He llevado a un hijo dentro durante 39 semanas.

—Por eso mismo no deberías tener vergüenza. —Volvió a tirar del peso y a mirarme a través del espejo. Su visión de mí era tan... digna—. La celulitis y las estrías escriben «estás buena» en braille.

—Esa es vieja. —Empecé a caminar en la cinta y bajé la mirada—. Gracias por la charla motivacional, pero ese tipo de libertad solo la consigo cuando vamos a follar.

—Lo haremos, si te quitas la ropa.

Se me puso la piel de gallina en todo el cuerpo y tuve que seguir su orden, aunque aún no estuviera lista. Aumenté la velocidad de la caminata y me centré en él en vez de en mí.

Se levantó de la máquina en la que estaba y se sentó en otra, la de abrir y cerrar las piernas. No dijo nada más ni falta que hacía, porque lo veía en su mirada y en su cuerpo, cuyo pantalón corto no ocultaba su evidente excitación.

Nos quedamos en estos preliminares unos minutos, hasta que él fue a levantar la barra con pesos enormes que había al lado. Se tumbó y me perdió de vista. Paré la cinta y caminé hacia donde estaba él, decidida. Me quité las zapatillas por el camino, me arrodillé entre sus piernas y él apoyó el peso en el soporte.

—¿Flaví? —preguntó con la voz ronca.

—Voy a aumentar la presión, a ver si aguantas —dije atrevida; le bajé el pantalón corto solo para sacarle el pene erecto. Me moví de arriba abajo antes de metérmelo en la boca y verle jadear.

Tardó un rato en volver a coger la barra. Sin duda era demasiada distracción, porque bajó y subió dos veces y la soltó.

—Hostia, joder, me voy a correr.

—Aún no —decreté apartándome y quitándome las mallas y las bragas. De esta forma, con tanta luz y su atención, me vería por completo—. Aún puedes echarte atrás.

—Ni aunque tenga que cerrar otra empresa y abrir una nueva —declaró tendiéndome la mano; la agarré, me monté sobre su cadera y me quité el top deportivo. Desnuda por completo, en la postura que más placer me daba—. Yo... —Iba a decir algo importante y vaciló, más aún cuando alineé su polla en mi entrada y la hundí en mí.

Cerró los ojos y sus manos me apretaron los pechos mientras yo subía y bajaba apoyada solo en las piernas. Cuando me faltaron las fuerzas, puse las manos en su pecho y él bajó las suyas a mi culo, abriendo los ojos y sonriendo satisfecho.

Me froté una vez y sentí la mejor de las sensaciones. Sensible y casi en el clímax, fui acelerando los movimientos de vaivén para frotarme y alcanzar el placer.

Su dedo encontró mi agujero prohibido y no me amilané, más aún cuando gimió satisfecho.

—Te quiero aquí —prácticamente suplicó.

—En nuestra boda —respondí por impulso y le tomé la boca para esconder mi vergüenza.

Él me ayudó a seguir la dinámica, ahora que estaba tumbada encima de él. Me cogió las muñecas y puso mis manos apoyadas en la barra sobre nosotros para continuar.

Su mirada sobre mí fue demasiado; me corrí entregada a mi placer y sentí que él me acompañaba cuando me apretó el culo y levantó un poco más la cadera para ponerse en la posición ideal.

Me dejé caer sobre él y sus manos me acariciaron la espalda con cariño. Estábamos jadeantes y demasiado conectados.

Gimió cuando me aparté y lo saqué de dentro de mí. Aun con las piernas temblorosas, fui al baño y encendí la ducha fría para calmarme.

¿De dónde he sacado que le daría el culo en la boda?

—Flaví, ¿estás bien? —preguntó entrando bajo la ducha conmigo, ya desnudo.

—Sí, ha sido intenso. —Le besé la boca y volví mi atención al jabón—. ¿Va a venir el policía hoy también?

—No cambies de tema, habla conmigo. —Me dio la vuelta e intenté controlar mi lengua para no soltarlo todo de golpe.

—Ya he hablado yo; te toca a ti.

—¿Quieres intentarlo? —preguntó esperanzado y mostrando fragilidad, algo que ya había notado que odiaba—. Joder, sí, quiero casarme contigo.

—James, no ha sido una petición de matrimonio. —Me arrepentí en cuanto lo vi darse la vuelta y salir del baño—. ¡No, espera!

—¿Entonces qué quieres de mí? —cuestionó alterado, levantando los brazos al aire—. Para hacer de padre sirvo, para darte una casa y trabajo también, pero ¿como hombre es solo esto? ¿Sexo?

—He soltado una mierda y lo asumo —me apresuré a estirar los brazos intentando acercarme—. Me gustas, James. Es irracional y, en cierto modo, parece que estoy traicionando a la Flaviane de hace tres años, que fue rechazada cuando más lo necesitaba.

—¡No se pierde! —Cogió mi mano con la suya y la levantó a la altura de nuestros ojos, el gesto que hacía mi hijo para unirnos—. ¿Entiendes lo que quiere decir esto?

—Dije que tú te habías perdido de nosotros, igual que cuando él no me cogía de la mano. Él no quiere que te alejes, es eso. —Él quiso soltarse; su insatisfacción con mi respuesta estaba clara y me desesperé—. Joder, James, ¿qué quieres de mí? Soy impulsiva, tengo un hijo que criar y me muero de miedo de pasar por lo que pasé otra vez. ¿Crees que es fácil borrar el pasado? ¡También tengo miedo del futuro! Yo confiaba en mi hermana, que

era sangre de mi sangre y tan parecida a ti, tan cerrada. —Dejé que las lágrimas cayeran y él se compadeció; me acercó a él y nos abrazamos—. Tú quieres y lo estás intentando, pero con tantos asuntos inacabados en mi vida, tengo miedo de que se terminen junto con lo que siento por ti, por nosotros tres. Lo de anoche fue perfecto. —Sollocé.

—Lo entiendo, lo entiendo.

Me acarició el pelo mientras yo me permitía llorar. Aún abrazados, me levantó con el brazo en la cintura, nos llevó bajo la ducha y así nos quedamos un tiempo, incluso después de haberme calmado. Era bueno estar con él; de ahí el miedo a confiar y perder.

—No quería solo intentarlo, James. —Levanté la cabeza y salí de debajo del chorro. —Quiero que funcione. Por Julio y, sobre todo, por mí.

—No se pierde. —Cogió mi mano y se la llevó a la boca para dejar un beso. Sentí como si fueran las palabras «te quiero», por eso repetí:

—No se pierde.

—Cuando el miedo domine, piensa que tenemos un hijo que impedirá que nos separemos. En el momento en que el pánico quiera aparecer, recuerda que tu nombre está en las escrituras de nuestra empresa, Imparcial Noticias.

Abrí los ojos sorprendida y él sonrió.

—Estamos trabajando juntos, ¿verdad?

—Pero yo no tengo capital para invertir. ¡Es todo tuyo!

—Yo tengo capital por mí y por nuestro hijo. Lo tendré por ti también, cuando aceptes. —Me acarició la cara, el pelo, y no dijo nada más, porque ni falta que hacía. Respetar su forma de ser y su espacio era un ejercicio diario y seguiría así, de la misma forma que él hacía conmigo y con Julio.

—Si tardamos en la ducha, tendremos que trabajar hasta más tarde —impuse en tono de broma.

—Nuestro jefe está con su mujer en un momento comprometedor. —Me cogió por las piernas, me levantó y me puso contra la pared—. Vamos a disfrutar un poco más; valdrá la pena compensar por la noche.

Envolví mis piernas en su cintura y lo abracé, lista para otra ronda de placer y complicidad. Nunca pensé que trabajar juntos, vivir juntos y ser una familia pudiera ser más acogedor que asfixiante.

Jadeantes, como deberíamos estar por el entrenamiento, necesitamos otra ducha después de correrno s por segunda vez en el día.

Y contando.



Capítulo 29

James Blat

Todo estaba muy tranquilo y debería haberme dado cuenta de que algo estaba a punto de pasar. Centrados en trabajar y mantener a la familia a salvo hasta que comenzaran los procedimientos policiales contra Dante Mercy, me olvidé de mi madre o incluso de JB Noticias.

¿Para qué pensar en lo de fuera de casa si todos los que estaban dentro eran los más importantes?

—Señor. —Clotilde llamó a la puerta del despacho con Julio a su lado, que corrió hacia su madre y pidió brazos. —Doña Marlene está en la puerta.

—¿Tu madre? —preguntó Flaví y abrazó a su hijo, que ya pataleaba para alejarse.

—Sí, pero no la he invitado —respondí seco, y me levanté—. Quedaos aquí, voy a hablar con ella. —Doña Clotilde se retiró y mi mujer me agarró de la mano.

—No me importa hablar con ella; estaría bien presentarle a su nieto. —Hice una mueca y ella se levantó indignada—. ¿No le has hablado de nosotros? ¡Es tu madre!

—¡Papá! —Julio se lanzó hacia mí y ella me lo entregó contrariada.

—No es nada de lo que estás pensando.

—Una cosa es protegernos aquí en tu casa y otra escondernos del mundo. ¿Qué vergüenza hay en estar conmigo y con tu hijo? —exigió una explicación, y la única que estaba en condiciones de darle fue sujetarle la barbilla y besarle la boca.

—Puaj, qué asco —dijo Julio intentando separarnos. Al menos conseguí calmar la furia de Flaví, que suavizó la mirada.

—Venid conmigo, entonces. Si el asunto se pone muy pesado, espero que te lo lleves lejos. No hemos tenido una buena relación en los últimos años.

—Si el mini-James te hizo tener un ataque de conciencia, seguro que podrá hacer lo mismo con tu madre... mi suegra. —Caminó delante de mí y me preparé para enfrentarme a quien no me gustaría.

Lo confieso: me encantaba estar en mi burbuja de empresa y familia ideal mientras nuestra única preocupación era Dante Mercy. Incluso sin poder o un arma, mi madre podía ser más implacable.

—Hola, doña Marlene. Soy Flaviane. —Extendió la mano para saludar y mi madre no le hizo ni caso; estaba centrada en mí y en mi hijo.

—¿Tienes un hijo? —preguntó sorprendida, y mi mujer se acercó a mi lado, dolida.

—Estos son Flaviane y Julio, mi familia, lo que tenía de importante que contarte cuando estuvieras más tranquila —presenté secamente—. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—A intentar que entres en razón; tienes que volver a JB. —Mi madre miró tanto a Julio que mi hijo escondió la cara en mi cuello por vergüenza—. Dios mío, James, es clavado a ti. ¿Por qué no me lo contaste?

—Primero, no voy a volver a JB Noticias, es tuya. Segundo... —Dudé; tendría que dar demasiadas explicaciones y no estaba dispuesto a compartir más allá de lo necesario. Mi empresa era un secreto por ahora—. Necesité un tiempo para reconocer a mi hijo. Eso es todo.

—¿Y habéis hecho la prueba de ADN? —cuestionó indignada. Sentí a Flaví tensarse a mi lado y la abracé para reconfortarla. No había necesidad de ninguna prueba cuando algo superior a los números y los test reverberaba en mí.

—Ya tienes tu respuesta, madre. Adiós. —Estiré el brazo señalando la salida y, al contrario de lo sugerido, ella se sentó en una butaca y suspiró.

—¿Por qué te has alejado de mí, hijo mío? —Me miró y mostró fragilidad, cosa que no me conmovió—. Un nieto... nunca pensé que podría tener uno. Pero es necesario confirmarlo con una prueba, por más que el niño sea...

—Clavado a su padre —completó Flaví, impaciente—. No me importa que se haga; yo misma se lo exigí a James al principio, pero ahora...

—Ya no tiene sentido. Si estuviéramos casados y tuviéramos un hijo, nadie exigiría una prueba de paternidad. —Tuve que exteriorizarlo mirando a mi mujer. Ella ya no podía dudar de mí y, por su semblante amoroso, supe que estábamos en la misma

página; era mi madre quien quería causar confusión—. Márchese, doña Marlene.

—Lo digo por tu bien, hijo. A pesar de las peleas, me preocupo por ti. Fuiste lo único bueno que me pasó al estar con James.

Cuidado, celo y preocupación; nunca amor. Julio no tendría medias tintas; sabría la verdad de mi boca.

—Te quiero, hijo. —Le besé la frente y se lo entregué a Flaviane, que parecía sorprendida. La intención era que él supiera lo que yo sentía y, también, restregarle por la cara a mi madre lo que ella nunca me dio—. Necesito quedarme a solas con mi madre.

—Te estaremos esperando —susurró intentando impedir que Julio volviera a mis brazos.

Caminé hasta el lugar del sofá más cercano a ella, me senté y la miré con ironía. Intentaba mostrar emoción, pero no caía ni una lágrima; era una distancia que ni ella misma lograba acortar.

—¿Y si es una oportunista, James? —preguntó en voz baja.

—Deja de poner a mi mujer en duda. Está conmigo, es definitivo. Si quieres conocer al niño inteligente que adora los aviones, haré una excepción por él, que se merece tener una familia.

—¿Aviones, como su padre? —Parpadeó varias veces sorprendida—. ¿También la amas a ella? —preguntó impactada.

Incliné la cabeza hacia un lado y no respondí; quien debía saber sobre ese sentimiento, por más que intercambiáramos un «no se pierde» antes de dormir, era mi mujer.

—Eres muy joven para conocer el verdadero sentido de esa palabra.

—¿Y tú lo has descubierto ahora, después de los 50? —pregunté irritado.

—Sí. Me gustaría mucho tener la mentalidad de hoy con la edad a la que te tuve a ti; me habría ahorrado estas peleas y tanto tiempo perdido. —Miró a su alrededor y se fijó en los juguetes—. Tu casa necesita a alguien que ponga orden.

—Esta es una casa donde hay un niño de tres años que es feliz. —Me miró impasible—. Haré todo lo que esté en mi mano por ese niño, sin pensármelo dos veces.

—Entonces vuelve a JB y dale un futuro en una empresa seria. Todo es un desastre, la gente me pregunta cosas y Willis es reacio a asumir su puesto. Él también confía solo en ti.

—Ya que estás en fase de descubrir cosas, ¿por qué no inviertes en una nueva profesión? —Me negué cuando estiró las manos para tocarme y ella reculó—. Lo tenías todo planeado para mi salida. De esa guerra he desertado y no quiero tener nada más que ver. Acéptalo.

—Vas a crear otra empresa —dedujo, y no mostré emoción, lo que la irritó—. Di algo, joder. Tu padre ponía la misma cara y me daban ganas de partirle la nariz.

—No soy mi padre, sino su hijo. Contigo solo te devuelvo lo que recibo. Si soy frío e insensible, ten por seguro que aprendí de la mejor.

—El mejor; era tu padre quien era así —respondió indignada —. Yo sí demostré todo lo que estaba a mi alcance; nunca escondí nada, desde las alegrías hasta las insatisfacciones.

—Sí, también aprendí de James Blat, pero al menos él me decía lo orgulloso que estaba de mí.

—¿Graduándote en una cosa y trabajando en otra? Eso no es éxito, James Blat.

—Es lo mejor que puedo hacer. Hoy ya no necesito tu aprobación y quien está a mi lado, CONMIGO, aprueba donde estoy.

—Me levanté exhausto y molesto por no poder tener una relación normal con ella.

—Lo intenté, James. Juro que intenté ser madre, la mujer ejemplar, esa que a tu padre le encantaba exhibir en los eventos de JB, pero no es para mí. —Se golpeó el pecho, se levantó y mostró un rencor tan parecido al de Flaví que me hizo reflexionar—. James Blat me robó un tiempo precioso de mi vida; por eso exigí su dinero, por eso esta herencia es solo mía. Tienes que entender que hice de más y me anulé; merezco ser recompensada.

—¿Qué te hizo él? Se murió, madre. ¡Sigue con tu vida como yo estoy haciendo con la mía!

—Eso fue lo que hice y ahora ya no sé. Encontré mi camino, pero aun así me veo perdida. La vida no es tan fácil como tú la pintas. —Levantó los brazos al aire, miró a su alrededor y bufó—. No debería haber venido; no me vas a ayudar. Eres tan egoísta como tu padre; solo soy un estorbo para que te fijes solo en tus problemas.

—JB es un asunto zanjado para mí —respondí seco, y ella me miró con amargura—. La otra propuesta sigue en pie.

—¿Cuál?

—Conocer a mi hijo, tu nieto.

Parecía que le hubiera dado una bofetada; me dio la espalda y salió dando un portazo. Fui a la cocina y le pedí a Clotilde que nos preparara algo de cenar, porque el día se había acabado; no tenía cabeza para nada que no fuera estar con mi familia.

—¿Todo bien? —preguntó Flaví, tumbada en mi cama con mi hijo, viendo la televisión. No, era nuestra cama, con nuestro hijo.

—Clotilde servirá algo de comer; la jornada ha terminado. —Cambié mi seriedad por una sonrisa, fui hasta Julio y jugué con su pie.

—Para, papá.

—Mientras sonrías, hijo mío, parar será lo último que haga. —Me quité los zapatos, me tumbé al lado de los dos y busqué la boca de mi mujer para zanjar el tema pesado del día.

O mejor dicho, la familia nunca zanjaba el tema, solo lo suavizaba.



Capítulo 30

Willis

Sin James, JB no era la misma y seguro que se irá a pique en mis manos. Asumí un cargo con el que no me identificaba. Ser jefe de redacción fue lo que siempre me dio satisfacción, pero director general, prácticamente uno de los socios, lidiando con la burocracia y las peleas de familia... eso no era para mí.

Tenía que reconocerlo: yo me busqué esto cuando lo resolví todo a mi manera. Vi una oportunidad para que MB News despegara y fui a por ella, sin importarme los medios utilizados, ya que el fin sería lo mejor: que JB comprara la empresa en la que yo trabajaba.

Mi amigo de la infancia, James, era competente y un triunfador. Lo admiraba desde la época del colegio y, cuando

seguimos caminos diferentes en la carrera —yo con periodismo y él con administración—, pensaba en cómo unirnos de nuevo. Teníamos que estar juntos.

El contacto entre nosotros disminuyó, pero siempre insistí en que no se rompiera. Vi a mi amigo convertirse en un empresario de mi misma rama de negocio y me brillaron los ojos. Era el momento de actuar y, con imprudencia, empecé a filtrar información sobre exclusivas de MB News a la competencia. Eso suavizaría el impacto de la publicación y no traería el retorno esperado; o sea, que MB empezaría a ir mal y necesitaría ayuda.

Con la empresa en horas bajas, sería un objetivo perfecto para que otra la comprara. Claro que lo intermedie todo con James y convencí a Marcio, el director en aquella época, para que comprara mi idea de crear una poderosa empresa de medios digitales. Aún existían revistas mensuales, pero no tenían el mismo retorno que la web de MB News, que se fusionó con JB Noticias.

En busca de mi objetivo, pisoteé a quien hizo falta y me llevé por delante a quien se interponía en mi camino; en este caso, Flaviane Castro, que se mostraba cada día más como una mente brillante y emprendedora. Me sentí amenazado; intenté hacer que dimitiera varias veces, mostrando mi lado más crítico y egoísta.

La periodista tenía agallas y aguantó durante mucho tiempo. Ella no podía estar cerca cuando yo consiguiera formar parte del equipo de James Blat.

Ese día llegó de sorpresa, cuando entregó su dimisión por escrito. Estaba tan eufórico que ni le pregunté el motivo, solo si cumpliría el preaviso hasta que yo encontrara a otra persona para ocupar su puesto.

Aquella fiesta de empresa para celebrar la transición no estaba hecha para ella y me irritó profundamente que apareciera y dejara claro que quería molestarme. Me sorprendió aún más cuando se lanzó a los brazos de mi amigo, aquel que debería haber estado a

mi lado por haberle dado una empresa en bandeja para sumarla a la suya.

Intenté consolarme recordando que James Blat no tenía novia ni se relacionaba con la gente. Cerrado y profesional, yo era su único amigo y sabía más de él que él mismo. Bueno, al menos hasta hace unos días, cuando le entregó su parte a doña Marlene y me abandonó.

Desagradecido de cojones; me dejó tirado y el motivo era esa a la que desprecié en el pasado, la periodista que destacaba demasiado. Flaviane era una amenaza para todos en la empresa; ahora, más que nunca con un niño en brazos.

Todo esto pasaba por mi mente mientras Marlene se lamentaba tras una visita a casa de su hijo. Resentido, no llamé a James ni fui a buscarle; era su turno de hacer algo para acercarnos, estaba demasiado cansado de ser el único que movía montañas para que estuviéramos juntos.

Yo lo sentía como un hermano y la mujer que se quejaba frente a mí se parecía mucho a mi madre; por eso la escuchaba y dejaba que me usara de confidente. Estábamos en la empresa, al final de la jornada y llenos de informes y artículos para evaluar.

Quería recuperar mi cargo, pero ella me necesitaba ejerciendo tanto como lo hacía su hijo. Sentiría una gran satisfacción si pudiera sustituir a James y excluirlo de nuestras vidas, pero el vacío, solo de pensar en esa situación, era enorme. Teníamos que estar juntos; no aceptaría otro escenario.

—Esa mujer le ha comido la cabeza, seguro. James ama esta empresa, no podría habernos descartado así sin influencia —dijo indignada.

—Coincido, doña Marlene. La cuestión es: si usted no ha logrado traerlo de vuelta, ¿quién lo hará?

—¡Karine! Tendrá que hacer lo posible y lo imposible para ponerlo comiendo de su mano. —Golpeó la mesa y el sonido resonó

por la sala—. Contrariada o no, hará lo que le mando, ¡es por nuestro bien!

—Estando en casa, todavía afectada por la ruptura del compromiso, ¿cree que será de alguna ayuda? —inquirí controlando el desdén.

Karine se había convertido en una gran amiga y a veces pensé que traicionaba a mi amigo con alguien, al esconder el móvil demasiado. Yo estaba siempre atento para cubrirle las espaldas a mi amigo, pero a él ni parecía importarle.

—Tiene que entender que el fingimiento es solo parte de la acción, y no para cuando las cosas salen mal. —Cogió el bolso de la mesa de atrás y se levantó de la silla—. Estoy cansada, me voy a casa y no sé si vendré mañana. Todo está saliendo mal y no hay un alma competente para asumir este puesto.

Una bofetada habría dolido mucho menos, seguro. Ni me moví de la silla en la que estaba; dejé que se fuera y evalué las posibilidades para lograr mi objetivo. Toda mi vida he luchado para estar al lado de James y él no ha hecho nada para corresponder. Debería hacer una última cosa y exigir una acción de su parte. Tendrá que abandonar a Flaviane y volver a la empresa por mí y por todo lo que hice para ayudarle, aunque nunca lo haya dicho.

Siempre soñé con ser reconocido sin mostrarme.

Suspirando, salí de aquel despacho y fui al mío, ese que aún no he abandonado por ser jefe de redacción. Mientras veía a los periodistas marcharse a cada minuto que pasaba del final de la jornada, hacía mi trabajo atrasado y pensaba en una forma de encontrar a otra persona, de confianza, para asumir el puesto que era de James mientras él no volvía.

Quién sabe, con alguien en su lugar, ¿no se sentiría tentado a volver y recuperar lo que es suyo?

Me acordé de Márcio, nuestro antiguo director, y lo dejé todo para coger el móvil. Nunca consiguió un empleo tan bueno como el

que tenía aquí después de dimitir. No dio muchos motivos para irse y no me importó, porque mi foco siempre fue James.

Busqué su contacto en la agenda del móvil y llamé, sin pensármelo dos veces. A pesar de que él había sido mi superior en el pasado, sentía dentro de mí que la persona que realmente mandaba en esta empresa era yo. Manipulando y haciendo lo que era necesario para obtener el resultado que quería, podría estar en cualquier posición jerárquica; yo era quien repartía el juego.

—Un momento —contestó una mujer tras varios tonos. Que yo recordase, Márcio no estaba casado.

—¿Sí? —contestó él, y descarté la duda anterior.

—Hola, Márcio, soy Willis, de JB Noticias.

—¿Cómo estás? —preguntó educado.

—Estoy bien; necesitándote, a decir verdad. ¿Estás trabajando?

—Sigo con los freelances y algunas consultorías.

—Estupendo. Pues vente mañana a la empresa, tengo una propuesta para ti.

—Willis... —Dudó, y su forma demasiado educada, más aún para nosotros que siempre tuvimos más confianza, me estaba molestando—. Gracias por la oferta, pero voy a declinarla.

—Ah, pero ni siquiera sabes lo que tengo que decirte. Tu vacante nunca se volvió a cubrir.

—Ya no tengo perfil de director. Estoy contento trabajando por mi cuenta. Gracias una vez más.

—¿Y qué tal representante social? —insistí, pensando ya en sacar a Karine de la jugada, aunque Marlene se negara. Las dos tenían complicidad y se defendían delante de mí, pero yo era el hombre que las acogía a ambas; tenían que obedecerme.

—Mira, no tengo palabras para agradecer la confianza, Willis, pero tengo otras ambiciones.

—Márcio, Márcio. Tu sueldo será el doble del que cobrabas aquí. Nunca entendí el motivo de que nos dejaras, pero ahora te necesitamos. James ha abandonado el barco y la empresa necesita buenos gestores. Mira la confianza que tengo en ti, revelándote la situación y poniéndote de salvador.

—Por fin —murmuró, y no entendí lo que quiso decir, lo que causó una tormenta en mi interior—. Estoy ocupado con un trabajo aquí, Willis. Gracias por la confianza y por creer en mi trabajo, pero no es lo que tengo en mente.

—¿Estás rechazando el puesto más alto de JB? ¿Quién te has creído que eres? —estallé, sabiendo que mi paciencia se había agotado, más aún al saber que él era mi única opción—. ¡Tienes que volver!

—Tu obsesión con James Blat está descontrolada. Nunca te lo dije porque no era asunto mío, pero necesitas ayuda profesional.

Colgué la llamada y tiré el móvil contra la pared.

Él no entendía mi conexión con mi mejor amigo, aquel que me defendió de los matones del colegio y gracias al cual nunca más sufrí acoso escolar. No estaba enfermo, solo buscaba una solución para traer al mejor hombre a la empresa; él también necesitaba al mejor, tanto como JB Noticias.

Si Marlene consiguió hablar personalmente con James, yo también lo haré.

Lo dejé todo pendiente, cogí la cartera, las llaves del coche y me fui al aparcamiento de la empresa, decidido a hacer lo que fuera para convencer a James Blat de que volviera a su empresa.



Capítulo 31

Flaviane

Me desperté asustada con el sobresalto de James saltando prácticamente de la cama. Miré la habitación y sentí a Julio en mis brazos, por eso suspiré aliviada, aun sin entender el motivo de que él hubiera salido del cuarto a toda prisa.

Era el momento de comprar una cama para Julinho, montar su habitación y tener una rutina de familia decente. Sabía que esperábamos que Dante dejara de acecharme y, por más que el dueño del Banco Mercy no me hubiera buscado de nuevo, él seguía siendo una sombra.

Había tantas cosas por hacer para convertirnos en una familia de verdad. Cambiar la partida de nacimiento de Julio, volver

a llevar a mi hijo a la guardería, presentárselo a mis padres... no había rencor suficiente que me hiciera retroceder, más aún después de conocer a mi suegra el día anterior.

No podía olvidar que, además de una tragedia, también serviría de titular para impulsar Imparcial Noticias. Ya se había creado mucho contenido y el sitio lo habíamos construido nosotros mismos estudiando una herramienta virtual prefabricada. El momento era de hacerlo por nuestra cuenta; estábamos creando una empresa con nuestro esfuerzo.

NUESTRO.

Mi hermana podría estar aquí si no fuera por su forma irresponsable de lidiar con su libertad. No sabía cuáles eran las buenas intenciones de Cristiane, pero sin duda sufrí las consecuencias. Bueno, al menos un poco, ya que aquel incidente en casa, con un arma en mi cabeza, fue crucial para buscar a James Blat.

Estiré la mano hacia la cómoda, cogí el móvil y vi la hora al mismo tiempo que escuchaba voces alteradas. Eran poco más de las seis de la mañana; Julio se despertaría en cualquier momento, pero mi corazón no permitiría que los acontecimientos al otro lado de la puerta se quedaran sin explicación inmediata.

Acomodé a mi hijo para que no se cayera de la cama, cogí la camisa de vestir de James del vestidor y, en cuanto abrí la puerta, ya se oía claramente la discusión y quién estaba con él.

—¿Vas a cambiar nuestra amistad por una mujer que te abrió las piernas en una fiesta? —Reconocería la voz de Willis en cualquier lugar, un trauma que arrastraba sobre un jefe amargado y de mal carácter.

Respiré hondo mientras caminaba lentamente hacia el salón.

—No vengas a mi casa a hablar mal de mi mujer. Eres mi amigo, pero dejarás de serlo si no paras de escupir mierda.

—Ella se ha interpuesto entre nosotros, ¿no te das cuenta? Te peleaste con tu madre, renunciaste a tu sueño, terminaste con Karine... ¿no ves cuánto te está manipulando? —cuestionó en voz alta, y los dos entraron en mi campo de visión.

Mi exjefe parecía haber dormido en el coche, a juzgar por el pelo despeinado y la ropa arrugada. Cuando su mirada llena de cólera encontró la mía, se abalanzó hacia mí y James intercedió poniéndose delante.

—¿Estás loco? —pregunté iracunda, sintiendo el peso de su acusación anterior caer sobre mi espalda. Sí, por mi causa James había cambiado su vida completamente, pero no le obligué; lo hizo por su propia cuenta—. El único con un trastorno de conducta aquí eres tú.

—La culpa es mía; debería haber aceptado tu dimisión sin cumplir el preaviso. Pagar la miseria de un mes de sueldo me habría dado menos dolores de cabeza que verte prostituyéndote para trepar en la vida. —Willis dio unos pasos atrás y James tuvo que sujetarme para que no me abalanzara sobre él.

—Vete. No te recibí ayer y no debería haberlo hecho hoy. No voy a volver a JB y lo que haga mi madre con su vida es problema suyo —James usó su tono más cruel y le apreté el brazo para intentar controlarme.

—¿Te das cuenta de que JB se va a acabar? ¿Que todo el esfuerzo que hiciste para que trabajáramos juntos será en vano? —Parecía desolado, pero no dejé que me afectara.

—Tú hiciste todo esto, Willis. ¿Cuántas veces dijiste que tu sueño era trabajar conmigo? A la primera oportunidad que encontraste, me enseñaste MB News y sucedió. Fue bueno y odioso al mismo tiempo, pero es pasado. Quiero paz y si tengo que dar la espalda a muchas personas, lo haré. —James me abrazó demostrando con quién se quedaría; el amargado parecía a punto de explotar de indignación.

—¡Somos amigos! —Pateó el suelo con una rabieta; me asusté al percibir que mi exjefe podría estar enamorado de mi hombre o simplemente obsesionado—. Ella es solo una zorra.

—Muérdete la lengua al hablar de la madre de mi hijo. Tal y como estás actuando, dejaremos de serlo. Exijo respeto. —El brazo de James me sujetaba con fuerza, porque yo ansiaba saltar al cuello de ese desgraciado.

—JB es tuya; ¡sin ti se hundirá! —insistió, activando mi interruptor de la ira.

—Si la empresa se hunde, es por tu culpa, desde que MB filtraba información indebida a la competencia. —Willis se sorprendió y mi hombre intentó impedirme seguir hablando, mirándome con seriedad.

—¡Cotilla de mierda, hija de puta, yo tenía la mejor de las intenciones!

Fui puesta detrás de James antes de que él agarrara a su amigo por el cuello de la camisa y caminara hacia la puerta. Aun en pijama como yo, no le importó ser visto por los vecinos.

—Voy a hablar con tu madre, tienes que escucharme. ¡Ella te quitará todo el dinero y te destruirá! —berreó descontrolado, haciéndome perder la fuerza en las piernas.

Me senté en el sofá y enseguida vino Julio, frotándose los ojitos y estirando los bracitos para que lo cogiera en brazos. Aun conmocionada, lo abracé fuerte mientras miraba fijamente la puerta de entrada. James tardó demasiado en volver y ni siquiera me miró a los ojos.

—Ahora vuelvo —rezongó, y Julio quiso bajarse de mis brazos para ir tras su padre, pero se lo impedí.

Cielos, ¿se habrá tomado algo en serio? Willis estaba claramente desequilibrado y muchas cosas me pasaban por la

cabeza debido a su actitud. ¿Será que sentía algo por James? Pero por lo que percibí, no se quejaba cuando Karine estaba cerca.

¿Y si los dos fueran amantes?

—Tengo hambre —rezongó Julinho, y nos levanté del sofá para ir a la cocina. Clotilde me miraba con preocupación y enseguida tomó a mi hijo en brazos.

—¿Todo bien? Si hace falta, yo me encargo de él.

—Por favor, Clô. Aún no ha hecho pipí; voy a ver a James.

Ella asintió rápidamente y me apresuré a buscar a mi hombre por la casa. Lo encontré en el baño; el vapor que llenaba el lugar indicaba que el agua estaba demasiado caliente para el momento.

—¿James? —le llamé asustándolo. Se giró hacia mí y enseguida cerró el grifo—. ¿Todo bien?

—No lo sé —respondió perdido, sin mirarme. Se enrolló una toalla a la cintura y me acerqué para abrazarlo.

Me dolió demasiado cuando vaciló antes de corresponder al cariño. Intenté evitar que el rencor y varios otros sentimientos que intentaba enterrar resurgieran como zombis sedientos de caos.

—Te estoy mojando —murmuró suspirando; el alivio también era mío.

—Habla conmigo. Sea lo que sea, no me vas a hacer daño —le animé, más que nada porque la observación de Willis había sido muy certera y no sabía si había dicho otras cosas antes de que yo llegara—. Desde que volví a tu vida, has renunciado a muchas cosas.

—Cuando te quedaste embarazada y optaste por criar a Julio sola, también tomaste ese tipo de decisión. —Me besó la cabeza—. No estoy comparando ni compitiendo; es solo que hubo que tomar medidas para que yo pudiera disfrutar de mi familia. No le hagas caso a lo que dijo, Willis está enfermo.

—Me di cuenta —rezongué inspirando su olor a limpio—. ¿Crees que le gustas más de lo normal?

—¿Que si es gay? No, Flaví, Willis solo me tiene en alta estima; siempre fue así y nunca me di cuenta de que había cruzado el límite de lo saludable. Cuando llegó aquí, lo primero que dijo fue lo decepcionado que estaba conmigo, por el hecho de haberlo dejado solo como en la época del colegio. Parece simple, pero eso me hizo recordar cuándo empezamos nuestra amistad.

—¿Cómo se ha ido de aquí? —Levanté la cabeza y él me besó con suavidad; aún estábamos abrazados, necesitando el calor del uno del otro.

—Demasiado alterado y diciendo que mataría por tenerme de vuelta. Estoy preocupado y he avisado a uno de los guardias de la casa para que vaya a donde mi madre. Las únicas personas que se me ocurrieron que él usaría para intentar convencerme de volver a JB seríais Julio, tú o ella.

—¿Habrá sido siempre así? —Me aparté y caminamos de la mano hasta la cama para sentarnos—. No se pierde —dije llena de cariño al levantar nuestras manos unidas.

—No se pierde. —Se la llevó a la boca y la besó; nuestra forma de decir «te quiero», aunque yo aún quisiera escuchar las palabras clásicas—. Voy a hablar con el policía que nos está ayudando con Dante Mercy sobre este asunto. Lo único que se me ocurre es psiquiatría e ingreso.

—Una consulta terapéutica no mata a nadie. —Le sujeté la cara y le di varios besos castos, hasta que él se tumbó y yo me subí encima de él—. ¿Puedo ir contigo?

—¿Quién se quedará con Julio? —preguntó preocupado, lo que me hizo sonreír satisfecha porque me había aceptado y estaba pensando en el niño.

—Clô nos ayudará. Está haciendo el papel de abuela con maestría, ¿no crees? —Puse las manos en su pecho y apoyé la

barbilla en ellas—. Nunca pensé que tendría esto.

—¿Y tu madre?

—Habitación para Julio —levanté una mano y mostré el dedo índice—, iniciar el trámite para añadir tu nombre en la partida de nacimiento y el ADN...

—No hace falta hacer la prueba —rebatió molesto, y puse los ojos en blanco.

—Estuve investigando; el proceso se agiliza con tu reconocimiento voluntario y la prueba. Formalidades; Julio Castro necesita el Blat en su nombre.

—Julio Blat. Me gusta. —Sonrió pareciendo más aliviado que antes.

—Después de eso están mis padres y el lanzamiento de Imparcial Noticias. Por el camino, creo que podré negociar con Dante Mercy y encontrar a mi hermana.

—Lo tienes todo planeado —constató admirado mientras sus manos recorrían mi cuerpo.

—Siento dentro de mí que estamos a un paso de poder ir al centro comercial sin preocuparnos de ser secuestrados o agredidos verbalmente. ¿Te lo imaginas? Los tres, ver una película y tomar un helado. —Sus ojos brillaron, o era solo el reflejo de los míos—. Ese sueño me daba rabia, James. Hoy, tú me has hecho verlo de otra forma; también quiero una familia, incluso con todo este lío.

—Yo voy a solucionarlo todo.

—Nosotros vamos. —Busqué su mano y la apreté llevándola a la altura de nuestros ojos—. No se pierde.

—Te quiero —dijo sin darme oportunidad de hablar o procesarlo, porque me besó vorazmente, cambió nuestras posiciones en la cama y, debajo de él, me hizo olvidarlo todo, un poco más y más allá.

Mi corazón sabía, sentía y reverberaba sus palabras por todo mi ser.

Me dijo que me quería.



Capítulo 32

Flaviane

Doña Clotilde asumió la responsabilidad de quedarse con Julinho mientras el guardia de seguridad protegía la casa. James y yo fuimos a la comisaría a hablar con el policía y acabamos liados con un comisario que parecía muy interesado en el apellido Mercy.

Aunque empezamos el tema con los problemas familiares y de JB, al final volvimos al asunto principal: Dante Mercy y sus actividades ilícitas.

Ya había pasado la hora de comer y la cabeza me palpitaba de hambre; aun así, mantuve la compostura y dije lo que hacía falta. Intenté ocultar a mi hermana y sus actividades sospechosas con inversiones financieras en internet, pero fue imposible.

—Necesito todo lo que tengáis. No puedo entrar en detalles, pero será bueno para vosotros, que habéis sido amenazados por él. —El comisario me miró de forma intimidatoria—. Los delincuentes tienen que pagar por los crímenes que han cometido.

—Ahí está todo lo que sé sobre lo que hacía mi hermana —dije molesta, señalando una carpeta repleta de papeles, que era el expediente contra Dante Mercy—. Hemos venido aquí buscando orientación con el amigo psicópata y la madre chantajista.

—Terapia —dijo el policía serio mientras James me apretaba la mano. Nos miramos y no acepté su exigencia silenciosa. No sabría decir cómo, pero él me animaba a hablar del correo escrito por Cristiane, que nunca les había revelado—. Mi mujer trabaja en una clínica; es la mejor de la ciudad de Orquídea do Sul.

—Dudo que alguno de ellos vaya por las buenas. Aún estoy esperando que mi seguridad dé información sobre Willis. —James me apretó la mano de nuevo tras terminar de hablar y suspiré derrotada.

—Hay una cosa más que no he dicho —declaré, y el comisario se mostró atento.

—Sí, todavía queda la ex prometida del señor Blat. Por lo que he entendido, solo el amigo y la madre han mostrado insatisfacción —apuntó el agente.

—No de eso, sino de Mercy. Mi hermana dejó un mensaje en mi correo y —miré a Blat, que parecía orgulloso—, tenemos que ir a mi casa, coger el dinero y devolver la llave al dueño.

—¿Qué dinero? —me preguntó el comisario.

—Aquí. —Cogí el móvil, abrí la aplicación de correo y le enseñé el mensaje—. Quizá sea este el dinero de Mercy. Si consigo devolvérselo, puedo librarme de sus amenazas.

—¿Aún no has ido a su casa? —la pregunta fue del superior al policía, que disimuló una mueca—. Vamos a recoger las pruebas y,

lo siento mucho, señorita, ese dinero no se puede quedar con usted.

—Ni lo quiero; no es mío —dije molesta, lista para levantarme.

El móvil de James sonó; prestamos atención cuando se lo puso en la oreja y mostró espanto.

—Vale, entendido. Aguanta, ya llego. —Colgó y se levantó ayudándome—. Tendremos que posponer la visita a casa de Flaví, porque Willis está fuera de sí en casa de mi madre y amenazándolas a ella y a Karine.

—¿Qué hace tu ex prometida allí? —cuestioné de forma retórica.

—Soluciona esto, Correa. En cuanto termines, llámame y nos ocuparemos del caso Mercy.

—Sí, señor —respondió el policía, que abrió la puerta del despacho y nos dejó salir primero.

Apresurados, salimos de la comisaría hacia el aparcamiento. El policía iría en el coche patrulla con dos hombres más, mientras nosotros iríamos en el todoterreno de James.

Condujo con prisa; aunque creía que estaba centrado en la situación actual, me sorprendió con su comentario:

—Necesitamos una sillita para el coche. Julio aún no puede usar solo el cinturón de seguridad.

—La escuela en la que estaba pilla muy lejos de tu casa; podríamos mirar otra más cerca. —Me miró rápidamente con una mezcla de satisfacción y preocupación—. Sé que no es momento de planificar, pero tenemos que pensar en la empresa también. Para el lanzamiento, con nosotros dos bastará, pero la demanda aumentará.

—Hay un edificio de oficinas de coworking. Podemos empezar usando una forma innovadora y más barata.

—Imparcial, transparencia e innovación. Forma parte de nuestros valores, perfecto. —Estiré el brazo para apretarle la pierna con la mano, mostrando mi conformidad, y su sonrisa me contagió.

—Debería haber sabido que la borracha sincera que conocí en la fiesta de la empresa me cambiaría la vida. —Detuvo el coche frente a una mansión.

—Ha tardado tres años, pero así ha sido —dije antes de sacarle la lengua en un intento de dejar ver que era solo una broma con mi propio rencor. Por el retrovisor, el coche patrulla paró detrás de nosotros.

—Vamos.

Salió del coche e hice lo mismo, dándole la vuelta y acercándome a James para cogerle la mano. No me aplastó los dedos únicamente porque demostraba que controlaba su ansiedad, lo que justificaba que ni le hubiera importado mi broma anterior.

—Solo intervendremos en caso de atentado contra la vida, señor Blat. Nuestro papel aquí es solo intimidar —dijo el policía con el que teníamos contacto.

—Está bien.

Al acercarme a la verja, el responsable de la garita apareció, identificó a James y abrió sin protestar. Elegante y llena de lujo, la casa tenía un enorme jardín delantero donde había coches aparcados cerca de la vivienda. Tuvimos que caminar una corta distancia para llegar hasta la puerta, que estaba custodiada por una mujer mayor preocupada.

—Oh, James, es un horror. ¡Un horror! —La mujer se llevó las manos a la cara y abrió los ojos de par en par.

—¿Dónde están?

—En el despacho. Willis ha cogido un cuchillo de la cocina y está apuntando a doña Marlene y a doña Karine. Es mucho prejuicio, por favor, ayúdelas a las dos; ya han pasado por mucho.

—¿El qué? —pregunté, y ni siquiera pude esperar respuesta, porque James y los policías entraron a toda prisa en la casa y yo me acabé quedando atrás.

Que Dios nos ayude a que no termine en tragedia lo que debería ser solo una discusión acalorada.



Capítulo 33

Flaviane

Cuando llegué al despacho, la escena que vi se quedaría grabada en mi mente para siempre. Willis sostenía el enorme cuchillo con dejadez detrás de la mesa, donde doña Marlene estaba sentada en una silla, aún en ropa de dormir. Ella estaba llorando y mostrando pavor, mientras el otro parecía un lunático.

Karine estaba siendo atendida por un policía, pues le sangraba un brazo y también llevaba pijama; o sea, ¿durmió aquí o la arrastraron hasta aquí?

—Baje el cuchillo, muchacho. Somos tres contra usted —dijo uno de los policías.

—¿Ahora me vas a escuchar, James? —dijo Willis poniéndose detrás de Marlene; no usaba el cuchillo como amenaza directa, pero tenía la mano apoyada en el hombro de ella—. Vamos, Marlene, convence a tu hijo de que vuelva a JB, o contaré tu secretito.

—Para, Willis, has ido demasiado lejos —rebatió ella llorando; el hombre gruñó y nos asustó.

—Este es el último aviso. Suelte el cuchillo o disparo —el policía se posicionó más cerca y me tapé la boca en shock. Busqué a James en la sala; estaba en shock apoyado en la pared.

—¿Puede quedarse con ella hasta que terminemos aquí? —El policía me entregó a Karine sin que yo respondiera. La ex prometida de mi hombre lloraba y ni parecía haberme reconocido. Cuando la toqué, salió corriendo hacia Marlene; James la sujetó por la cintura.

—¡Suéltame, la va a matar! —gritó Karine y Willis puso los ojos en blanco, poniéndose detrás de Marlene para salir del tiro del policía.

—Por lo visto, tu noviecita va a revelar el secreto antes que tú. —Willis usó el mango del cuchillo para empujar la cara de doña Marlene—. ¡Convence a James de que vuelva ahora!

—Voy a volver; tú ganas, Willis —dijo James.

Los ojos del hombre brillaron, Karine y Marlene lloraron y todo cobró sentido para mí de una forma sorprendente.

Karine y Marlene tenían una aventura. Cómo ocurrió y desde cuándo, no había forma de descubrirlo si no era así. Miré a James buscando alguna reacción por su parte, pero se había puesto su armadura de indiferencia y tuve miedo de que estos sucesos pudieran pasarle factura.

—Ellas te traicionaron, no yo; nunca seré yo —dijo Willis bajando el cuchillo y dejándolo en el suelo. Después levantó las manos y Karine corrió hacia Marlene; las dos se abrazaron y me conmovieron.

Fue entonces cuando mi hombre cayó en la cuenta de todo; la rabia se desbordó y se lanzó a por el amigo que necesitaba ayuda. Los policías intercedieron y solo llegó a darle un puñetazo, dejándome con el corazón en un puño.

No había comido nada, así que mi estómago aguantó la escena.

—Nos encargamos a partir de aquí, señor Blat. —El policía cogió a Willis, que se debatía mientras se lo llevaban en mi dirección. Me aparté de la puerta y aún recibí algunos insultos de regalo cuando mi exjefe me vio.

Me apresuré a abrazar a James; él correspondió y flaqueó intentando disimular. Le ayudé a sentarse; él me tiró hacia su regazo y enterró su cabeza en mi cuello, como Julio solía hacer al sentir vergüenza.

—Perdóname, hijo, no quería que te enteraras así —dijo doña Marlene llorosa, y solo yo logré mirarla desde donde estábamos. Amparada por Karine, que también escondió el rostro en la otra mujer, sufrí con la comprensión y, también, la incomprensión.

—No te puedes poner nerviosa, mira la tensión —dijo Karine suavemente; esa era la mujer que yo conocía, no la histérica que presencié en el aeropuerto.

—¿Desde cuándo? —la pregunta de James reverberó en mi cuerpo. Levantó la cabeza y las miró a las dos; sentí su dolor y la sensación de traición.

¡Oh, mierda, ella era su ex prometida! ¡Qué lío!

—La última vez que nos acostamos fue hace seis meses —respondió Karine, y se puso al lado de Marlene—. Desde tu ausencia en la cama, he estado buscando encontrarme a mí misma.

—¿Traicionándome? —preguntó dolido.

—Eras cerrado y nunca me dijiste que me querías, por más que yo me cansara de repetírtelo. —Me miró a mí y después a

Marlene—. La primera vez que estuvimos juntas, no sabíamos qué hacer, cómo contarlo. La diferencia de edad era un impedimento, el prejuicio al que podríamos enfrentarnos... Era confuso a la vez que bueno. Mientras fuera un secreto, no tendríamos que preocuparnos de nada. —Suspiró—. Simplemente nos dejamos llevar; todo parecía fluir bien, hasta que apareció Flaviane con un hijo en brazos.

—¿Me has manipulado todo este tiempo? ¿Estabas conmigo solo para...?

—No eludas tu responsabilidad. Tú también solo fuiste detrás de mí para llegar a tu madre. Sabía de tu juego e intenté desarmarte, pero me frustraste, James Blat. Aprendí a ser amada con Marlene, no contigo. —Bufó irritada, acariciando los hombros de la señora—. La cuestión es que me enamoré, nos descubrimos y todo esto es un verdadero lío. Nosotras tenemos responsabilidad, ¡pero tú también!

—Tu padre sabía que yo prefería a las mujeres cuando nos casamos. Me robó parte de mi vida y viví infeliz. Hasta ahora no sé qué hacer, porque me siento realizada y destrozada al mismo tiempo; no acepto salir del armario a mi edad, por más que sea lo correcto —dijo Marlene, dándome de lleno en el corazón—. No me disculparé, pero te pido que me entiendas. Todo lo que hice fue para acercarme a ti y, también, para descubrir mi identidad.

—Con permiso —el policía que conocíamos entró en la sala un tanto avergonzado—. Necesitamos tomaros declaración, ¿de acuerdo?

Marlene volvió a llorar copiosamente y James se levantó conmigo apresurado.

—Iremos a la comisaría a declarar; no puedo seguir aquí ni un minuto más.

Solo asentí, porque él necesitaba un tiempo y ellas también. Enterarse de una traición así no debía de ser fácil, porque venía de más de un lado. Pero no podíamos señalar a nadie con el dedo,

porque todos tenían su parte de responsabilidad, y buscar un culpable para quemarlo en la hoguera era solo intentar tapar el sol con un dedo.

Me mantuve en silencio hasta entrar en el coche y que James condujera. Me mordí la lengua para no hablar antes de que él me diera pie; tenía que respetar su momento y no agobiarle con más información.

—Mi madre es homosexual.

—Sí —respondí, aunque no fuera una pregunta.

—Mi padre lo sabía, se casó y aun así me tuvieron. —Asentí, aunque él no me estuviera mirando—. ¿Sabes que eso explica muchas cosas? ¿Como si mi vida entera fuera una tormenta y ahora hubiera aparecido el cielo y desaparecido las nubes?

—Eso es bueno, ¿no? —pregunté con cautela; él estaba receloso, a pesar de constatar algo bueno.

—¿Es muy malo que no sienta nada por la traición de Karine? Claro, quitando la parte de que ya me había dado cuenta de que intenté manipular y fui manipulado. Lo que me incomoda es que mi madre esté con alguien con quien yo he estado. Es raro, no sé cómo mirarlas a las dos.

—El tiempo lo dirá, James. Asumir una sexualidad fuera de la norma social no debe de ser fácil, más aún con todas las variables de esta ecuación. —Buscó mi mano y se la apreté—. Y Willis usando eso para chantajear. Menudo lío se ha montado.

—Ya no es problema mío, ninguno de ellos —dijo convencido y paró el coche frente a la comisaría—. ¿Lo entiendes? No es problema mío, ni tuyo. Que se apañen ellos; a mí me preocupa si tú estás bien y si mi hijo ha comido con Clotilde.

—No consigo ser tan evolucionada, James, pero estoy de acuerdo y te apoyo. —Él me miró con intensidad y me derretí—. Querré saber de ellos, solo para calmar mi corazón. Willis tiene que

ir a la cárcel y ellas dos merecen ser felices. En cuanto a JB Noticias, ahí sí, cierro los ojos y la dejo en manos de los responsables. ¿Quién sabe? Quizá ahora todo fluya mejor, sin secretos ni luchas de ego.

—No se pierde —dijo llevándose nuestras manos unidas a la boca y las besó.

Intenté no decepcionarme, pero respondí como hizo él la última vez:

—Te quiero.

Me puse de rodillas en el asiento, tomé su boca con la mía y le besé como si no hubiera un mañana. El resto de adrenalina se apoderó de nuestras acciones y él me atrajo hacia su regazo.

Todo iría bien mientras el lío terminara conmigo besando a James y nosotros estando en sintonía.



Capítulo 34

James Blat

Intenté centrarme en el trabajo en los días que siguieron al enfrentamiento en casa de mi madre y la revelación. La indignación y el sentimiento de rechazo fueron lo primero que me dominó, pero teniendo a Flaví a mi lado, todo se suavizó.

Después de que la policía nos tomara declaración y comiéramos tarde, fuimos a su casa con el comisario y otros agentes para recoger las pruebas. Esta vez habría mucho que analizar, porque el lugar estaba patas arriba, no había dinero y el móvil de mi mujer estaba sobre el mueble de la televisión.

Ella no quería dar por cerrada su parte en el caso Dante Mercy, pero el comisario me orientó y tranquilizó diciéndome que sí,

que Flaviane podría estar fuera de peligro —en la medida de lo posible—, ya que el dinero se había recuperado. A pesar de ser delincuentes, tenían un código de conducta, y una deuda pagada era sagrada.

Lo que no se podía decir de Cristiane, la hermana de mi mujer, que se la jugó. Su deuda no era monetaria, sino de ego herido. Tendría que lidiar con eso sola, de la misma forma que dejé que mi madre lidiara con sus problemas.

Estábamos a punto de lanzar la web para el acceso en internet, aun con tantas cosas rodeándonos. Como Flaví aún tenía miedo de salir de casa con Julio, compré los muebles para la habitación de mi hijo y en una semana estuvo lista. A pesar de haber sido difícil dejar a mi niño lejos de mí mientras dormía, fue fácil aceptar a mi mujer en mis brazos todas las noches.

Con el pensamiento acelerado, solía tantear a Flaví cuando me despertaba. Ya sabía cuándo estaba dispuesta o no al sexo solo con un toque en su cuerpo. Dejé deslizar mi mano por su barriga y me sumergí en su pantalón corto, gimiendo al notar que estaba sin bragas.

—Mmm... —gimió frotándose contra mí; mi polla ya estaba dura y loca por sentir el calor de su coño.

Ya no lo negaba, estaba enamorado de esta mujer, completamente. Su cuerpo, su boca, su inteligencia; cada idea que tenía, quería celebrarla enterrado en ella y corriéndonos juntos.

Me estaba volviendo un maníaco sexual, tenía que controlarme.

—¿Mojadita? —susurré dándole mordisquitos en la oreja mientras le estimulaba el clítoris. Esparcí la humedad y moví las caderas buscando alivio. Ella debía de estar tan cachonda como yo, porque estaba lista y ni siquiera la había tocado.

—¿Me das por detrás? —hizo una petición diferente, lo que no me frenó para quitarle el pantalón corto y apretarle una teta. —

Soñé contigo entrando aquí. —Me agarró la polla y se la puso entre las nalgas.

—Dobla las piernas —le pedí ayudándola a hacer el movimiento después de descartar el pantalón. Usé los dedos para penetrarle el coño y después el culo. Hice ese movimiento varias veces hasta que los cambié por mi polla y ella se tensó. —Relájate, amor. Iré despacio.

Mientras intentaba darle por detrás, una de mis manos le masajeaba el pecho y la otra le frotaba el clítoris. Poco a poco conseguí ir entrando; sus gemidos subieron de tono y yo estaba a punto de correrme.

—Joder, qué apretado está —gruñí excitado.

—Qué rico —gimió suplicando más.

Nos arrastré hasta el borde de la cama, donde dejé que pusiera los pies en el suelo y volví a embestirle el culo con más ahínco. Ella empezó a moverse y abracé su cuerpo, gimiendo desesperado y corriéndome dentro de ella cuando su cuerpo entero se estremeció, mostrando que también se había corrido.

—Ahora puedes llamarme marido —dije saliendo de ella y sonriendo orgulloso de la postura. Le costó levantar la cabeza, pero la sonrisa fue fácil de percibir.

—Tienes muy buena memoria, James Blat. Después de esto, puedo llevarte a ver a mis padres. —Se dio la vuelta para ponerse de espaldas e inspiró profundamente—. Buenos días, marido.

—Buenos días, esposa. —Me incliné para besarle la boca con sensualidad—. Lo estamos haciendo todo en el orden equivocado.

—Divergente; siempre supe que lo eras.

Nos levanté y la llevé en brazos al baño. Se le notaba claramente en la cara cuánto le había gustado hacerlo de forma diferente a como lo hacíamos, y no dijo nada; solo disfrutó del momento.

—No has dicho nada de ir a ver a mis padres.

—¿Vamos hoy? —pregunté controlando la risa; ella pensaba que yo no quería o que tenía miedo.

—El fin de semana, me gustaría. Son poco más de 200 km; podemos ir en coche.

—O en avión, si hay alguna pista cerca. —Abrió los ojos de par en par e hice lo mismo—. Imagínate a Julio; se volverá loco dentro de un monomotor, en el aire. ¿Habéis volado ya? —pregunté con una mueca, recordando que durante tres años no formé parte de su vida.

—No hemos ido; esa primera vez es tuya. —Me abrazó por el cuello y me besó seductora—. Las mejores primeras veces son contigo, James Blat.

—Las primeras veces insólitas, no lo olvides; yo me salgo de la norma.

—¡Mamá! ¡Papá! —escuchamos la voz de Julio llamarnos y nos reímos.

—¡Ya vamos! —grité de vuelta, dándome prisa en la ducha para atender a nuestro hijo—. ¿Vamos a comer al centro comercial?

—Pero... —intentó recular.

—El comisario dijo que no hay peligro para ti. Llevo seguridad. Confía en mí, no pondría a mi familia en riesgo. —Le cogí la mano y las levanté unidas.

—No se pierde —dijo mostrando emoción.

—Te quiero —confesé sin ataduras y esta vez no hui; esperé a que absorbiera cada letra dicha—. Me gusta así. No se pierde, te quiero. Es solo nuestro, marido.

—Solo nuestro, esposa. —Le di una palmada en el culo y ella se asustó—. Vamos a aprovechar el día libre que nos han dado nuestros jefes y a disfrutar con la familia.

Salí del baño y fui a vestirme a toda prisa mientras me secaba de cualquier manera. Oí golpear la puerta una vez más y, cuando abrí, allí estaba Julio estirando los brazos y pidiendo que lo cogiera.

—¿Dónde está mamá?

—Duchándose, y tú también lo necesitas; vamos al centro comercial.

—¿Centro comercial? —Frunció el ceño y rápidamente se le iluminó la mirada—. ¡Camas elásticas!

—Eso es. Y hamburguesa, patatas fritas...

Julio dio palmas y lo llevé a su habitación; le quité la ropa y fui al baño como si hiciera esto todos los días.

Lo bañé cantando las canciones de aviones, le puse la primera ropa que vi y lo cogí en brazos para buscar a su madre, que estaba en la cocina hablando con Clotilde.

—Qué bonita estampa. ¿Vais a salir? —preguntó mi ama de llaves admirada. Flaviane se giró hacia nosotros y aplaudió.

—Vamos a cambiar su maravillosa comida por comida rápida. No se enfade, la cena corre por su cuenta.

—Déjemelo a mí, Flaví —respondió despidiéndose con la mano, y Julio le correspondió.

—¿Lo has bañado tú? —preguntó en voz baja mientras cogíamos el bolso, la cartera e íbamos hacia el aparcamiento.

—Sí. Somos chicos, ¿a que sí? —le pregunté a mi hijo, que levantó las manos.

—Soy fuerte, monto en avión.

—Es verdad, vamos a montar en avión el fin de semana, hijo, y a conocer a tus abuelos.

Intercambiamos una mirada cómplice y agradecida antes de entrar en el coche y tener nuestro primer momento en familia sin preocuparnos por nada ni por nadie. Acompañados por seguridad, Flaví poco a poco se relajó y, al final del día, cuando volvimos a casa, estaba decidida a empezar a vivir una vida para los tres, empezando por volver a ver a sus padres.

Para lo que no estábamos preparados era para el impacto antes del desenlace.



Capítulo 35

Flaviane

El móvil de James sonó, sacándonos de la concentración que teníamos en el despacho. Él estaba ignorando las llamadas de su madre y de Karine; necesitaba un tiempo y no iba a molestarle con eso.

Recibimos la noticia de que Willis había sido detenido y su abogado presentó una petición alegando enajenación mental. De esta forma, la pena se vería atenuada, lo que no suponía ninguna diferencia para mí o para James, ya que estábamos centrados en Imparcial Noticias.

Estiré el cuello para ver la pantalla de su móvil y él lo levantó para enseñármelo.

—Es Márcio.

—¿El exdirector de JB? —pregunté recordándole malhumorado—. ¿Por qué no lo coges?

—No lo sé —respondió pulsando el botón verde y poniéndose el aparato en la oreja—. ¿Sí?

Dejé lo que estaba haciendo para observarle hablar. Me miró, luego desvió la mirada, haciendo que mi corazón se acelerara. Era algo que me incumbía, estaba segura. ¿Acaso había otro loco más para atormentarnos?

—Entendido —dijo James sucinto—. Conoces las consecuencias, ¿verdad?

—¿Qué pasa? —pregunté susurrando.

—Comprendo. Dejaré que Flaví decida.

—¿Y bien? —pregunté levantándome de la silla cuando dejó el móvil sobre la mesa y suspiró.

—Dante Mercy acaba de ser capturado.

—¿Y Márcio te ha contado eso? ¿Qué tiene él que ver? —James me tiró hacia su regazo y fui de buen grado, a pesar de la ansiedad. Si el hombre al que temía estaba preso, eso quería decir que yo realmente era libre.

—Cristiane descubrió que habían entrado en la casa donde vivíais. Consiguió amañar un encuentro con Dante para devolverle el dinero, la policía intervino y lo detuvo.

—¿Y mi hermana? —Le apreté los hombros—. ¿Cris está con Márcio?

—¿Vamos a verlos? Además de invitarnos a su casa, solo me ha dicho eso.

—¿Es seguro llevar a Julio? —pregunté levantándome y saliendo del despacho—. Dios mío, debe de morirse de ganas de ver a su sobrino.

—¿Podemos ir solo nosotros, Flaví? —Se apresuró hacia mí y se detuvo en el pasillo antes de la habitación—. Sé que es tu hermana, pero hay informaciones contradictorias. Ella hizo algo mal.

—Es mi hermana, James. La que me tendió la mano cuando más lo necesité. —Le apreté el brazo al verle sentir culpa—. Ya pasó, no te culpo, pero tampoco la culparé a ella hasta saber la verdad.

—Solo nosotros dos, entonces —insistió, y asentí con la cabeza, derrotada.

—Vale, es justo. Seguro que tiene una explicación. —Entré en la habitación y empecé a arrancarme la ropa por el camino—. ¿Márcio involucrado? ¡Joder! ¿Ella se enfrentó sola al tal Dante Mercy?

—Tú también lo hiciste —rebatió quitándose la ropa; por lo visto, nos ducharíamos juntos—. Por su culpa.

—Sí. —Entré en el baño y abrí la ducha para nosotros—. Quizá, si realmente hubiera pasado algo malo, le guardaría rencor por el asunto. Como solo fue un momento difícil, ya pasó. —Me puse la mano en el pecho y forcé una sonrisa de alivio—. Por fin ha aparecido mi hermana. Se acabó el tema.

—O solo se ha calmado. Ya conociste a mi madre.

—Y el fin de semana conocerá a mis padres. —Di un salto animada—. ¿Puede venir con nosotros? Será perfecto: llegaremos por sorpresa y todo el mundo junto. —Hice una mueca ante la mirada indignada de mi hombre—. La verdad es que el malhumorado de Márcio podría no ir.

—¿Ni siquiera has hablado con ella, Flaví, y ya la has perdonado? ¿Tengo que recordarte cuánto tiempo me costó que no me echaras en cara lo que hice hace tres años?

—¿Eso que veo es rencor? —ironicé sin conseguir tomarme en serio su comparación. Me abracé a su cuello y le besé la boca

varias veces hasta que lo sentí más relajado—. Estoy ansiosa, prácticamente borracha de mí misma.

—¿Borracha, eh? —Me levantó contra la pared del baño y me chupó el cuello, haciendo que mi cuerpo entero se encendiera—. Tengo buenos recuerdos.

—No tenemos tiempo, James. ¡Quiero ver a mi hermana! —me quejé, pero no fui convincente, más aún cuando gemí al sentir su miembro erecto rozando mi entrada—. Rectifico: tenemos que ser rápidos, tenemos un compromiso.

—Con mucho gusto.

Se colocó y entró en mí con un solo movimiento. Jadeé de placer y busqué su boca para completar el acto junto conmigo, unidos como amantes apasionados, recién casados.

Márcio abrió la puerta de su apartamento y nos dejó pasar. Cuando vi a mi hermana de pie en un rincón del salón, corrí a abrazarla y ella me recibió con su llanto.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada.

—S-sí —respondió entre sollozos.

Tomando nota de su reacción, me aparté y le di tres golpecitos suaves en el brazo.

—¡Ay! —rezongó poniéndose la mano en el sitio.

—Uno por haberme ocultado tu trabajo. Nunca te presioné y te aprovechaste de la situación. Otro es por tu sobrino; ¿tienes idea de qué habría sido de mí y de él si no fuera por James? —dije enfadada mientras ella bajaba la cabeza.

—¿Y el tercero?

—Por la preocupación de no saber dónde estabas. —Volví a abrazarla y aspiré el olor de mi hermana, que ya no tenía nada que ver con el de casa—. ¿Qué has hecho, Cristiane?

—Te lo voy a contar, desde el principio. —Me llevó al sofá y me di cuenta de que los hombres nos habían dejado solas—. Conocí a Márcio cuando estabas embarazada; yo estaba intentando hablar con James y resolver tu situación.

—¿Qué? —Puse los ojos en blanco—. Cris, no me creo que perdieras el tiempo con eso. Yo no lo quería en aquella época.

—Pues sí; al final, ni siquiera sirvió de mucho, porque Márcio se estaba desvinculando de JB Noticias. Hablamos y nos liamos. —Se encogió de hombros mirándose las manos sobre el regazo.

—¿Te das cuenta de que es mucho mayor que tú? —pregunté en voz baja, y fue su turno de mirarme con sorna.

—Sí, lo primero que pensé fue en mamá diciendo que parecería una cazafortunas. Márcio ni siquiera es tan rico; le quiero.

—Por lo visto es recíproco; te escondió bien. —Miré alrededor del apartamento, bonito y bien cuidado—. ¿Y Dante Mercy, Cris?

—Te juro que no vi la magnitud, Flaví. —Buscó mis manos y las apretó buscando consuelo—. Es el dueño de un banco, tiene millones de beneficios y, cuando se me olvidó transferir uno de los importes de la inversión y no reclamaron, seguí haciéndolo igual, porque era ese dinero el que nos mantenía. Estaba perdiendo clientes y entré en desesperación; necesitaba mantenernos. Tú nunca te negaste a ayudarme económicamente, era mi turno de corresponder... solo que no pensé que fuera tan peligroso.

—¿Perdiendo clientes? Pero si yo hacía varios informes a la semana, Cris. —Le apreté la mano indignada—. ¡Me mentiste!

—En realidad, empecé a ofrecer mis servicios gratis para intentar captar a más gente. Como el dinero de Mercy nos mantenía, yo...

—¿Márcio sabía de todo este lío? —la corté soltándome de ella y cruzándome de brazos.

—No, solo se lo conté cuando huí de casa y vine a despedirme de él. Iba a huir a otro estado, pero logró retenerme aquí y protegerme; acabamos construyendo una relación más fuerte y aquí estamos.

—¿Y no pensaste en averiguar cómo estaba yo? ¿Julinho?

—Intenté saberlo, pero estaba limitada, igual que Márcio, para no levantar sospechas. Me dedico a las inversiones, no soy hacker ni investigadora como tú.

—Pero te las diste de agente secreta y fuiste a enfrentarte a Dante Mercy.

—Ironías del destino, se podría decir. Mi móvil estaba sin batería y sin tarjeta. En un momento de debilidad, encendí el aparato y dos minutos después, el hombre me llamó y me contó todo lo que te había hecho. —Hizo una mueca—. Estaba en tu casa, había encontrado el dinero y dijo que te dejaría libre si yo me entregaba para pagar por el robo.

—No es propio de tu perfil sacrificarte, Cris. No cuela.

—Ya, pero el universo me quería tanto como sacrificio que la policía vino a casa a hablar con Márcio sobre un tal Willis. No sé cómo surgió el tema Mercy, pero ahí estaba yo, pactando con un comisario que lo pillaran in fraganti a cambio de mi libertad. —Puso morritos intentando conmoverme—. La suerte fue que le robé a un criminal; las inversiones que manejaba no estaban declaradas, o sea, caja B. Si fuera alguien serio, podría estar siendo procesada y presa.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho? Inconsciente, Cris. Aunque la intención fuera noble, ayudarme, lo que hiciste está mal.

—Lo sé. —Se levantó angustiada—. No hubo un día que no pensara y rezara por vosotros; me culpé por todo, aun sin saber lo que había hecho. Por favor, Flaví, perdóname.

—Con una condición —dije seca, a pesar de que mi corazón ya estaba derretido por ella. Metió la pata, puso a mi familia en riesgo, pero... ya pasó. Cris tendría que cargar con las consecuencias, nada más que eso—. Vamos a ver a nuestros padres el fin de semana.

Quizá estuviera siendo demasiado dura o exigente, pero si yo la perdonaba, ella también tenía que perdonar a nuestros padres, como yo misma quería hacer. Vale, lo que venía de arriba era un aluvión de críticas y represalias, pero eran nuestros padres, los abuelos de mi hijo, al que le encantaban los aviones.

El padre fue rescatado, la tía estaba en redención; era el momento de crear lazos con los abuelos.

—Me lo pensaré, todavía estoy un poco afectada por la redada.

—¿Mercy estaba armado? —pregunté, y ella volvió a sentarse.

—Sí, pero no le dio tiempo a sacarla; fue todo muy rápido. —Apoyó la cabeza en mi hombro y suspiró—. Perdóname. Se acabaron las mentiras.

—Y las omisiones. Si vas a ayudarme, pregunta; quizás no quiera tu ayuda.

—Vaya, echaba de menos tu sinceridad. —Me puso los brazos alrededor de los hombros y me apretó—. Te quiero, Flaví. Gracias; siempre fuiste mejor que yo.

—Sé que no lo hiciste con mala intención, pero me enfadaré mucho si no vienes conmigo a la finca. —Me aparté y ella hizo una mueca—. Es en serio. Te perdono a cambio de que nos disculpemos con ellos.

—¿Alguien necesita un poco de agua? —Márcio y James aparecieron en el salón con vasos para nosotras y cambiamos de sitio: una pareja a cada lado—. ¿Todo bien?

—Lo estará —respondió Cris a su novio y lo besó.

Ella se equivocaba, ya estaba todo bien, pero sabía que su corazón necesitaba más tiempo que el mío. La raíz del rencor ya estaba muy lejos de mí; yo logré cambiar, mi hermana también lo lograría.



Capítulo 36

Flaviane

—Hola, gente. Vengo por la presente a informar de que este puede ser mi último día con vida. Voy a casa de mis padres a presentar al marido —giré la cámara del móvil hacia James, que conducía— y a mi hijo. —Este estaba en su sillita en el asiento trasero, jugando con uno de sus aviones. Volví a enfocar mi cara con la cámara—. Dijeron que solo podría volver a casa casada, preferiblemente con el padre de mi hijo. Bueno, soy una hija obediente y estoy cumpliendo sus exigencias.

—Y yo pensando que habías vuelto a mí por amor —se burló James y se rio a carcajadas, mientras aún nos grababa.

—Ah, querido, fue por la fuerza del odio. Pero hoy es amor con un poco de gominolas de aviones. —Levanté la bolsa que había traído conmigo para que Julio no se lo comiera todo. Corté la grabación y me estiré para besarle la mejilla, ya que estaba centrado en conducir hasta el hangar—. Me he dado cuenta de que me estaba olvidando de crear recuerdos audiovisuales, como me gustaba hacer.

—Pareces más una bloguera, o mejor dicho, una influencer.

—Ríete, pero soy más bien una Creator. Influyo por lo que creo; es un concepto nuevo, tienes que actualizarte, CEO de Imparcial Noticias. —Abrí mi red social, dejada de lado hace mucho tiempo, y dudé, recordando que James era reservado—. ¿Te importa si publico este vídeo en mis redes?

—¿Contigo llamándome marido? —preguntó de esa forma que nunca sabía si estaba molesto o bromeando conmigo.

—Sí, y diciendo lo retrógrados que son mis padres.

—Exponer nuestra vida —constató, y puse los ojos en blanco desistiendo de lo que iba a hacer.

—Entendido, capitán. Solo para mi recuerdo.

—¿Qué? —preguntó aturdido y negó con la cabeza—. Lo has entendido mal; solo estaba señalando algunas cosas y pensando.

—Que te va a exponer demasiado. Sé que no te gusta; no pasa nada.

—Exactamente, azafata. —Amplió la sonrisa y golpeó el volante con entusiasmo—. ¿Cómo no se nos ocurrió antes? Lo que el mercado digital necesita es gente que pueda influir de forma positiva en los demás, y no otro portal de noticias más. A pesar de que nuestros valores tienen peso, lo que podrá impulsar nuestro éxito es hacer esto.

—Creo que no lo he entendido, James.

—Publícalo. —Me cogió la mano y la apretó—. No hace falta que paremos Imparcial, pero es posible que el trabajo se quede aparcado. Tienes carisma y desparpajo para lidiar con las redes sociales; publica el vídeo y mira el resultado.

—Me quieres como influenciadora digital.

—Creator. Entraremos en ese mundo ya con la nueva visión de mercado.

Antes de que cambiara de idea, solté mi mano de la suya, miré a mi hijo e intenté no entrar en pánico. Cuando era solo yo entusiasmada con una broma, era fácil. Con una persona importante apostando a que esto puede convertirse en el trabajo de nuestros sueños... qué peso para cargar.

—Querré hablar de las noticias que amo escribir —dije mientras pulsaba el botón para publicar.

—Y de lo que tú quieras. Es el futuro, Flaví, solo nosotros no lo veíamos. ¡Tan obvio!

—¿Qué esperabas? Después de una semana turbulenta como esta, tengo el cerebro derretido y las emociones a flor de piel. —La imagen en la pantalla del móvil indicó que el vídeo se había publicado y, segundos después, alguien ya reaccionaba.

—¡Mierda, se me olvidó! —refunfuñó James metiendo la mano en un bolsillo y luego en el otro.

—No digas palabrotas delante de Julio —le reprendí, y abrí la boca cuando me enseñó unas alianzas—. ¿Qué es eso?

—No nos hemos casado oficialmente; cuando llegue el momento compraré otra alianza, pero para tus padres, usaremos esta.

—¿A qué hora has hecho eso? —pregunté asombrada; me puse la alianza en el dedo y encajó perfectamente. Después se la puse en su dedo, ambos en la mano izquierda, y me quedé de piedra—. Madre mía, pesa una tonelada.

—Tuve que improvisar. Déjame ver. —Puse mi mano delante de él y se inclinó para besar la alianza.

—Perfecta. —Me cogió la mano izquierda con la suya y la levantó para llamar la atención de Julio—. Hijo, mira. No se pierde.

Su sonrisa valió más que las palabras que pudiera pronunciar. Claro, no lo entendía y nos ignoró, demasiado centrado en el avión que tenía en las manos. Apoyé mi cabeza en el hombro de James y suspiré enamorada junto a mi marido sin papeles de por medio y un hijo que no tenía el apellido del padre en la partida de nacimiento. ¿Qué eran las formalidades cuando lo imprevisto me llenaba el pecho de satisfacción?

Llegamos al hangar y allí estaba mi hermana con su novio, el exdirector de JB, el malhumorado Márcio. ¿Quién podría imaginar que el camino de los dos se cruzaría? Las ganas de llorar me vinieron fuertes; ella había cedido a mi petición después de todo lo que habíamos pasado.

Salí del coche y esperé a que James diera la vuelta para coger a nuestro hijo en brazos y la maleta pequeña.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás —le dije en broma a mi hermana, que me abrazó fuerte suspirando. Los hombres se saludaron, ella se acercó a Julio y a él le dio vergüenza. Se me encogió el corazón al ver que ya no la reconocía como antes.

—¡Vión, papá! ¡Avión!

—Es solo cuestión de vernos más; él sabe que eres su tía del alma.

—Adoro a este crío. —Sonrió con tristeza mirando a los tres que se alejaban y me miró a mí—. Voy por ti y por Julinho, porque sé que mamá y papá te acogerán, ahora con James a tu lado.

—Yo creo que el nieto les ablandará el corazón a los dos y el pasado se quedará ahí. Cris, ya van más de tres años sin hablarnos.

Si yo ya no siento rabia, creo que ellos tampoco. Ahora soy madre, sé cómo les funciona la cabeza.

—La cuestión es que mi pasado me condena, literalmente —intentó bromear, y Márcio la atrajo hacia sí—. Aparte de que a mamá le parecerá un disparate que esté con un novio diez años mayor que yo. Pero... ahora que ya lo tengo todo perdido, mejor hacerlo bien.

—Me alegro de que hayas venido —zanjé el asunto yendo hacia donde estaban mis chicos.

No había nada más que decir por mi parte. Ella me puso en riesgo, hizo algo ilegal, independientemente de las buenas intenciones. No servía de nada robar a uno para ayudar al otro, porque la ecuación seguiría desequilibrada; uno sufriría una injusticia. Pero dentro de mí había gratitud y una inmensa felicidad por estar bien, realizada. Había preocupaciones e inseguridades, pero todas quedaban eclipsadas por la maravillosa rutina que había creado con James y nuestro hijo.

¿Para qué seguir mirando al pasado cruel si tenía un presente maravilloso en las manos? Seguro que, si todo fuera diferente, tal vez se cambiarían las tornas y estaría sufriendo al recordar los buenos momentos que tuve.

Mi móvil emitió una alerta de mensaje y, cuando lo saqué del bolsillo, me di cuenta de que había muchas notificaciones y comentarios del vídeo que acababa de publicar. Madre mía, ¿será que realmente ha funcionado?

—¿Qué pasa? —preguntó James y sonrió al mirar mi móvil—. Necesitamos una foto de familia; luce bien esa alianza en el dedo.

—Deja que la haga yo, señora Blat —Cristiane me cogió el móvil de la mano y corrí hacia el lado izquierdo de mi marido—. ¡Decid "familia Blat"!

—¡Avión! —dijo Julio moviendo su juguete, y lo miramos divertidos antes de volver a mirar a la cámara.

—Ni voy a hacer otra, ¡esta ha quedado perfecta! —Cris me entregó el móvil y la confirmación de mis sentimientos me dio de lleno.

El mejor momento era ahora.



Capítulo 37

Flaviane

A mis veintiocho años, nunca pensé que me pondría tan nerviosa como en aquel momento, a punto de hablar con mis padres. Recuerdo que en mi infancia, cuando me caí del ciruelo y me raspé la rodilla encima de otra herida, manchando mi chancla. La sangre me corría por la espinilla y ya escuchaba en mi mente la bronca monumental que me caería por ser un mal ejemplo para mi hermana pequeña, o peor, que parecía un chico.

Aquel día pasé mucho miedo, uno de los peores, pero no se comparaba con el de ahora.

Ni siquiera los diversos comentarios sobre mi vídeo, tanto con preguntas sobre mi vida como de personas que vivían la misma

realidad que yo, de padres muy tradicionales. Podría desviar mi atención y centrarme en responder a mis redes sociales, ya que el uso del móvil estaba permitido durante el vuelo, pero era difícil concentrarse.

—Estás a tiempo de echarte atrás —mi hermana me echó en cara las mismas palabras que yo usé. Desde el asiento del otro lado del avión, intentaba descifrar mi expresión facial y yo hacía lo posible por ocultar la cobardía que había en mí, más aún cuando todo había sido idea mía—. No es malo admitir que tienes miedo.

—Es ridículo ser hipócrita, eso sí. Hice de todo para que este día llegara y ahora tengo miedo.

Julio gritó; miramos al pasillo y vimos a los tres hombres jugando en los asientos de delante. Mi hermana saltó para ponerse a mi lado y apoyó la cabeza en mi hombro. Suspiramos juntas, ambas necesitadas de apoyo.

—Sabes, exageré al decir que solo te perdonaría si volvías conmigo. Quería que este día fuera especial, contigo también a mi lado.

—Lo sé. A pesar de ser tan franca, tienes un corazón blando. —Se acomodó en el asiento—. Con lo que será difícil lidiar es con la culpa; en serio, nunca pensé que echaría de menos su dinero.

—¿Qué tal si dejas de lado ese tema y me ayudas en una cosa para olvidar la posible bronca que nos llevaremos de doña Nice y don Paulo cuando lleguemos? —Le mostré la pantalla del móvil y abrí el primer mensaje, de una compañera mía riendo y diciendo que me echaba de menos—. Fue solo una broma, pero mi marido es tan visionario que acertó con su predicción.

—Ni siquiera me avisaste de la boda —refunfuñó cogiéndome el móvil y respondiendo el mensaje por mí.

—¿Qué estás haciendo?

—Cambiando de sector, como tú. Amo los números, pero no quiero acercarme a ellos tan pronto. Necesito un empleo nuevo; ser tu asesora es una gran inversión.

Tuve que recuperar mi móvil y escenificar, de forma exagerada, cuánto me asustaba eso, por todos lados. Empecé por la verdad más drástica:

—¿Cuál será la próxima trampa en la que caeré? —Ella se quedó de piedra, yo lo estaba más aún—. Sin buenas intenciones ni estrategias dudosas; estoy aquí como tu hermana, no como compañera de trabajo.

—Sabía que me lo echarías en cara algún día. —Cruzó los brazos derrotada.

—Aún ni he hablado del dinero que te presté. —La abracé apresurada antes de que se apartara de mi lado—. Te digo esto solo para que sepas que durante mucho tiempo fuimos solo tú y yo en este inmenso mundo; ahora tenemos una vida inocente involucrada: Julinho.

—Ya...

—No, no lo sabes, Cris. Si lo supieras, intentarías ser un ejemplo y no resolver los problemas a cualquier precio. —Ella me miró y estábamos muy cerca—. Cuando volvamos, si aún seguimos vivas, hablaremos del tema. Me gustaría tener ayuda.

—Hace tanto tiempo que no hablamos con ellos...

Los hombres volvieron a sus asientos, porque el piloto anunció que pronto aterrizaría la aeronave. Julio vino a mi regazo, pegó la nariz a la ventana y siguió el momento en que descendimos hasta llegar al suelo.

—Mamá, ha aterrizado.

—Qué avión más chulo, ¿a que sí? —Le di conversación cuando me abrazó fuerte sin ningún motivo aparente. Miré a James y me di cuenta de que, una vez más, mi hijo sentía mucho más de lo

que yo misma quería demostrar—. Todo está bien, Julio. Puedes ir a jugar, mamá estará bien.

Se fue demasiado rápido de mi regazo hacia su padre, dándome alivio y preocupación al mismo tiempo. El avión no tardó en parar y salimos tranquilamente a una pista pequeña, a 20 km de donde vivían mis padres.

Nos esperaba un coche y esta vez fue Márcio quien condujo, con Cris a su lado y nosotros tres detrás, entretenidos con mi móvil y los mensajes. La canción Empty, de la banda Flight Risk, intentó calmarnos, pero solo aceleró los latidos de mi corazón.

—Quiero verlo otra vez —pedía Julio para volver a ver el vídeo, al que en el momento de grabarlo ni siquiera hacía caso. Respondí a la gente que conocía y dejé a los demás para valorar qué haría más tarde.

—Sabía que podía pegar fuerte. Más de mil visualizaciones y no han pasado ni dos horas de la publicación.

—A la gente le gusta saber de la vida ajena, ¿no es cierto? —Tecleé un poco más y le apreté la mano a James cuando vi la verja de entrada a la finca—. ¿Has traído tu chaleco antibalas?

—Me gusta el riesgo —respondió Márcio en voz alta antes de salir del coche para abrir. Cris saltó al asiento del conductor y pasó el coche por la entrada.

—De una cosa me podré reír: mamá se quedará horrorizada por tener tantas visitas y que no hayamos avisado.

—Y tanto que lo hará; y repetirá cuánto deberíamos haber llamado antes, hasta que nos vayamos. —Miró hacia atrás y Márcio entró en el coche—. ¿Y si ya ni viven ahí?

—Viven, lo confirmé antes de venir —respondió James haciéndole cosquillas a Julio, solo para disipar un poco la tensión.

El coche paró debajo del ciruelo al que solía subirme cuando era niña. Vi a papá a lo lejos, cuidando del huerto, y mamá barría el

porche de la casa. Cuando nos vio, dejó de limpiar y no esbozó ninguna reacción.

Tenía el pelo más blanco, había adelgazado y la piel seguía igual, demostrando cuánto había trabajado bajo el sol y la lluvia. Ahora que me he convertido en madre, me doy cuenta de la fuerza que demostraba y que nunca supe ver. Esperaba que mi hermana viera eso; era como si viera a mi madre por primera vez.

No esperaba un abrazo o palabras de cariño; mis padres nunca fueron de demostrar afecto, no como estaba acostumbrada estando con mi familia actual.

—¡Hola, mamá, te vi de lejos! —saludé forzando el entusiasmo; cogí a Julio del regazo de James y me acerqué tomando la iniciativa—. Este es tu nieto y aquel es mi marido, James. —Estiré la mano para que él se acercara más deprisa.

—Hola, doña Nice, encantado de conocerla.

—Hola, mamá —saludó Cris más tímida, apartada de Márcio y detrás de mí.

La mirada de mi madre viajó por todos nosotros y al final se fijó en Julio, que por increíble que parezca, no se escondió por vergüenza. Vi el temblor en los labios de doña Nice solo para desmoronarme aún más. Sin decir una palabra, apoyó la escoba en la pared y estiró los brazos para coger a su nieto.

Él fue, sin dudarlo, pero con una postura más cautelosa.

—Saluda a la abuela, Julio. Es la mamá de mamá.

—¿Abuela? —preguntó apretándole la nariz y haciéndome reír y llorar al mismo tiempo.

—Hay que ver cómo se parece a mi familia, Flaviane. Míralo, tiene los ojos de mi madre. —Examinó a mi hijo, que hacía lo mismo, pero con las manos en su cara y su pelo.

Puse los ojos en blanco mirando a James, que frunció el ceño confundido. Sí, querido, era clavado a ti, pero mi madre solo veía lo que quería. Acostúmbrate.

—La sonrisa es del padre —dijo Cris solo para provocar, y mi madre pareció darse cuenta de que tenía a ambas hijas con ella acompañadas de hombres.

—¿Por qué no avisasteis de que veníais? —Me abrazó con un brazo, luego a mi hermana y después se volvió hacia los hombres—. ¿Y quiénes sois vosotros?

—James Blat, padre de Julio y su yerno. —Haciendo una mueca, mi madre le estrechó la mano y se giró hacia mi cuñado.

—Disculpe si no reconozco su apellido; vivo en medio del monte.

—Soy Márcio Ferraro.

—Mi novio, mamá —se apresuró a añadir Cris—. Y no estoy embarazada.

—Vamos adentro. Que una de las dos avise a vuestro padre de que tenemos visita; tendrá que coger más verdura para la comida.

Mi hermana levantó el pie enseñando la sandalia y puse los ojos en blanco; o sea, me tocará ir a mí. Julio se fue adentro con doña Nice y retuve a James un momento conmigo para hablar en privado.

—Ha ido bien, ¿no? —pregunté un poco aliviada.

—Dímelo tú. —Me atrajo para darme un abrazo—. Pase lo que pase, basta con mirar a nuestro hijo; ni pestañeó para irse a los brazos de tu madre.

Saqué el móvil, abrí la aplicación de mi red social y preparé el vídeo.

—Solo para actualizaros, mi gente. El primer contacto con la matriarca ha ido bien. El pillo de mi hijo sabe lo que es bueno; se fue a sus brazos y seguro que se comerá el primer trozo del bizcocho que hará para la merienda. Ahora voy a hablar con mi padre, que está cogiendo las verduras para la comida. —Respiré hondo y sonreí—. ¿Habéis tenido alguna vez la sensación de ver a vuestros padres por primera vez? Eso es lo que ha pasado; os lo recomiendo. —Corté el vídeo y pulsé el botón de publicar.

—Flaví Imparcial. Piensa en ese nombre.

Me brillaron los ojos mientras daba unos pasos hacia atrás para ir donde mi padre.

—Mándame encargos. —Le guiñé un ojo y le di la espalda para echar una carrera rápida hacia mi padre, bajo un sol abrasador entre lechugas, coles y zanahorias.

—¡Papá! —grité y le hice tropezar, casi cayéndose al suelo.

Logré sujetarle el brazo y me di cuenta de lo fuerte que parecía, aun con la vejez estampada en su rostro. —Hola. ¿Qué tal? He venido a traer a Julio y a James para que los conozcáis. Cris también ha venido, con su novio. La familia entera reunida.

Miró por encima de mi hombro, luego a mí y me sujetó los brazos para examinarme de pies a cabeza. Su sonrisa genuina fue un recibimiento tan diferente del que esperaba que, de nuevo, dejé correr la lágrima por la emoción.

—Qué bien que hayas venido, hija. Tu hermana y tú hacíais falta. Tu madre no deja de hablar de vosotras ni un solo día. —Me pilló por sorpresa y me entregó una cesta para que la llevara—. ¿Cómo estás? ¿Cuántos años tiene el bebé?

—Estoy muy feliz, papá. Julio tiene 3 años y, como prometí... —Le enseñé mi alianza y él asintió antes de cortar otra coliflor—. Mamá ha pedido que cojas más, porque tenemos visita para comer.

—Todo lo que un padre quiere es el éxito de su hijo, así que, si tú estás bien, yo también lo estoy. —Sus palabras me llegaron al alma. Si algún día me exigió tener una familia, seguro que fue por mi bien.

A veces, nuestros padres decían algo que nos hacía daño, pero la intención era completamente la opuesta: era protección para que el mundo cruel no nos alcanzara. La interpretación correcta de sus palabras requería tener en cuenta el contexto y ahora, siendo yo misma madre, todo era más fácil de entender, aunque yo lo hiciera diferente a ellos.

El mundo estaba lleno de personas bienintencionadas. Lo que faltaba era prudencia al invadir el espacio ajeno. Como decía el viejo dicho, mi libertad terminaba donde empezaba la del otro.

—Creo que hay tomates cherry para coger. ¿A mi nieto le gustan?

—Si hay tomates de pera, coge también esos; le encanta la pasta —dije animada, y mi padre mostró una sonrisa que parecía que nunca había visto—. También le gustan los aviones; mi hijo es muy inteligente.

—No esperaba menos viniendo de ti. —Dejó la conversación de lado y caminó hacia otra parte del huerto.

Esperaba un enfrentamiento o quizá una pelea; lo último que esperaba era que nadie comentara el tiempo que estuvimos lejos o la pelea que causó todo esto.

¿Qué motivo había para iniciar una discusión sobre el pasado, cuando el presente estaba siendo un regalo?

Al igual que con el pasado que tuve con James, decidí dejar de lado lo que pasó con mis padres y aceptar lo bueno que estaba cosechando hoy. Por Julio.



Capítulo 38

James Blat

Un mes después...

—Hasta papá hace los deberes. Tiene que ser una tarea compartida, ¿no creéis? —Flaví cortó la grabación del móvil mientras yo estaba sentado en el suelo ayudando a Julio a hacer los deberes en la mesita de su cuarto.

A pesar de no hablar mucho y de seguir sintiéndome incómodo por compartir mi vida personal con el mundo, ya no estaba en contra, sobre todo cuando recogía los buenos frutos del trabajo de mi mujer.

Imparcial Noticias quedó aparcado y nació FI - Flaví Imparcial para compartir no solo la rutina familiar, sino temas de actualidad mostrando las dos caras o ninguna. Las polémicas siempre surgían, pero como exponíamos los pros y los contras de todo, desde política hasta moda, a muchos les gustaba seguirnos por sentir confianza en el trabajo.

Un mes era poco para hacer despegar un portal de noticias, pero fue suficiente para lanzar a Flaví en su nuevo oficio: Creator.

—Necesito ayuda para responder en mis redes, me estoy volviendo loca —comentó en voz baja, tirándose al suelo y haciendo reír a nuestro hijo.

—Mamá loca.

—¿Por qué no llamas a tu hermana? ¿Todavía la tienes castigada? —Comprobé el último dibujo coloreado de Julio y cerré el cuaderno para ayudarle a terminar la actividad.

—Lo dices como si fuera una tontería por mi parte. Aún no tengo recursos para costear una asesora. Lo que ganamos con publicidad no es suficiente, y más con Julio en el colegio.

Ella se levantó y juntos fuimos al salón a descansar del día de hoy. Era de noche, ya habíamos cenado y aún quedaba un poco de trabajo por hacer con los vídeos de Flaví para el FI.

Como el cambio radical de trabajo no ocurrió de golpe, ya que fui poniéndome manos a la obra a medida que JB Noticias entraba en crisis, no me molestó el cambio de puesto de trabajo en casa; hasta parecía que todo estaba planeado para llegar hasta aquí.

—Sabes que hay dinero para eso, esposa.

—Sin saltarse etapas, James Blat. Las empresas pueden quebrar cuando hay mucho capital y poco esfuerzo. Este es el tipo de cosas que tienen que pasar para que evolucionemos. —Se tumbó en el sofá y puso los pies encima de mi regazo mientras Julio se

quedó en el suelo con sus juguetes, que se habían duplicado en las últimas semanas.

Yo era un padre que mimaba, y mucho.

—Ya sabes que intervendré si percibo un problema, como hice con mi madre y sus visitas sin avisar antes —dije con suavidad.

—Ella lo está intentando, James.

Flaví se tapó la cara y contuvo la risa; debía de estar acordándose de la última vez que doña Marlene vino y trajo varias bolsas de chuches para que Julio comiera sin consultarnos. El niño se comió un paquete de gominolas y se puso malo, para mi desesperación. Para mí, eso no era intentarlo, sino una falta de respeto.

Ya estaba haciendo mi parte como hijo, yendo a su terapeuta y aportando mi granito de arena a su tratamiento. Ella necesitaba fuerza y confianza para aceptar su propia homosexualidad, que para mí no era un problema. Sí, en un primer momento fue chocante e insólito, pero después, al ver que eso no cambiaba ni para bien ni para mal mi relación con mi madre, me di cuenta de que era natural.

No era asunto mío con quién dormía mi madre; actualmente, solo necesitaba que hiciera el papel de abuela con menos invasión de la privacidad.

Ella y Karine están juntas y parecen felices, pero no he conseguido aceptar a su novia dentro de mi casa, simplemente por haber sido mi ex. Tuvimos una historia, me sentía incómodo, por más que no hubiera amor entre nosotros. A veces sentía culpa y volvía a mirar a mi madre con menos juicio. Como su homosexualidad no era un problema, no me sentía mal cuando veía algún reportaje sobre ella en la televisión o internet.

Doña Marlene se convirtió en una celebridad con el escándalo de Willis y logró reflotar JB Noticias con un nuevo director al frente.

Mi satisfacción profesional, de momento, era poder conciliar mi vida personal con ella. Estaba siendo interesante trabajar las redes sociales con una Flaví entusiasmada; yo estaba bien.

Mi hijo ahora llevaba mi nombre y apellido en su partida de nacimiento, una de las victorias sobre el pasado que me atormentaba. También hicimos la solicitud en el Registro Civil para oficializar la unión. Dentro de poco más de un mes estaríamos casados, pero sin la pompa que dicta la tradición, solo con Márcio y su hermana como testigos.

Intentó convencerme de que todo era una cuestión de estrategia de FI y no lo dudaba, ya que Flaví no ocultaba lo que sentía. La cuestión era que a mí me gustaba la tradición y a sus padres también, como pude percibir en nuestra visita a su casa. Mis suegros eran muy parecidos a mí y todo lo que intentaron ocultar, yo lo percibía y nos daría una alegría.

—¿Tienes tiempo en tu agenda para un evento extraordinario? —pregunté sin pretensiones.

—Que no sea igual al último; no aguantaba más escuchar el "milu, milu, miludiu". —Me reí alto y ella hizo lo mismo; Julio se subió encima de ella y se divirtió con nuestra alegría. La música sonó en la inauguración de un bar country y, aunque no le gusta el sertanejo, ella fue, solo por la oportunidad de crear contenido para los seguidores de Flaví Imparcial.

—Te gustó; bailamos toda la noche —le recordé, y ella se sonrojó, seguro que recordando lo que hicimos a escondidas en la oscuridad de aquel lugar.

Con Julio al cuidado de doña Clotilde, aprovechamos el momento de pareja.

—¡Queo bailá! —pidió Julio, y fui yo quien atendió su petición. Lo cogí en brazos y di vueltas con él por el salón, arrancándole carcajadas.

"Puedes ser increíble

Puedes convertir una frase en

Un arma o una droga

Puedes ser el marginado

O ser la reacción

A la falta de amor de alguien

O puedes empezar a alzar la voz"

Brave, de Sara Bareilles, empezó a sonar en el móvil de Flaví, que se levantaba para bailar con nosotros.

—*I just wanna see you* —cantó ella, y Julio acompañó animado el estribillo alargando la letra u.

Sería una buena canción de boda; quién sabe, quizá darle una sorpresa, ya que llevaba mi alianza, se apoderó de mi casa, me dio la mejor familia que podría tener e invadió mi corazón desde el momento en que la vi tomándose aquel chupito de tequila. Podría ser una exageración por mi parte, sobre todo porque, en aquella época, yo tenía otras ambiciones y Flaví era solo una distracción.

Mucho ha pasado para llegar hasta aquí; tuvimos que perdernos para finalmente sintonizar. No podría decir que no me arrepiento, pero seguro que no volveré a meter la pata; seguro que no.

—*I just wanna see you be brave* —cantó Flaviane. Solo quiero verte ser valiente era el significado de sus palabras y, si ella no sabía lo que se me pasaba por la cabeza en aquel momento, lo descubriría en poco tiempo; casarme con ella era un desafío al que estaba dispuesto a enfrentarme.

Le cogí la mano a mi mujer, una de las formas en que expresaba mi amor, y busqué su mirada solo para ver el brillo que

reflejaba, una clara demostración de que todo había merecido la pena.

—¡No se pierde! —dijo Julio por encima de la música y le besamos la mejilla, cada uno por un lado.

—No se pierde, os quiero —dijo Flaví; di vueltas con Julio y le robé un beso, para diversión de mi hijo.

—Puaj, qué asco —dijo y se fue a los brazos de su madre, pero no sin antes decirles lo que sentía. Había rasgos míos que cambié por ellos, y uno de ellos era decir siempre que tenía la oportunidad:

—Os quiero.



Epílogo

James Blat

Dois meses después...

—Estás preciosa —dije admirándola en el espejo. Teníamos un evento ahora por la tarde, de etiqueta, y su vestido gris con detalles plateados la hacía estar encantadora.

—Me encanta este traje tuyo —comentó girándose hacia mí y colocándome la corbata.

—Es la hora, señora Blat. —Le ofrecí el brazo para que posara su mano y salimos de casa hacia la limusina que nos esperaba en la entrada.

—Eres un exagerado —refunfuñó cogiendo el móvil y encendiendo la cámara.

—En tu sector, las apariencias importan mucho. —Le besé la frente antes de que empezara a hacer sus vídeos para publicar en las redes sociales.

Nos acomodamos en el asiento, el chófer condujo sin prisa y repasé lo que tuve que hacer para llegar hasta aquí.

A pesar de la dificultad de crear un evento secreto para Flaviane, fue posible en poco tiempo. Julio debería estar en el colegio y Clotilde trabajando, pero ambos estaban en la fiesta esperándonos.

Lo que supuestamente era solo un evento de inauguración de una nueva línea de joyas, en realidad, era nuestra boda. Los papeles se habían firmado en el Registro Civil y no hubo ninguna celebración con pompa. Márcio y Cristiane fueron nuestros testigos, comimos en mi casa en familia y por la noche disfrutamos en el mismo bar donde nos encontramos por primera vez.

Ella no llamó a sus padres ni yo invité a mi madre a aquel momento, pero en este, ambos estaban, incluso Karine. Era la pareja de mi madre; a pesar de todo, ya me sentía más cómodo viéndolas juntas. La convivencia sería difícil de crear, pero en eventos esporádicos seguro que sería posible aguantarlo.

Fue difícil traer a la madre de Flaviane y necesité que mi cuñada intercediera. No se fiaba de que la boda sorpresa fuera la mejor opción, ya que yo podría estar obligando a su hija a casarse. Por un lado, era verdad, pero por otro, fue elección suya registrar nuestra unión en el Registro Civil; ahora, se trataba solo de celebrar.

Una vez al mes viajábamos a casa de sus padres, en coche. Julio aprendió sobre el huerto y el campo, ya reconocía a los abuelos y le arrancaba sonrisas a mi suegra, que parecía una roca de lo seria que era.

Lo que los hijos no lograban, los nietos lo conseguían sin mucho esfuerzo.

El móvil vino a grabarme y forcé una sonrisa. Aún no era mi posición favorita, pero formaba parte de ello. Era como el frío y el calor: existían y nos adaptábamos a cada estación.

Esa era la vida que no conocía en el pasado y que estimaba mucho para el futuro.

—¿Se me ha ido el pintalabios? —preguntó poniendo morritos y bloqueando el móvil.

Para provocar, le puse la mano en la nuca y la atraje para besarla como es debido. Ella intentaba resistirse, pero no podía, más aún cuando lo hacía lento y sensual, como a ella le encantaba.

—Me las pagarás, James Blat —amenazó en tono apasionado; sonreí con malicia y la atraje hacia mi lado, bien apretada—. Gracias por venir y esforzarte cuando te expongo.

—Es nuestro trabajo y tú me haces feliz. —Fruncí el ceño con diversión, acordándome de una emergencia que tuvo hace unos días—. Menos los días que estás con el síndrome premenstrual. Me asusté.

—Lo sé, ¿no es horrible? —coincidió divertida—. Me muero de ganas de volver a usar algún método anticonceptivo. Desde que me quité el DIU, no he sido la misma.

—Los análisis están encima de la mesa para poder volver a la médica —le reprendí y la vi suspirar.

—Estás conmigo las veinticuatro horas del día. Lo intento, pero trabajo mucho. Intentaré pedir cita para la semana que viene.

—¿No te da miedo quedarte embarazada? —pregunté tranquilo, porque por mi parte, yo estaba muy bien.

—¿Y tú, tienes? —respondió enigmática—. Céntrate en el trabajo, marido.

La limusina paró y bajé primero para ayudarla. Mi corazón empezó a latir más fuerte en el pecho cuando las personas que contraté nos esperaban frente al hotel para indicarnos el salón.

Para poner al día a sus seguidores, Flaví cogió el móvil, empezó a hablar mientras caminábamos hacia dentro y, en cuanto llegamos a la puerta del salón de fiestas, que estaba cerrada, le quité el aparato de las manos y miré mi reflejo.

—Hola, seguidores de Flaví Imparcial. Tengo un secreto que revelar y os quiero a todos como testigos.

Me aparté de mi mujer y cambié la cámara para grabarla. Parecía atónita mirándome y, cuando se abrieron las puertas y la canción Brave, de Sara Bareilles, empezó a sonar, me mostró todo su amor con la mirada.

—*I just wanna see you be brave* —dijo al compás de la música y asentí confirmándolo; fue en ese momento cuando decidí darle la sorpresa y con nuestra banda sonora recibiríamos a nuestros invitados.

—¿Y bien, señora Blat? ¿Acepta celebrar su boda conmigo y nuestra familia? —pregunté aún sujetando el móvil.

Le tendí el aparato a una de las empleadas, saqué una cajita del bolsillo de la americana y mostré las nuevas alianzas, las oficiales. Me arrodillé, claro, para mostrar cuánto la admiraba y, sin responder, me puso la alianza en el dedo que ya tenía una e hizo lo mismo con la suya.

—No has respondido y encima has duplicado nuestros votos.

—La boda es mía, voy a usar dos alianzas porque sí. —Me cogió de la mano y me tiró hacia dentro de la fiesta cuando la música terminó. Julio corrió a nuestro encuentro y, con un abrazo nuestro, nos dio la enhorabuena.

El beso de sándwich ocurrió; él era nuestro chico valiente, que vino a este mundo a partir de una brecha, de un condón mal

puesto. Él tenía que ser y nosotros, sin duda, teníamos que suceder.

Me devolvieron el móvil y, antes de empezar a saludar a todos los que formaban parte de la fiesta, Flaví me enseñó la foto que habían hecho, y el brillo de sus ojos me llenó de calidez por completo. Espontánea: ella y yo besábamos a nuestro hijo, de espaldas.

—El mundo tiene que saber esto. Quiero a James Blat —dijo divertida.

Y esta vez no tuve miedo de compartir algo personal mío, porque también quería que todos supieran que, al final de esta historia, quería y era querido; era feliz.



Seis meses después...

—Buenos días, mi amor —saludé besando la frente de Flaví mientras se desperezaba en la cama. Tenía una reunión con una empresa que quería ofrecerle publicidad a mi Creator, así que ya estaba en pie y listo mientras ella aún dormía—. Me voy; llevaré a Julio al colegio de camino.

—Hay que prepararle la mochila —rezongó con los ojos cerrados.

—Lo que no sepa, Clotilde me ayudará; tranquila, duerme un poco más.

—Me muero de sueño.

Pareció volverse a dormir, por eso cogí la cartera e iba a salir de la habitación cuando dijo:

—Hay un papel importante en el último cajón de tu escritorio.

Sin emoción ni explicación, no me dijo nada más y no me quedó otra opción que ir a nuestro despacho, sentarme en mi silla y abrir el cajón que no tocaba desde hacía mucho tiempo. ¿Habrá sacado de ahí la prueba del primer embarazo? ¿Por qué no lo hice yo mismo?

Cuando abrí el cajón lentamente, estaba limpio, reluciente y con una caja dentro. La saqué y la abrí, sonriendo de oreja a oreja al ver el análisis bien doblado dentro. Me quedé helado al fijarme en la fecha y el tiempo de gestación del resultado, porque era diferente al de Julio.

—Estamos embarazados. —Miré hacia arriba y vi a Flaví en la puerta, mirándome fijamente. Entonces, ¿su salida del día anterior había sido para esto?

—Gracias por la oportunidad de hacerlo diferente. Te quiero.

Abrí los brazos y ella vino corriendo a sentarse en mi regazo y a comerme a besos. Madre mía, hasta esperaba que pudiera pasar, pero no imaginaba lo que sentiría en ese momento.

Miedo, felicidad, plenitud... ¡gratitud!

—No se pierde, te quiero —susurró.

—No se pierde. —Le cogí la mano y la puse entre nosotros, unidas, después de un beso en el dorso—. Te quiero.

—¡Papá! ¡Mamá!

Julio entró en el despacho corriendo con su uniforme y lo cogí en brazos también, solo para confirmar que en este camino

nunca más me perdería, incluso después de que pasáramos a ser cuatro.

Agradecimientos

Este ebook ha visto la luz y la idea para la portada surgió en una charla en persona con Jéssica, Rosi, Aninha, Kelly y Adri. Mi gratitud por el apoyo, la acogida y el cariño en tierras de Minas; os llevo en el corazón.

A mi marido e hijos, que están orgullosos y me comparten con el mundo literario: gracias. Estáis presentes de muchas maneras y sois mi inspiración, además de la razón para seguir haciendo cada vez más.

Lizi, Ray, Sônia, Yukie, Cláudia y Legalzonas: gracias por estar presentes en momentos especiales y apoyar mi carrera literaria.

Muchos motivos rodean mi escritura. El principal de ellos son mis lectores, que dedican parte de su tiempo a conectar conmigo a través de los libros. Gracias, lectoras maravillosas. Un beso especial de Navidad para las que participaron en la lectura conjunta de Salvada por el Príncipe CEO:

Liziane Fiori, Paula Beatriz, Nedja Mendes, Patrícia Almeida, Aline Gomes, Márcia Procópio, Beatriz Soares, Elena Ribeiro, Myslannia, Ivana Sandes, Nélita Carvalho, Elizangela Paiva, Nicolly Soares, Ionara Consuelo, Jamesa Lelis, Keth Silva, Luize Casal, Cristina, Lauryen, Mayana Carvalho, Mariana Telles, Ray, Nil, Enaê Ezequiel, Laís Calmon, Paloma, Daiany, Adelle, Jaqueline Silva, Patricia Dutra, Gilcélia Martins, Gilma, Bruna Correia, Sandra Cecília, Andréia, Cilene, Rosyh Ferreira, Nay, Roseane Ferreira, Lorrany, Jamesa França, Carla, Nalu, Thatyana, Regina Fabbris, Helineh, Marisa Gomes, Marisa Gomes, Marcella Albuquerque, Luciana, Ana Karina Pereira, Amanda Angelina, Renata Ferreira, Tatiana Lima, Márcia Leão, Carina Timm, Bruna Dal Ferro, Karlinha Pessoa, Giane Silveira, Agda Assis, Luana Manhães, Arlene Lopes, Éveny Alves,

Sônia Orbe, Gláucia Padiar, Sarah Rabelo, Karoline Moreira, Kleia Faria y Adolane.

Creía que ya no tendríamos más sorpresas en 2021, ¡pero James Blat quiso aparecer de forma inusitada! Felices fiestas, mis queridos lectores. ¡Salud y amor en abundancia!

Con amor, respeto y gratitud,

Mari Sales

Sobre la Autora

Mari Sales es la tercera autora más leída de Kindle Unlimited Brasil en los últimos diez años, con más de 50 libros electrónicos best-sellers y más de 100 publicaciones en Amazon Brasil, desde libro infantil a romance adulto. Una mujer nacida en Cuiabá viviendo en Campo Grande-MS, trabajó 14 años como Analista de Sistemas y publicó su primer libro electrónico en junio de 2016. Cambió escribir líneas de código por historias de romances cliché inusuales en 2018. Conocida por sus dedos ágiles, publicó también más de 30 títulos en versión física en asociación con el Grupo Editorial Portal, 5 títulos en audiolibro con Audible y comparte su conocimiento con otras autoras a través del proyecto DesafíoMariSales.

Site: http://www.autoraMariSales.com.br

Instagram: https://www.instagram.com/autoraMariSales/

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd

Mari Sales
ESCRITORA DE ROMANCES

Otras Obras



Visite mi página web en Amazon y tenga acceso a mis eBooks, audioBooks y libros físicos.